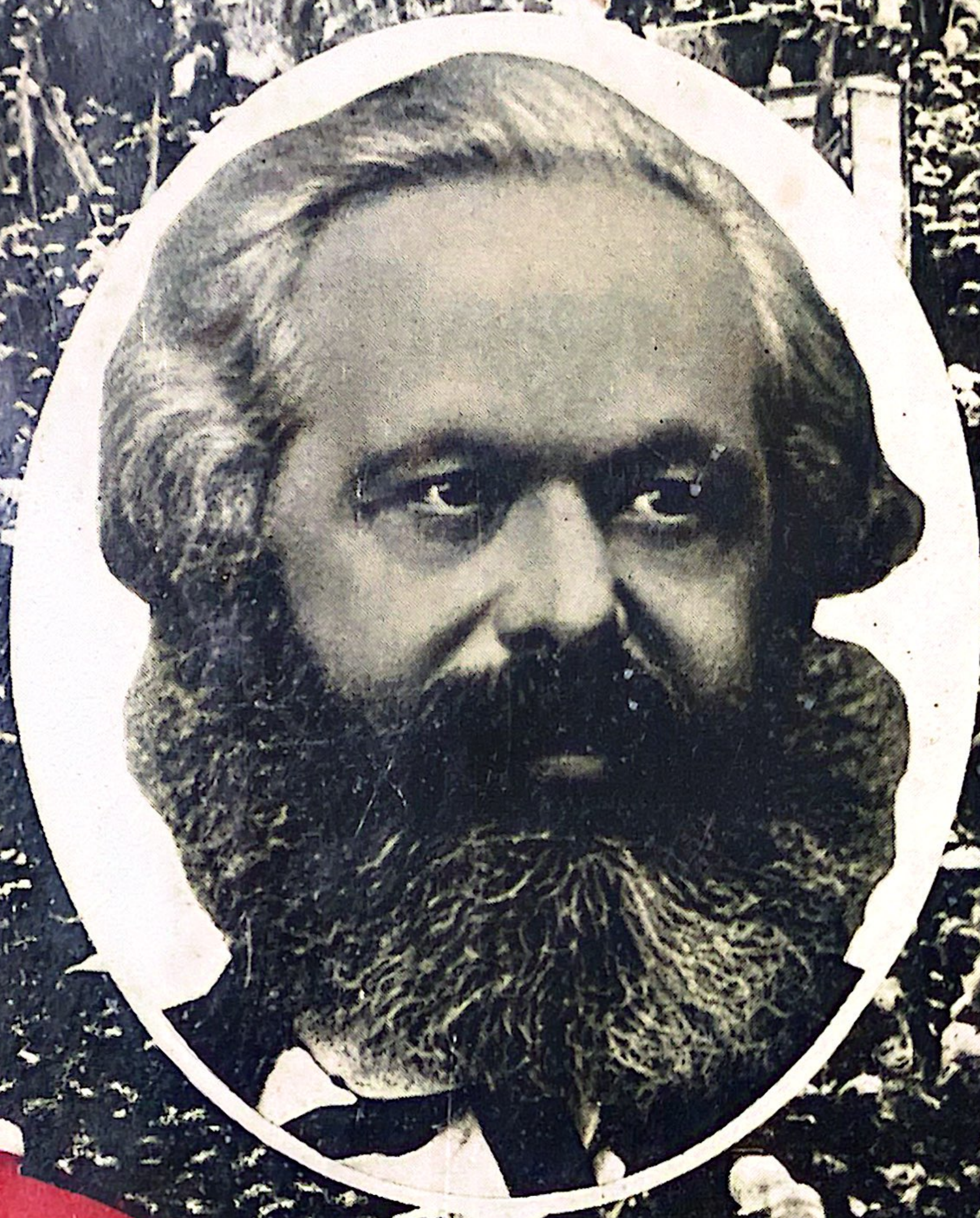




Carlos
MARX
y la **actualidad**

Editorial Progreso
Moscú

**¡Proletarios
de todos los países,
uníos!**

Carlos Marx y la actualidad

(Artículos
e intervenciones)



Editorial Progreso
Moscú, 1983

Traducido del ruso

КАРЛ МАРКС И СОВРЕМЕННОСТЬ

(На испанском языке)

© Издательство политической литературы, 1983

© Traducción al español
Editorial Progreso
1983

Impreso en la URSS

К 0104000000-472
014(01)-83 без объявления

DE LA EDITORIAL

Han transcurrido cien años desde la muerte de Carlos Marx.

Las ideas que formularon él y su fiel amigo Federico Engels, desarrolladas posteriormente por V. I. Lenin, no sólo dominan las mentes de la humanidad progresista. Por ellas se guía ya dos tercios de siglo la construcción de una nueva civilización: la civilización socialista.

El marxismo-leninismo es la síntesis suprema del pensamiento de los titanes de la revolución. En él han encontrado su expresión grandes descubrimientos que constituyen la base del pensamiento social contemporáneo.

El marxismo-leninismo, que tiene como parte integrante la doctrina del socialismo y el comunismo, ha pasado a ser la primera teoría en la historia intelectual de la Humanidad; la primera doctrina cuya aplicación consciente ha servido de base para construir el socialismo real.

Con el marxismo-leninismo salió por primera vez a la palestra de la acción histórica una teoría científica que se ha convertido en instrumento de transformación práctica de la sociedad. Hoy la fuerza universal del marxismo-leninismo se manifiesta en que obtiene la más amplia difusión en todo el mundo. No hay país ni grupo social que eluda su bienhechora influencia.

El libro que ofrecemos al lector muestra los caminos del sucesivo desarrollo del marxismo-leninismo que se encuentra en el centro de la vida intelectual del mundo y domina las mentes de millones y millones de personas.

Yu. ANDROPOV

**LA DOCTRINA DE CARLOS MARX
Y ALGUNAS CUESTIONES
DE LA EDIFICACION
SOCIALISTA EN LA URSS**

HAN PASADO CIEN AÑOS desde que dejó de latir el corazón del hombre llamado Carlos Marx. Todo un siglo. Un siglo de dramáticas conmociones, de tempestades revolucionarias y de cambios radicales en los destinos de la Humanidad. Un siglo que ha refutado y echado por tierra innumerables conceptos filosóficos, teorías sociales y doctrinas políticas. Un siglo que ha sido testigo de sucesivas victorias del marxismo y de su creciente influjo en la evolución social.

Con el correr del tiempo se hacen más claros el sentido y la magnitud de la proeza que Marx llevó a cabo en su vida.

A lo largo de milenios los hombres buscaban vías para reestructurar la sociedad sobre bases justas y para liberarse de la explotación, la violencia y la miseria material y espiritual. Los mejores cerebros se dedicaban de lleno a las búsquedas de este camino. Los luchadores por la felicidad del pueblo, generación tras generación, sacrificaban su vida en aras de este objetivo. Pero precisamente en la titánica actividad de Marx, el trabajo de un insigne científico se fusionó por primera vez con la práctica de la abnegada lucha del guía y organizador del movimiento revolucionario de las masas.

Marx está considerado, con razón, continuador de todo lo mejor que fue creado por la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo utópico francés. Pero tras haber elaborado con sentido crítico sus adelantos, fue mucho más lejos. Ante todo, porque acometió la solución de un problema formulado por él mismo con profundidad y sencillez, como es propio del genio: «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*»¹. Y a la causa de la transformación revolucionaria del mundo Marx dedicó todo el vigor de su extraordinario genio, toda su vida, hasta el último aliento.

La unidad de la teoría consecuentemente científica con la práctica revolucionaria es un rasgo distintivo del marxismo. La propia obra científica de Marx sólo pudo desplegarse en indisoluble ligazón con la salida indepen-

¹ C. Marx y F. Engels. *Obras*, 2ª ed. en ruso, t. 3, pág. 4.

diente, al escenario político, del proletariado que a la sazón era una clase muy joven desde el punto de vista histórico. A Marx le tocó en suerte ver cómo se hacían realidad sus propias palabras proféticas que dijera siendo joven: «Lo mismo que la filosofía tiene en el proletariado su arma *material*, el proletariado tiene en la filosofía su arma *espiritual*...»².

La filosofía que Marx dio a la clase obrera, marcó un viraje en la historia del pensamiento social. La Humanidad no conocía de sí misma ni una ínfima parte de lo que conoció gracias al marxismo. La teoría de Marx, representada en la integridad orgánica del materialismo dialéctico e histórico, de la economía política y la teoría del comunismo científico, constituyó una auténtica revolución en la mundividencia y, al mismo tiempo, iluminó el camino a profundísimas revoluciones sociales.

Marx reveló las leyes objetivas de la evolución histórica, materiales por su naturaleza; las descubrió allí donde antes todo bien parecía capricho del azar, arbitrariedad de algunos individuos, bien se hacía pasar por la autoexpresión del mítico espíritu universal. Discernió la esencia tras lo aparente, lo imaginario, tras un fenómeno. Arrancó el velo del secreto de la producción capitalista, de la explotación del trabajo por el capital y mostró cómo se crea la plusvalía y quién se apropia de ella.

A estos dos grandiosos descubrimientos de Marx —visión materialista de la historia y teoría de la plusvalía— Federico Engels, su gran amigo y correligionario, les concedía suma importancia. Y no es difícil comprender por qué. Precisamente dichos descubrimientos permitieron transformar el socialismo, de utopía en ciencia, y explicar científicamente la lucha de clases. Precisamente a base de ellos se hizo posible lo que Lenin consideraba principal en la teoría de Marx, esto es, «el haber puesto en claro el papel histórico-universal del proletariado, como creador de la sociedad socialista»³.

Marx fue indiscutiblemente un gran científico. Pero fue también un gran revolucionario práctico. Y es asom-

² Ibidem, t. 1, pág. 428.

³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 23, pág. 1.

broso lo que consiguió hacer para alcanzar los objetivos que él mismo señalara.

En colaboración con Engels, Marx fundó la Liga de los Comunistas, primera organización política del proletariado consciente y revolucionario que se conoce en la historia. Así pues, Marx fue el primer comunista en la acepción actual de la palabra, el impulsor de nuestro movimiento que ha adquirido proporciones universales en la época moderna.

«Sólo la alianza internacionalista de la clase obrera puede asegurar su victoria definitiva»⁴ —escribió Marx. Y el propio Marx, fundador de la Primera Internacional, no se daba punto de reposo para forjar la unidad internacional de los obreros. Los legados políticos de Marx y Engels destinados a los comunistas del mundo son inconcebibles sin su ardiente llamamiento «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

Internacionalista convencido, Marx sabía comprender como nadie lo específico de la situación en los más diversos países: desde Inglaterra hasta la India, desde Francia hasta China, desde los EE.UU. hasta Irlanda. Analizando detenidamente la vida de determinados pueblos, Marx procuraba en todo momento descubrir sus nexos con la vida del resto de la Humanidad. Y aquí siempre se le planteaba una cuestión de importancia cardinal: ¿Quién comenzará la transformación revolucionaria del sistema capitalista y quién será el primero en emprender el camino hacia el futuro comunista de la Humanidad?

Fue, sin embargo, la historia quien respondió a este interrogante. Al proletariado de Rusia le cupo en suerte abrir nuevos senderos para la revolución. Pero incluso en nuestros días hay «críticos» de la Revolución de Octubre, que afirman que ésta se produjo contrariamente a las esperanzas de Marx. Pretenden hacer creer que descartaba a Rusia en sus previsiones revolucionarias. En realidad, Marx se interesaba vivamente por el acontecer ruso y para comprenderlo mejor estudiaba la lengua rusa. Enemigo irreconciliable del zarismo, Marx apreció con lucidez la perspectiva del movimiento social que se iba le-

⁴ C. Marx y F. Engels, t. 16, pág. 336.

vantando en Rusia y vio gestarse en ella una «grandiosa revolución social»⁵ que tendría proyección universal. Efectivamente, en sus juicios sobre futuros acontecimientos estuvo Marx más acertado que algunos de nuestros actuales «críticos» cuando evalúan hechos pasados.

Engels consideraba que con la muerte de Marx en las filas del proletariado en lucha se había formado un gran vacío. La pérdida era realmente inconmensurable. Pero la bandera de Marx quedó en manos seguras. La portó bien alta el mismo Engels, quien se hallaba al frente del movimiento obrero revolucionario, que iba cobrando fuerza. Además, ya en vida de Engels, salió a la palestra de la lucha de clase del proletariado Vladímir Ilich Lenin.

Lenin fue fiel continuador de la obra de Marx y Engels. El mismo reconocía que no podía tolerar el menor vituperio a sus grandes maestros. Así podía proceder únicamente el hombre que más hizo no sólo para defender, sino también para desarrollar de un modo creativo en nuevas circunstancias históricas todas las partes integrantes del marxismo, para plasmar esa doctrina en la realidad. Elevó el marxismo a una nueva fase, a una fase superior. El nombre de Lenin es inseparable del nombre de Marx. El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, del desmoronamiento del sistema colonial, de la época en que la Humanidad ha iniciado el tránsito del capitalismo al socialismo. En nuestra época, al margen y fuera del leninismo es simplemente imposible que exista marxismo.

Lenin y el Partido Bolchevique fundado por él encabezaron la primera revolución socialista triunfante, que cambió radicalmente la faz sociopolítica del mundo, inaugurando una nueva era, la era de grandiosas realizaciones y conquistas históricas de la clase obrera, de las masas populares. Con ello, el socialismo científico creado por Marx, se fusionó con la práctica viva de millones de trabajadores que construyen una nueva sociedad.

HOY PARA NOSOTROS se revela, con mayor amplitud y profundidad que para los contemporáneos de Marx,

⁵ Ibidem, t. 32, pág. 549.

el riquísimo contenido de su doctrina. Pues una cosa es aceptar la idea de la necesidad histórica del socialismo en su forma teórica, y otra muy distinta ser partícipes y testigos del proceso de materialización de esa idea.

Las vías históricas concretas a seguir para edificar el socialismo no pasaron exactamente por donde suponían los fundadores de nuestra doctrina revolucionaria. Primero triunfó en un solo país, además, no en el más desarrollado económicamente. La cuestión estriba en que la Revolución de Octubre se produjo en condiciones históricas nuevas, que en vida de Marx aún no existían, en la época del imperialismo, lo que se reflejó en la teoría leninista de la revolución socialista, que la vida se ha encargado de confirmar plenamente.

Los ideólogos de la burguesía y el reformismo siguen construyendo hasta hoy sistemas enteros de argumentos en su afán de demostrar que la nueva sociedad creada en la URSS y en otros países hermanos no corresponde al tipo de socialismo que viera Marx. Afirman que la realidad se ha divorciado del ideal. Empero, conscientemente o por desconocimiento, pierden de vista que el propio Marx, al elaborar su doctrina, lo menos que hizo fue guiarse por las demandas de un abstracto ideal de «socialismo» limpio y alisado. Sus nociones del futuro régimen las extrajo del análisis de las contradicciones objetivas de la gran producción capitalista. Precisamente este enfoque, que es el único científico, le permitió determinar correctamente los rasgos fundamentales de la sociedad que debía nacer en las tempestades purificadoras de las revoluciones sociales del siglo XX.

La piedra angular del régimen socioeconómico que sustituye al capitalismo es, según Marx, la propiedad social de los medios de producción. Las tajantes palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* subrayan la importancia que el marxismo atribuye a esta necesaria revolución en las relaciones de producción: «...los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada»⁶.

⁶ Ibidem, t. 4, pág. 438.

La experiencia histórica del socialismo real muestra que la transformación de lo «mío», propiedad privada, en lo «nuestro», común, no es cosa sencilla. La revolución en las relaciones de propiedad no se reduce en modo alguno a un acto momentáneo, con el cual los medios básicos de producción pasan a ser patrimonio de todo el pueblo. Adquirir el derecho de dueño y ser dueño —auténtico, prudente y celoso— dista mucho de ser lo mismo. El pueblo que ha realizado la revolución socialista debe, durante largo tiempo aún, asimilar su nueva posición de propietario supremo y absoluto de toda la riqueza social, asimilarla desde el punto de vista económico, político y, si lo prefieren, sicológico, formándose una conciencia y conducta colectivistas. Pues únicamente puede considerarse educado en el espíritu socialista aquel que toma muy a pecho tanto los propios éxitos laborales, bienestar y prestigio como los asuntos de sus compañeros de trabajo, del colectivo laboral, los intereses de todo el país y de los trabajadores de todo el mundo.

Al hablar de la transformación de lo «mío» en lo «nuestro», hay que tener en cuenta que es un proceso largo y plurifacético que no se puede simplificar. Hasta cuando se establecen definitivamente las relaciones socialistas de producción, en algunos se conservan e incluso se reproducen hábitos individualistas, el deseo de aprovecharse de otros y de la sociedad. Todo eso, aplicando la terminología de Marx, son consecuencias de la enajenación del trabajo que no desaparecen de la conciencia automáticamente y de improviso, aunque la propia enajenación ya se haya eliminado.

Ahora nosotros sabemos bien todo esto por la práctica de la construcción socialista y comunista. Pero también sabemos otra cosa. Y es que, en plena conformidad con la previsión de Marx, la propiedad social de los medios de producción asentada en distintas formas en todos los países en que han triunfado las revoluciones proletarias se ha convertido en factor básico de la existencia del socialismo, en puntal y fuente principal de su progreso.

A base de la propiedad socialista en nuestro país se ha creado una potente economía que se desarrolla conforme a un plan y que permite plantear y resolver problemas

económicos y sociales grandes por su envergadura y complejos por su contenido. Estas posibilidades nuestras no se realizan por sí solas, claro está. Surgen problemas y serias dificultades. Su origen es distinto, pero nunca está relacionado con la esencia de la propiedad social y colectiva, que ha arraigado y ha demostrado sus ventajas. Por el contrario, una parte considerable de las deficiencias que a veces entorpecen el trabajo normal en distintos sectores de nuestra economía nacional se debe a la infracción de las normas y las demandas de la vida económica, cuya base esencial es la propiedad socialista sobre los medios de producción.

Veamos, por ejemplo, el problema del ahorro y el uso racional de los recursos materiales, financieros y laborales. De su solución depende en buen grado tanto el cumplimiento de las tareas del quinquenio en curso como el desarrollo de nuestra economía en una perspectiva más larga. Si reflexionamos bien en ello, se trata precisamente de cumplir las necesarias normas de administración prescritas por la propiedad socialista, que consisten esencialmente en mostrar una actitud solícita para con el patrimonio de todo el pueblo y multiplicarlo enérgicamente desarrollando la iniciativa. Por la infracción de estas normas se ve obligada a pagar toda la sociedad, y ésta tiene derecho a exigir rigurosamente responsabilidades a quienes por descuido, inhabilidad o interés egoísta despilfarran las riquezas sociales.

Actualmente, nuestras preocupaciones se concentran en mejorar la eficacia de la producción y de toda la economía. El PCUS y el pueblo soviético comprenden muy bien la importancia de este problema. Sin embargo, en cuanto a su solución práctica, la cosa no va como debería ir. ¿Qué lo impide? ¿Por qué no obtenemos el debido rendimiento de nuestras colosales inversiones, por qué la aplicación práctica de los adelantos de la ciencia y la técnica avanza a un ritmo que no nos satisface?

Podríamos, naturalmente, mencionar muchas causas. En primer lugar, no podemos pasar por alto que nuestra labor orientada a perfeccionar y reestructurar el mecanismo económico, las formas y los métodos de gestión ha quedado a la zaga de las exigencias que plantea el

actual nivel del desarrollo técnico-material, social y espiritual de la sociedad soviética. Esta es la causa más importante. Al propio tiempo, inciden sin duda factores como, por ejemplo, el hecho de que en los últimos cuatro años se haya obtenido menos productos agrícolas de lo esperado, así como la necesidad de invertir cada vez mayores medios financieros y materiales en la extracción de materia prima y de recursos de energía y combustibles en las regiones septentrionales y orientales del país.

Se puede volver a repetir la idea básica de Marx de que para acelerar el progreso de las fuerzas productivas hacen falta las correspondientes formas de organización de la vida económica, pero las cosas no avanzarán mientras que esta verdad teórica no se traduzca al lenguaje concreto de la práctica. A primer plano se promueve la tarea de analizar y aplicar consecuentemente medidas capaces de asegurar más amplio campo de acción a las colosales fuerzas creativas que posee nuestra economía. Estas medidas han de estar minuciosamente preparadas y tener un carácter realista, y, por lo tanto, al elaborarlas hay que partir indeclinablemente de las leyes del desarrollo del sistema económico socialista. El carácter objetivo de estas leyes demanda eliminar cualesquiera intentos de administrar la economía por métodos ajenos a su naturaleza. Aquí cabe recordar la advertencia de Lenin sobre el peligro que entraña la ingenua fe de algunos funcionarios de que pueden resolver todos los problemas «mediante disposiciones comunistas»⁷.

Por otro lado, una vez acordadas las medidas imprescindibles y adoptadas las decisiones correspondientes, ya es inadmisibile abandonar el asunto a medio camino. Todo lo decidido ha de ser cumplido. Es una tradición leninista de nuestro partido y sería indigno hacer dejación de ella.

Los intereses de la sociedad en su totalidad es el punto de referencia más importante para potenciar la economía, basada en la propiedad socialista. Pero eso no significa, naturalmente, que en aras de los ideales del bien común el socialismo reprima o haga tabla rasa de los intereses individuales, locales, las demandas especí-

⁷ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 44, pág. 173.

ficas de diversos grupos sociales. En modo alguno. «La idea —como destacaban Marx y Engels— ha quedado siempre en ridículo cuando aparecía divorciada del *interés*»⁸. Una de las principales tareas encaminadas a perfeccionar nuestro mecanismo económico consiste, precisamente, en asegurar la exacta consideración de esos intereses y conseguir su óptima combinación con los intereses de todo el pueblo y de ese modo utilizarlos como fuerza motriz para potenciar la economía soviética, elevar su eficiencia y la productividad del trabajo, para robustecer en todos los aspectos el poderío económico y defensivo del Estado soviético.

Para formarse una idea de lo eficiente que es la economía socialista es menester, naturalmente, tomar en consideración no sólo los criterios económicos propiamente dichos, sino también los criterios sociales, teniendo en cuenta el objetivo final de la producción social. En el capitalismo ese objetivo es el beneficio por concepto de capital invertido; en el socialismo, como Marx ha demostrado teóricamente, es el bienestar de los trabajadores, la creación de condiciones para el desarrollo universal del individuo. El socialismo real encarna ese postulado de la doctrina marxista.

En efecto, por polifacéticas que sean las tareas planteadas ante la economía soviética, en resumidas cuentas todas ellas se vienen a fundir en una: garantizar el ascenso del bienestar de los trabajadores, crear las condiciones materiales para su prosperidad espiritual y cultural, así como para su actividad social. Esto determina también el derrotero principal de la política económica del PCUS, que ha quedado plasmada en los documentos de su XXVI Congreso, en el Programa de Alimentos en marcha ya, en las resoluciones del partido sobre cuestiones económicas concretas. Está claro que eso determina mucho, muchísimo, también en nuestro enfoque de cómo ha de racionalizarse e intensificarse la producción. En otros términos, en nuestro país los problemas de la elevación de la eficiencia económica no se resuelven a expensas de los trabajadores, sino en provecho suyo. Eso no hace más

⁸ C. Marx y F. Engels, t. 2, pág. 89.

sencillo nuestro trabajo, pero sí permite realizarlo apoyándonos en las inagotables fuerzas, conocimientos y energía creadora de todo el pueblo soviético.

Marx consideraba que la misión histórica de la formación que había de sustituir al capitalismo, era hacer que el trabajo, de una penosa y forzada obligación, se convirtiese en la primera necesidad vital del hombre. Hoy, gracias a la experiencia sabemos lo mucho que hay que hacer en el largo camino de la materialización de esa idea en toda su magnitud. Pero la meta decisiva ya se ha alcanzado. Se ha terminado con aquella situación, lógica para el capitalismo, en que el producto del trabajo se contraponía al trabajador como una substancia extraña e incluso hostil, y en que cuanto más fuerzas físicas e intelectuales gasta el obrero tanto más incrementa el poderío de sus opresores. La conquista más grandiosa e indiscutible del socialismo estriba en que se han creado las condiciones que garantizan a cada cual el derecho al trabajo. Precisamente el trabajo consciente, escrupuloso y con iniciativa, el trabajo en bien de la sociedad es considerado en nuestro país la medida máxima de la dignidad y del prestigio social del individuo.

La práctica ha demostrado igualmente que la socialización de los medios y objetos de trabajo son un factor imprescindible y eficaz para formar el ambiente social propio precisamente del socialismo, en el cual el hombre no conoce el deprimente sentimiento de inseguridad por el mañana, en el que reinan el espíritu colectivista y la ayuda mutua de camaradas, la salud moral y el optimismo social. Todo ello en su conjunto significa una calidad, cardinalmente nueva, de la vida de las masas trabajadoras, calidad que en modo alguno se reduce al confort material, sino que lleva en sí toda la gama de una plétórica existencia humana.

Obviamente, todo eso no se consigue al día siguiente de haberse implantado la propiedad social. Por eso no puede ser inmediatamente evaluado como un socialismo «ya hecho», terminado. El cambio en las relaciones de propiedad no puede por sí solo eliminar todos los rasgos negativos de la convivencia humana acumulados durante siglos. Se trata de otra cosa. De que sin ese cambio cual-

quier «modelo» de socialismo, por muy atrayente que sea el ropaje que vista, resultará irrealizable, existirá únicamente en la imaginación de sus creadores. Eso es un axioma del marxismo, y sigue siendo justo hoy, al igual que lo era hace cien años.

LOS DENOMINADOS AXIOMAS del marxismo, en general, hay que tratarlos con mucho cuidado, ya que la incompreensión u olvido de los mismos son duramente castigados por la vida. A costa de muchos esfuerzos e incluso de errores se ha ido comprendiendo, por ejemplo, toda la importancia de las ideas de Marx respecto a la distribución. El insistía que en la primera fase del comunismo cada trabajador «obtiene de la sociedad —después de hechas las obligadas deducciones— exactamente lo que le ha dado», en una palabra, en plena concordancia con la cantidad y la calidad de su trabajo, lo cual corresponde al principio fundamental del socialismo: «de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo»⁹. Demócrata y humanista irreprochable, Marx era adversario decidido del igualitarismo, rechazaba categóricamente las digresiones demagógicas o ingenuas, frecuentes también en su tiempo, en las que se presentaba el socialismo, como la «igualdad general» en la distribución y el consumo.

Hoy ya está claro por la práctica y la experiencia de muchos países socialistas no sólo la importancia socioeconómica, sino también el gran significado político de estas apreciaciones hechas por el fundador del comunismo científico. Las relaciones de distribución atañen directamente a los intereses de todos y de cada uno. El carácter de la distribución es, de hecho, uno de los más importantes indicadores del grado de igualdad social posible en el socialismo. Todo intento de superar volitivamente este posible grado, de adelantarse, implantar las formas comunistas de distribución, sin hacer cuenta exacta del aporte laboral de cada uno a la creación de los bienes materiales y espirituales, puede engendrar y engendra fenómenos indeseables.

⁹ Véase Ibidem, t. 19, pág. 18.

Así, con toda certidumbre se reveló la inadmisibilidad de violar la exigencia económica objetiva: la prioridad del aumento de la productividad del trabajo. Sin estrecha ligazón con este factor decisivo, el incremento del salario, que primeramente produce un efecto favorable, a fin de cuentas siempre influye negativamente en toda la vida económica. Tal incremento, entre otras cosas, engendra demandas que no pueden satisfacerse cabalmente bajo un nivel determinado de la producción, impide eliminar el déficit de productos con todas sus consecuencias deformes que suscitan la justa indignación de los trabajadores.

Una correcta solución de los problemas de la distribución en el socialismo presupone, desde luego, cubrir los recursos monetarios de la población con diversos artículos de amplio consumo y los servicios. En este sentido el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es determinante. Naturalmente, no se puede satisfacer aquellas demandas que superan nuestras posibilidades. Al mismo tiempo nuestra irrevocable obligación ha sido y sigue siendo trabajar en dos vertientes: primero, constante incremento de la producción social y elevación, sobre esta base, de los niveles material y cultural de vida del pueblo; segundo, contribución por todos los medios a la elevación de las demandas materiales y espirituales de los soviéticos.

La completa igualdad social no surge de una vez, ni en su aspecto terminado. Para lograrla la sociedad crece y trabaja durante largo tiempo, venciendo dificultades y desplegando enormes esfuerzos. La sociedad debe desarrollar sus fuerzas productivas hasta que éstas alcancen el nivel de la base técnica y material del comunismo. Debe inculcar a todo trabajador alta conciencia y cultura, profesionalismo, capacidad de utilizar razonablemente los bienes del socialismo.

Mientras no haya tales condiciones, las relaciones de distribución, el estricto control de la medida del trabajo y la medida del consumo deben acaparar la atención del partido que dirige la sociedad socialista. El PCUS se preocupa constantemente por que el principio de distribución socialista, descubierto por Marx, se lleve a la

práctica en todo el país estrictamente y se aplique con la mayor plenitud. De violarse este principio, chocamos con ingresos no provenientes del trabajo, así como con quienes a menudo cambian de empleo, con los ausentistas, los haraganes, los chapuceros, quienes de hecho se convierten en parásitos de la sociedad que viven a costa de los trabajadores concienzudos. Este es un fenómeno intolerable, una especie de parasitismo a expensas del humanitarismo de nuestro régimen.

El trabajo, y solamente el trabajo, su resultado real, y no el subjetivo deseo de alguien o la buena voluntad deben definir el nivel de bienestar de cada ciudadano. Tal enfoque responde plenamente tanto al espíritu como al contenido de la visión marxista respecto a la distribución en el socialismo.

En nuestro país se formó hace tiempo el sistema de estímulo material y moral del trabajo; éste ha servido bien y sigue sirviendo a la lucha por el socialismo y el comunismo. No obstante hoy tanto el propio sistema como sus formas y su aplicación necesitan, evidentemente, seguir perfeccionándose. Es importante no sólo que el buen trabajo sea bien remunerado y obtenga el digno reconocimiento de la sociedad. Es preciso que la práctica del estímulo material y moral, en combinación con la ejemplar organización del trabajo, mantenga y desarrolle en los hombres la conciencia de que sus esfuerzos y lo que producen son útiles y necesarios; que la misma práctica afirme, en resumidas cuentas, el sentimiento de su coparticipación en los asuntos y planes de la colectividad, de todo el pueblo. Este sentimiento moviliza y disciplina más que todas las persuasiones o llamamientos.

Perfeccionando las relaciones de distribución, es preciso considerar todo el conjunto de relaciones mutuas durante el proceso laboral. ¿Qué se tiene en cuenta aquí en primer término? Que en todos los sectores de la economía se robustecen consecuentemente, utilizando las palabras de Marx, «el arreglo y el orden», formas que consideraba propias del «fortalecimiento social de dicho modo de producción»¹⁰. En esta labor no puede haber

¹⁰ Véase *Ibidem*, t. 25, parte II, pág. 356.

métodos de ordeno y mando, no puede haber alboroto ni sustitución de hechos por palabrería. Poco ha de lograr el dirigente que no comprenda esto, que procure suplantar los esfuerzos organizadores, sistemáticos y tenaces, por campañas efectistas, pero ineficaces. El sentido de los esfuerzos que emprende el partido por mejorar la gestión administrativa, por elevar la organización, la diligencia, la disciplina estatal y laboral, el estricto cumplimiento de los planes, consiste no sólo en librarse de ciertos defectos y dificultades, lo cual tiene suma importancia de por sí, sino en fortalecer aún más, en definitiva, las bases en que descansa el modo socialista de vida.

Naturalmente, el partido arranca de las condiciones reales de dirección del trabajo existentes en la actual etapa de desarrollo de la sociedad soviética. Por el momento, estas condiciones son tales que la ley económica considerada por Marx como la primera ley sobre la base de la producción colectiva, la ley del ahorro del tiempo de trabajo, todavía no opera cabalmente en nuestro país. Eso se debe en grado considerable al gran número de trabajos físicos pesados, poco interesantes, rutinarios, al ritmo lento de su mecanización, y con mayor motivo, de su automatización.

Entretanto, basta imaginarse la aguda escasez de mano de obra y la situación demográfica en el país para ver con claridad lo económicamente inadmisibile que es seguir manteniendo considerable parte del trabajo no mecanizado, manual, que sólo en la industria alcanza el 40%. Por esto se plantea hoy con tal apremio el problema de acelerar por todos los medios el ritmo del progreso tecnocientífico, de utilizar más activamente sus adelantos y, ante todo, en aquellos sectores donde los insumos laborales son especialmente grandes. Existe la base para conseguirlo. Es el alto nivel de desarrollo de la economía socialista. Es la experiencia profesional y la calificación de la clase obrera soviética. Es la existencia de competentes especialistas y dirigentes de la economía nacional, el formidable potencial intelectual y científico, cuya fuerza productiva en las presentes condiciones se hace siempre más considerable. La tarea consiste en utilizar mejor y más rápidamente todas nuestras posibilidades y elevar

el esmero en el trabajo y en la organización de la producción.

Debemos ocuparnos perseverantemente del cumplimiento de las tareas de mecanizar y automatizar la producción, teniendo también en cuenta su alcance sociopolítico. Pues, el hombre liberado del trabajo manual, pesado y agotador, por regla general muestra mayor iniciativa y responsabilidad por la tarea encomendada. Obtiene posibilidades complementarias de estudiar y descansar, de participar en la actividad social y la gestión de la producción. De tal modo, puede ejercer más plenamente sus derechos democráticos y políticos, que la revolución socialista otorgó a los trabajadores, los derechos de dueños absolutos de su sociedad, de su Estado.

MUCHO ANTES de que comenzara a formarse la sociedad que viene a sustituir al capitalismo, Marx reveló la esencia de las formas políticas de su vida. Ya en el *Manifiesto del Partido Comunista* se consignó que el «primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia»¹¹. Es inconcebible que el socialismo se afiance sin un firme poder político, cuyo contenido de clase Marx definió con el concepto de «dictadura del proletariado». Conforme a la teoría de Marx, precisamente la dictadura del proletariado abre el camino de desarrollo político que, en resumidas cuentas, conduce a la autogestión social comunista.

¿Qué relación guarda la viva historia del socialismo con estos pronósticos marxistas?

En nuestro país —como, por cierto, en todas partes donde el poder pasó a manos de la clase obrera, de los trabajadores—, eso significó el triunfo de la democracia en la acepción más literal y exacta de la palabra, la verdadera victoria del poder del pueblo. Por fin, los trabajadores adquirieron derechos y libertades que el capitalismo siempre les había negado y niega, si no formalmente, en esencia.

¹¹ Ibidem, t. 4, pág. 446.

La democracia soviética, que tropezó con la encarnizada resistencia de la contrarrevolución interna y externa, se fue abriendo paso honestamente, sin encubrir su carácter de clase, no vacilando en legitimar los privilegios de los trabajadores respecto a las clases explotadoras que se oponían al nuevo régimen. Por su naturaleza es y será siempre una democracia que garantiza los más amplios derechos de los trabajadores y defiende sus intereses, que está dispuesta a llamar al orden a quienes atenten contra las conquistas socialistas del pueblo.

En el curso de la construcción de la nueva sociedad se enriquece el contenido de la democracia socialista, desaparecen las limitaciones históricamente condicionadas, se diversifican las formas de ejercicio del poder popular. Este proceso se despliega en estrecha relación con el desarrollo de la estatalidad socialista que está experimentando cambios cualitativos. El más importante de ellos es la transformación del Estado de la dictadura del proletariado en Estado de todo el pueblo. Este cambio, que reviste enorme importancia para el sistema político del socialismo, ha quedado reflejado en la Constitución de la URSS, aprobada por todo el pueblo en 1977, que sienta la base legislativa para profundizar la democracia socialista.

No idealizamos lo que hemos hecho y hacemos en nuestro país en este ámbito. La democracia soviética ha tenido, tiene y tendrá, es de suponer, las dificultades propias del desarrollo, condicionadas por las posibilidades materiales de la sociedad, por el nivel de conciencia de las masas y de su cultura política, y también por el hecho de que nuestra sociedad no se desarrolla en condiciones de invernáculo, aislada de un mundo que nos es hostil, sino bajo los fríos vientos de la «guerra psicológica» desatada por el imperialismo. El perfeccionamiento de nuestra democracia pasa por eliminar la excesiva «burocratización» y el formalismo, todo cuanto impide y entorpece la iniciativa de las masas y encorseta el pensamiento creador y la obra viva de los trabajadores. Hemos combatido y combatiremos con mayor energía y tesón tales fenómenos.

En ocasiones se puede escuchar que la faz actual de la

estatalidad y la democracia socialistas no corresponde a la perspectiva de la autogestión comunista, indicada por Marx. La trayectoria que hemos recorrido y la experiencia que hemos acumulado atestiguan, empero, lo contrario.

Marx decía, por ejemplo, que dirigiría la nueva sociedad el «pueblo organizado en comunas», que la esencia del nuevo poder sería «un Gobierno del pueblo por el pueblo»¹². Sabido es que dichas ideas le fueron sugeridas por la vida, por la heroica experiencia de los comuneros de París. Sin embargo, no contenían más que una indicación muy general sobre un objetivo lejano. Sólo la obra revolucionaria de las propias masas podía concretar las vías para aproximarse a dicho objetivo. Y ya en vísperas de la Gran Revolución de Octubre esta obra ofreció elementos de juicio que permitieron a Lenin trazar medidas concretas para materializar las fórmulas de Marx en el contexto de nuestro país: «... *el pueblo* unido por los Soviets, he aquí quien debe dirigir el Estado»¹³.

Un pueblo que no conoce otro poder que el de su propia unión, esta idea de Marx, Engels y Lenin encarna en la actividad de los Soviets, que engloban la legislación, la administración y el control. Se expresa en la labor de los sindicatos y de otras organizaciones sociales, en la vida de los colectivos laborales y en el desarrollo de todo el sistema político de nuestra sociedad. Y la cuestión no consiste en hallar la diferencia entre esta idea y el ideal de la autogestión comunista. Podríamos señalar muchas de estas diferencias en virtud de la histórica distancia que nos separa de la segunda fase del comunismo. Es mucho más importante el hecho de que este sistema funciona y se perfecciona hallando nuevas formas y métodos en el desarrollo de la democracia, en la ampliación de los derechos y las posibilidades administrativas del obrero en la producción y en toda la práctica sociopolítica: desde las comisiones de diputados y el control popular hasta las asambleas permanentes de producción. Esta es la auténtica autogestión socialista del pueblo, que se desarrolla durante la construcción del comunismo.

¹² Ibidem, t. 17, págs. 344, 350.

¹³ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 31, pág. 188.

Requiere atención y generalización especial la experiencia de nuestro desarrollo democrático a tenor con la nueva Constitución de la URSS. Esto, en primer lugar, se refiere a la activación y al uso más amplio de la iniciativa local, a la incorporación más orgánica de todos los colectivos laborales a nuestra labor estatal. En los últimos años se han ampliado considerablemente los poderes de los Soviets locales en cuanto a las empresas, instituciones y organizaciones ubicadas en su territorio. Las posibilidades de los Soviets distritales, regionales, territoriales y de república (RSSA) aumentarán asimismo durante la realización de la resolución del Pleno de mayo (1982) del CC del PCUS sobre la creación de agrupaciones agroindustriales a ellos subordinadas. De esta manera aumenta el papel que desempeñan los órganos representativos en la materialización de la principal función del Estado socialista, la económico-organizativa. Cabe señalar asimismo la brigada de autogestión económica como forma primaria de administrar la producción hallada por las propias masas.

Nos es ajena, claro está, la interpretación de la autogestión que tienda al anarcosindicalismo, a la división de la sociedad en corporaciones competidoras independientes, a la democracia sin disciplina y a la comprensión de los derechos sin obligaciones. El centralismo democrático es un principio probado en la organización de toda la vida de la sociedad socialista que permite combinar acertadamente la libre creación de las masas con las ventajas del sistema único de dirección, planificación y administración científicas.

El régimen socialista transforma la realización de los derechos y obligaciones colectivos de los trabajadores en el principal móvil del progreso social, con la particularidad de que de ninguna manera quedan preteridos los intereses del hombre. Nuestra Constitución concede al ciudadano soviético amplios derechos y libertades y, al mismo tiempo, hace resaltar la prioridad de los intereses sociales, el servicio a los cuales es la manifestación suprema de civismo.

En nuestro país se liquidó el abismo —que existe en el capitalismo— entre los intereses del Estado y los del

ciudadano. Pero, lamentablemente todavía hay quien trata de contraponer sus intereses egoístas a la sociedad, a otros miembros de la misma. A la luz de esto se pone de manifiesto cuán necesarios son el trabajo de educación —y a veces de reeducación de algunas personas—, la lucha contra los atentados al orden jurídico socialista, a las normas de nuestra convivencia colectivista. Ello no significa «pisotear los derechos humanos», como machaca hipócritamente la propaganda burguesa, sino el humanitarismo y la democracia más reales que significan la gestión por voluntad de la mayoría, en bien de todos los trabajadores.

El PCUS pone por encima de todo los intereses del pueblo, los intereses de la sociedad en su conjunto. Presta constante atención a crear las condiciones para que se manifiesten libremente la actividad creadora de los trabajadores y su dinamismo social, para que las empresas industriales, los sovjoses y los koljoses gocen de mayor autonomía. Esta iniciativa, este dinamismo social son una manifestación del carácter realista de los planes del partido, del crecimiento de su fuerza, en definitivas cuentas, una garantía de que el programa de construcción del comunismo será cumplido.

Siendo el partido el núcleo del sistema político de la sociedad soviética, él mismo da ejemplo de organización democrática de toda su actividad: elabora y desarrolla los principios democráticos que pasan a todas las esferas de nuestra vida socialista. Es una importantísima manifestación del papel rector del partido en la vida de la sociedad, de su inspiradora influencia en las masas.

EN SU TIEMPO, al analizar el enfoque metodológico que Marx utilizaba para establecer los rasgos fundamentales de la nueva sociedad, Lenin escribió: «Marx no intenta, ni por lo más remoto, fabricar utopías, hacer conjeturas vanas acerca de cosas que es imposible conocer... En vez de definiciones escolásticas, artificiales e 'inventadas' y de disputas estériles acerca de las palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo), Marx hace un análisis de lo que podríamos denominar grados de madu-

rez económica del comunismo»¹⁴. Como se sabe, precisamente a base de tal análisis Marx creó su teoría de las dos fases de desarrollo de la formación comunista única, teoría de la que están pertrechados el PCUS y otros partidos hermanos. Precisamente sobre esta base, al generalizar la nueva experiencia histórica, Lenin desarrolló en todos sus aspectos la teoría de la construcción del socialismo y el comunismo. De estos postulados partimos también hoy, al solucionar uno de los problemas más difíciles, en opinión de Marx, Engels y Lenin, que es el de las formas concretas de transición al comunismo.

Los rasgos fundamentales de la sociedad soviética contemporánea han encontrado su exponente en el concepto del socialismo desarrollado. En él se muestra con evidencia la unidad dialéctica de los éxitos reales en la construcción socialista, en el cumplimiento de muchas tareas económicas, sociales y culturales de la primera fase del comunismo, así como de los robustos brotes del porvenir comunista y los problemas todavía no resueltos, que nos ha legado el pasado. Eso significa que se necesita cierto tiempo para acercar la retaguardia alejada, y seguir avanzando. Debemos tener una idea exacta de dónde nos encontramos. Adelantarse quiere decir plantear tareas irrealizables; detenerse en lo alcanzado significa no aprovechar todo lo que tenemos. Hoy es preciso ver nuestra sociedad en su dinámica real, con todas sus posibilidades y necesidades.

El XXVI Congreso del PCUS situó en primer plano la elaboración del concepto del socialismo desarrollado entre todo lo realizado durante los últimos años en el campo de la teoría marxista-leninista. Apoyándose en ese concepto, el partido definió su estrategia y táctica para los próximos años y para una perspectiva más lejana, previno contra las posibles exageraciones al evaluar el grado de aproximación del país a la fase superior del comunismo. Todo ello permitió precisar y concretar las vías y los plazos para materializar nuestros objetivos programáticos.

En las últimas décadas del siglo XX ante el partido y

¹⁴ Ibidem, t. 33, págs. 85, 98.

el pueblo se plantean tareas de gran alcance. En su conjunto dichas tareas se circunscriben a lo que podría llamarse perfeccionamiento del socialismo desarrollado, en el curso de lo cual tendrá lugar la transición gradual al comunismo. Nuestro país se encuentra en los comienzos de esa larga fase histórica, la cual, a su vez, tendrá, naturalmente, sus períodos, sus jalones de crecimiento. Cuál será la duración de los mismos, qué formas concretas adquirirán sólo lo mostrarán la experiencia, la práctica. Pero uno de los más importantes, por decirlo así, puntos de referencia cualitativos en ese camino lo señaló claramente el XXVI Congreso del partido, planteando la tesis de la formación, en lo fundamental y esencial, de la estructura de una sociedad sin clases en el marco histórico del socialismo desarrollado.

Es característico que esta conclusión, hecha sobre la base de la práctica real, está en consonancia con la idea que tenía Marx del socialismo como sociedad que no conoce diferencias clasistas¹⁵. He aquí, dicho sea de paso, una confirmación más de que de la autenticidad de las opiniones de Marx debe juzgarse no sólo partiendo de la experiencia de algunas décadas pretéritas, sino que debe evaluarse igualmente desde la óptica de una perspectiva más larga.

Hoy día actúa correctamente quien, al plantearse la pregunta «¿qué es el socialismo?», busca la respuesta sobre todo en las obras de Marx, Engels y Lenin. Sin embargo, hoy no hay que limitarse sólo a ello. En la actualidad el concepto de «socialismo» sólo puede ser esclarecido teniendo en cuenta la riquísima experiencia acumulada por los pueblos de la Unión Soviética y de otros países hermanos. Esta experiencia muestra cuán complejos son muchos problemas que se plantean en el camino de la edificación socialista. Pero esta experiencia atestigua también que únicamente el socialismo es capaz de resolver los más complejos problemas de la vida social.

Precisamente el socialismo elimina las barreras seculares que separaban el trabajo y la cultura, crea una alianza muy sólida de obreros, campesinos e intelectuales, de

¹⁵ Véase C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 19.

todos los trabajadores que realizan labores físicas e intelectuales, alianza en la que el papel dirigente lo desempeña la clase obrera. Incorpora a las masas trabajadoras a los logros de la ciencia y la técnica, de la literatura y el arte, garantiza un reconocimiento social sin parangón de la actividad creadora desarrollada por los intelectuales. Precisamente el socialismo forma una familia bien compenetrada de pueblos que anteriormente estaban separados por la discordia nacional, garantiza una justa solución del problema de las nacionalidades, engendrado por el régimen explotador. Precisamente el socialismo, contribuyendo al florecimiento de las formas nacionales de vida, forma también un nuevo tipo de relaciones internacionales e interestatales que excluyen toda clase de desigualdad y se basan en la fraternal cooperación y ayuda mutua.

Cuando finaliza el período de transición del capitalismo al socialismo, cuando se consolida el nuevo modo de vida, el modo socialista, se superan las más graves colisiones sociales, las cuales, a fin de cuentas, son producto de la división de la sociedad en clases hostiles. Sin embargo, esta conclusión nada tiene de común con la noción simplista y políticamente ingenua de que el socialismo, supuestamente, acaba con todas las contradicciones y discrepancias, con todos los trastornos de la vida. De paso sea dicho, esta noción la explotan a su manera nuestros adversarios ideológicos, cuando procuran denigrar el nuevo régimen, indicando que también en este sistema hay dificultades, desilusiones y una lucha, difícil a veces, entre lo nuevo y lo viejo.

Es cierto, tenemos contradicciones y dificultades. Pensar que es posible otro camino para el desarrollo, significa apartarse de las realidades seguras, aunque duras a veces, romper con el abecé de la dialéctica marxista. En el aspecto teórico, este problema lo aclaró Lenin partiendo de la doctrina de Marx. «Antagonismo y contradicción —escribió— no son lo mismo. El primero desaparecerá y la segunda seguirá existiendo en el socialismo»¹⁶. Este postulado se ha confirmado en la práctica. De ello, sin

¹⁶ *Recopilación Leninista XI*, pág. 357.

embargo, no se desprende que se puede menospreciar las contradicciones no antagónicas y subestimarlas en la política. La vida enseña que si no se toman en cuenta contradicciones que por su naturaleza no son antagónicas, pueden engendrarse graves colisiones. Otro aspecto importante del asunto consiste en utilizar correctamente las contradicciones del socialismo como fuente y estímulo de su desarrollo ascendente.

Nuestra experiencia muestra que la edificación socialista avanza exitosamente si la política del partido comunista gobernante se apoya sobre una sólida base científica. Toda subestimación del papel de la ciencia marxista-leninista y de su desarrollo creador, la estrecha interpretación pragmática de sus tareas, el menosprecio de los problemas fundamentales de la teoría, el predominio de un enfoque coyuntural o la teorización escolástica están preñados de graves consecuencias políticas e ideológicas. La experiencia y la práctica han confirmado reiteradamente la justedad de la tesis leniniana de que «quien aborde los problemas particulares sin antes resolver los generales, fatalmente ‘tropezará’ a cada paso con estos problemas, sin tener conciencia de ello. Y tropezar ciegamente con ellos en cada caso particular equivale a condenar la política propia a las peores vacilaciones y falta de principios»¹⁷.

El PCUS atribuye mucha importancia a desarrollar la teoría del marxismo-leninismo, como lo exige la propia esencia creadora de esta doctrina. Ello tiene vital importancia para el cumplimiento de nuestras tareas prácticas. Por ejemplo, sentimos cada vez más la necesidad de efectuar serias investigaciones en el campo de la economía política del socialismo. También en este dominio, *El Capital* de Marx constituye para nuestra ciencia un imperecedero ejemplo de honda penetración en la esencia de la vida económica.

La multiforme experiencia de los fraternos países socialistas, que no coincide en todos sus aspectos, proporciona un inmenso material para la intelección teórica. En relación con ello conviene recordar las palabras leni-

¹⁷ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 15, pág. 368.

nianas de que «solo mediante una serie de intentos —cada uno de los cuales, tomado por separado, será unilateral, adolecerá de cierta falta de correspondencia— se creará el socialismo íntegro con la colaboración revolucionaria de los proletarios de *todos* los países»¹⁸. En nuestros días, esta tarea se lleva a la práctica en extensos espacios del globo terráqueo, en el marco del sistema mundial del socialismo, que devino un factor decisivo del progreso social de la Humanidad. Además, se materializa por el cauce de los principios que predijera Marx.

LENIN DECIA A MENUDO que en toda su actividad se orientaba siempre por la obra de Marx. Y el PCUS, en su labor, se orienta siempre por Marx, Engels y Lenin.

Guiarse por Marx y por el marxismo-leninismo no significa, ni mucho menos, aplicar mecánicamente a la vida en desarrollo fórmulas hechas. Seríamos malos seguidores de nuestros preceptores si nos contentáramos con repetir las verdades descubiertas por ellos y confiáramos en la fuerza mágica de las citas aprendidas.

El marxismo no es un dogma, sino una viva guía para la acción y el trabajo independiente en aquellas complicadas tareas que cada nuevo viraje de la historia nos plantea. Y para no rezagarse de la vida, los comunistas deben impulsar y enriquecer la teoría de Marx en todas las direcciones, aplicar en la práctica con espíritu creativo el método de la dialéctica materialista, elaborado por él, llamado con razón alma viva del marxismo. Solamente tal actitud hacia nuestra inestimable herencia ideológica —actitud de la que Lenin fue ejemplo—, solamente esta constante autorrenovación de la teoría revolucionaria bajo la influencia de la práctica revolucionaria hace del marxismo verdadera ciencia y arte de la creatividad revolucionaria. En ello reside el secreto de la fuerza del marxismo-leninismo y de su inmarchitable lozanía.

A veces se oye decir que los nuevos fenómenos que se

¹⁸ Ibidem, t. 36, pág. 306.

dan en la vida social «no se insertan» en el concepto de marxismo-leninismo, se pretende que esta teoría atraviesa una «crisis» y hay que «revitalizarla» mediante el influjo de ideas extraídas de la sociología, la filosofía o la politología occidentales. Pero no se trata de la imaginaria «crisis» del marxismo, ni mucho menos. Trátase de la incapacidad de algunos teóricos, que se autodenominan marxistas, de ponerse a la verdadera altura del pensamiento teórico de Marx, Engels y Lenin, así como de la incapacidad de aplicar el inmenso potencial intelectual de la teoría de éstos al proceso de estudio concreto de cuestiones concretas. No está de más agregar que numerosos teóricos burgueses en la esfera de la filosofía, la sociología y la economía política cobraron fama —las más de las veces— dedicándose a volver del revés, a su manera, a las ideas marxistas.

No es propio de los comunistas dejarse seducir por la rimbombante fraseología de toda una serie de «mejoradores» de Marx ni aferrarse a lo fabricado por la ciencia burguesa. Sin embargo, para comprender y resolver nuevos problemas hay que cuidarse de no erosionar la teoría marxista-leninista, sino al contrario, es necesario luchar por su pureza y desarrollarla con espíritu creativo. Solamente este enfoque responde a las tradiciones y al espíritu de nuestra teoría, a las necesidades del movimiento comunista.

Los comunistas soviéticos nos sentimos orgullosos de pertenecer a la más influyente corriente ideológica en toda la historia de la civilización mundial: el marxismo-leninismo. Abierto a todo lo que tiene de mejor y de avanzado la ciencia y la cultura contemporáneas, hoy el marxismo-leninismo se encuentra en el centro de la vida espiritual del mundo y domina la mente de millones de seres humanos. Es el credo ideológico de la clase ascendente que libera a toda la Humanidad. Es la filosofía del optimismo social, la filosofía del presente y del porvenir.

Hoy se ha recorrido un gran trecho del camino que conduce a la renovación social del mundo y a la materialización de los objetivos e ideales revolucionarios de la clase obrera. El mapa político del mundo ofrece nuevos aspectos. La ciencia ha hecho importantísimos descubrimien-

tos y son asombrosos los adelantos de la técnica. Al mismo tiempo, la Humanidad encara muchas preocupaciones nuevas, incluidas algunas nada fáciles. Es fundada la inquietud de la Humanidad con motivo de haberse agravado los problemas de las materias primas, el energético, el de los alimentos, el ecológico y otros de carácter global. Y lo principal que hoy inquieta a los pueblos, es la necesidad de mantener la paz y de prevenir una hecatombe termonuclear. En el plano internacional, para nuestro partido, el Estado soviético y todos los pueblos del planeta no hay otra tarea más importante.

La colosal tarea en cuyo cumplimiento están enfrascadas hoy la teoría del marxismo-leninismo y la práctica de la lucha por el progreso de la Humanidad, es la de entender todas las complejidades que vive el mundo contemporáneo, de organizar y orientar la creatividad socio-histórica revolucionaria de la clase obrera, de todos los trabajadores. La tarea de explicar y de transformar el mundo, que Marx se planteó a sí mismo, a sus correligionarios ideológicos y políticos y a sus continuadores.

La revista *Kommunist*, 1983, núm. 3.

B. PONOMARIOV,

miembro suplente del Buró Político
y secretario del CC del PCUS

LA DOCTRINA DE MARX, GUIA PARA LA ACCION

Informe en el solemne
acto con motivo del 165
aniversario del nacimiento
y el centenario de la muerte
de Carlos Marx
(Moscú, 30 de marzo de 1983)

Nos separa un lapso bastante grande de los tiempos en que Carlos Marx creó la doctrina que había de inmortalizar su nombre. Vivimos en una época que, como previera Lenin, ha dado los mayores triunfos a esta doctrina. Ante nuestros ojos se han operado y se operan grandiosas transformaciones revolucionarias. Han cambiado radicalmente la naturaleza social y de clase de numerosos Estados, las condiciones y el modo de vida de la mayoría de los pueblos. La Humanidad nunca había conocido cambios de tales proporciones.

En el siglo XX recorrió el planeta el torbellino de fuego de dos guerras mundiales. Pero el siglo XX es el siglo de la Gran Revolución Socialista de Octubre que acabó con un régimen en que una clase dominante sucedía a otra, pero perduraban la explotación y la opresión. La evolución de la sociedad humana viró en redondo hacia el socialismo que suprime para siempre la explotación y la opresión, el poder de una minoría sobre la mayoría. El socialismo ha mostrado su fuerza imbatible en crueles choques con el imperialismo que pretendía dar marcha atrás a la historia. Tras haber derrotado al fascismo germano y al militarismo nipón, el primer país del socia-

lismo ayudó a otros pueblos en su lucha por la libertad y la independencia, hizo un aporte decisivo a la creación de premisas favorables para el sucesivo progreso mundial. Las revoluciones en Bulgaria, Hungría, RDA, Checoslovaquia, Polonia, Rumania, Yugoslavia, Vietnam, China, Corea, Cuba y Laos, junto con la revolución que había triunfado antes en Mongolia, convirtieron el socialismo en un sistema mundial. Siguen la senda revolucionaria también en dirección socialista Angola, Afganistán, Etiopía, Yemen del Sur, Mozambique y algunos otros países.

Marx, resumiendo toda la historia del pensamiento filosófico, formuló su famoso enunciado: «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*»¹. La clase obrera, los trabajadores alentados por los ideales del socialismo han logrado gigantescos éxitos en la realización de esta tarea. Así se hacen realidad las ideas y la causa de Marx y Lenin, continúa su magna hazaña.

¿Por qué veneramos a Marx? En el transcurso de los siglos la Humanidad sufrió la explotación, la opresión nacional y racial, guerras devastadoras y de exterminio. Marx por primera vez reveló los orígenes sociales de estas calamidades y, principalmente, esclareció los fundamentos materiales y las posibilidades objetivas para librarse de ellas. Su mérito inmortal consiste en que descubrió *las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad*, creó la ciencia de cómo luchar y conquistar la victoria sobre el capitalismo, cómo crear un nuevo régimen, el régimen socialista.

— Marx dio una explicación materialista de la evolución de la historia mundial, elaboró la doctrina del desarrollo y la sustitución de las formaciones socioeconómicas.

— Creó una economía política que es la única científica, descubrió la fuente del enriquecimiento de la burguesía —la plusvalía—, poniendo de este modo al desnudo el secreto de la explotación bajo el capitalismo y demostrando la inevitabilidad de su derrocamiento revolucionario.

— Fundamentó la misión histórica de la clase obrera,

¹ C. Marx y F. Engels, t. 3, pág. 4.

llamada a liquidar el último régimen explotador y a encabezar la construcción del socialismo.

— Elaboró el método materialista dialéctico, método rigurosamente científico, de investigación de la naturaleza y la sociedad, la metodología proletaria de clase, es decir, la verdadera metodología del conocimiento de los procesos y acontecimientos sociales y de su enfoque auténticamente realista.

Merced a estos descubrimientos trascendentales *el socialismo fue convertido de utopía en ciencia*.

Pero Marx no era sólo un sabio genial. Consagró toda su vida a hacer de la ciencia que él había creado un medio para emancipar a la clase obrera. «...Marx era ante todo un revolucionario»², dijo Engels de su gran amigo. Consideraba la ciencia como «un formidable resorte de la historia, como una fuerza revolucionaria en el sentido más elevado de la palabra»³.

De la unión del pensamiento revolucionario y la práctica revolucionaria nacieron *las grandes ideas políticas del marxismo* que se han convertido en una fuerza decisiva del ulterior progreso mundial.

Es, ante todo, la idea y los fundamentos cardinales de la creación y la actividad del partido proletario sin el cual la clase obrera no puede convertirse de «clase en sí» en «clase para sí» y para toda la Humanidad.

Es la teoría de la lucha de clase y de la dictadura del proletariado que, como ha mostrado el socialismo real, se transforma en Estado de todo el pueblo y marca el comienzo del paso a la sociedad sin clases.

Es la revelación de la esencia social y de las causas de las guerras y las revoluciones.

Es la idea de la alianza de la clase obrera con el campesinado y otras capas trabajadoras.

Es la deducción acerca de la unidad de intereses cardinales de los trabajadores de las metrópolis y de las colonias.

Es la fundamentación científica del internacionalismo proletario.

² Ibidem, t. 19, pág. 351.

³ Ibidem, págs. 348-349.

Es el pronóstico científico sobre las dos fases de la formación social comunista.

Tales son solamente los planteamientos principales del marxismo que le han asegurado el papel de instrumento práctico para la transformación revolucionaria del mundo.

Es sintomático que el *Manifiesto del Partido Comunista*, primer documento teórico omnímodo del socialismo científico, surgiera como programa de acción revolucionaria. En él Marx y Engels por primera vez, con genial perspicacia y en forma asombrosa por la fuerza de su influencia y su belleza, dieron una exposición íntegra y enjundiosa de la ideología proletaria. Con la creación del *Manifiesto*, al que llaman con razón «el cantar de los cantares» del marxismo, se asentó para siempre el fundamento inquebrantable de la doctrina revolucionaria de la clase obrera. Por algo continúa siendo hasta hoy el libro predilecto de cada comunista, de cada revolucionario consciente.

En la nueva época el genio de Lenin elevó el socialismo científico a nueva altura. El Partido Comunista de la Unión Soviética y los partidos comunistas hermanos han demostrado irrefutablemente la capacidad innata del socialismo científico para desarrollarse de un modo creador. Toda la evolución social se encuentra bajo el creciente influjo de la doctrina siempre viva del marxismo-leninismo.

El marxismo-leninismo como ciencia es universal, en él forman una aleación única la filosofía, la economía política y la teoría de la lucha por el socialismo y el comunismo. Ha pasado por la prueba más difícil, pero más demostrativa: por la prueba de más de un siglo de práctica. Ha conquistado victorias sobre decenas de otras teorías y concepciones que fueron rebatidas porque no pudieron competir con él, ni en la explicación del mundo ni, menos aún, en su transformación. Es una teoría cierta y, por lo tanto, vivificante, optimista.

¡La historia se ha desarrollado, se desarrolla y se desarrollará como predijeran Marx y Lenin!

1. «...*La lucha entre
el capital y el trabajo
es general, universal,
en una palabra,
tiene carácter mundial...*»⁴

(Marx)

Las revoluciones sociales que han sacudido el mundo han conducido a que la esfera de dominación del capitalismo se reduzca incesantemente. Pero el sistema capitalista se conserva en un espacio considerable del planeta, una parte bastante grande de la Humanidad continúa experimentando su opresión. Eso forzosamente hay que tomarlo en cuenta en política.

No es posible comprender ni evaluar correctamente lo que le sucede al capitalismo en nuestro tiempo sin apoyarse en Marx, en el principal trabajo de su vida: *El Capital*. La doctrina leninista del imperialismo es el desarrollo creador de la teoría económica de Marx. Lenin demostró que en esta última fase del capitalismo se crean todas las premisas objetivas para pasar al socialismo, la Humanidad se acerca de lleno a la necesidad de emprender transformaciones revolucionarias radicales.

Los adversarios del socialismo, que hablan de la «caducidad» del marxismo-leninismo, suelen remitirse a los nuevos fenómenos propios del capitalismo actual. En efecto, el capitalismo de fines del siglo XX es distinto en muchos aspectos. Su evolución refleja el inmenso incremento de las fuerzas productivas, de la socialización del trabajo, el hundimiento de los imperios coloniales y las grandes conquistas del movimiento obrero y democrático. Y, como es lógico, el sistema capitalista experimenta el múltiple y potente influjo del socialismo real, que crece y se robustece. El capitalismo ha perdido para siempre la posibilidad de monopolizar los destinos de los pueblos. Se ve obligado a adaptarse. Las formas principales de esta adaptación son la intervención del Estado en la economía llegando incluso a la regulación directa, el uso de los adelantos de la ciencia y la técnica modernas,

⁴ Ibidem, t. 45, pág. 471.

la sucesiva internacionalización del capital y la integración, el crecimiento de los monopolios transnacionales y el afán de coordinar la política económica de los Estados capitalistas.

El capitalismo ha logrado prolongar su existencia. Pero eso ha costado y cuesta a los pueblos muy caro. Es más, pone en peligro la misma vida en la Tierra.

No obstante, «el viejo topo de la historia», como llamaba metafóricamente Marx los procesos que preparan la revolución, continúa su trabajo. Continúa porque no ha cambiado la naturaleza del capitalismo, la esencia de sus contradicciones radicales, se acumulan y acrecientan sus lacras sociales.

No ha desaparecido, sino se refuerza la explotación de la clase obrera, de todos los trabajadores. En la zona capitalista del mundo se agrava el antagonismo entre el capital y el trabajo, entre los monopolios y la inmensa mayoría del pueblo, entre el imperialismo y los países en desarrollo.

No han cesado, sino se profundizan las contradicciones imperialistas. La competencia entre algunos países y entre los principales centros del imperialismo (EE.UU., Europa Occidental, Japón) lleva a guerras comerciales, a reñidos choques por los mercados de venta y las fuentes de materias primas.

No han cesado, sino son más frecuentes las crisis económicas. Se ha confirmado la predicción de Marx a este respecto. La vida ha disipado las ilusiones de un capitalismo próspero y «sin crisis». Desde el comienzo de la década del 70 el mundo capitalista atraviesa ya la tercera crisis económica. Tan sólo en los países capitalistas industrializados se cuentan hoy más de 30 millones de desempleados condenados a penosas privaciones materiales y sufrimientos morales. La reestructuración tecnológica de turno en la economía capitalista amenaza con tales calamidades, con tal agudización de todas las contradicciones que pueden terminar en una crisis mucho más grave que la de los años 30.

No se ha reducido, sino ensanchado, el abismo entre la riqueza y la pobreza, entre la mayoría de la población y el puñado de multimillonarios, consecuencia inevitable

de la ley general de la acumulación capitalista descubierta por Marx. En EE.UU. las ganancias de las corporaciones aumentaron durante la década del 70 en el 50%, mientras el salario real de los trabajadores se redujo casi un 20%. En la cúspide de la sociedad norteamericana se encuentran unos 4.500 archirricachones, cada uno de los cuales tiene una renta anual de más de un millón de dólares. Y 32 millones de personas —¡un 14% de la población!— viven por debajo del límite oficial de pobreza.

No han disminuido, sino se acrecientan, las contradicciones de la utilización capitalista del progreso tecnocientífico. Cómo no recordar aquí el sarcasmo mordaz de Marx acerca de que el progreso bajo el capitalismo y el invento de nuevas máquinas deparan a los hombres la extenuación, el desempleo y la miseria; las victorias de la técnica se compran «al precio de cualidades morales»⁵. Con objeto de prolongar su dominación el capitalismo contemporáneo utiliza los logros de la revolución científico-técnica ante todo para fabricar armas capaces de aniquilar a la Humanidad. Realmente, se asemeja, como dijera Marx, «a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado»⁶.

Cualquier aspecto de la sociedad burguesa que se tome, por doquier se ve los síntomas de su crisis general. A las crisis cíclicas se han añadido varias de estructura: la crisis de las materias primas, la energética, la de los alimentos. Prueba de las dolencias crónicas del capitalismo son la constante inflación, las conmociones en el terreno del crédito, de las finanzas y la moneda. Acarrearán consecuencias particularmente graves el desenfrenado militarismo y la carrera armamentista. Nos hallamos ante una decadencia espiritual y moral: disociación de los seres humanos, soledad, aumento de suicidios, narcomanía, delincuencia y terrorismo.

Incluso numerosas personalidades occidentales se ven obligadas a reconocer que el capitalismo está enfermo. Discuten sobre el diagnóstico y los métodos de tratamiento. Pero el diagnóstico existe: lo formuló Marx. El siste-

⁵ Véase Ibidem, t. 12, pág. 4.

⁶ Ibidem, t. 9, pág. 230.

ma social que lo somete todo al culto del dinero contante y sonante, a la caza del lucro no tiene curación.

Se han justificado plenamente los postulados de Marx acerca del papel histórico de la clase obrera, que ha demostrado en la práctica su capacidad para acabar con el régimen de explotación capitalista, encabezar la lucha de los pueblos por la libertad y la igualdad y asegurar la victoria del socialismo.

En siglo y medio la clase obrera ha crecido inconmensurablemente, ante todo en número. En vida de Marx contaba aproximadamente con diez millones de personas. Hoy existe en todos los países, en todos los continentes y su número pasa de setecientos millones.

Nos hallamos en presencia de inmensos cambios cualitativos en la clase obrera. En varios países ha pasado a ser la clase gobernante y se desarrolla como clase obrera socialista. Pero también en la parte capitalista del mundo se han producido grandes cambios en su situación y composición, en su misma fisonomía. Nuevos y nuevos grupos de población, proletarizándose, se incorporan a las filas de la clase obrera. Se multiplican sus aliados, próximos a los obreros por su posición social.

En consecuencia, sigue aumentando la influencia política de la clase obrera. Y de ella emana la conciencia de que son necesarios cambios radicales, la fe en el socialismo como único camino para salvarse de las lacras y vicios de la sociedad capitalista.

La burguesía contemporánea ha conocido la fuerza de la clase obrera. Hace todo lo que puede para descomponer y rechazar el movimiento obrero, para aislar de las masas a sus destacamentos de vanguardia. Y a veces sus esfuerzos no son estériles. Mas, pese a todo, se acrecienta la lucha entre el trabajo y el capital. Las calamidades originadas por la agudización de la crisis provocan protestas en masa. Los trabajadores responden a la ofensiva de los monopolios y los gobiernos al estilo proletario: con huelgas, manifestaciones y ocupación de empresas. Tal es la férrea lógica de la lucha de clases. Contra sus olas encrespadas no sirven ni la represión, ni la demagogia anticomunista, ni las mangas de bombero y gases lacrimógenos, ni las porras de la policía.

En el transcurso de milenios faraones y emperadores, káiseres y zares, presidentes y otros soberanos pretendieron impedir los cambios sociales. Todos estos intentos terminaron siempre fracasando porque lo que ha madurado en las entrañas de la sociedad, lo que está condicionado por el curso objetivo de la historia es ineluctable. Su avance inexorable convierte en pigmeos a quienes anatemizan el comunismo, a quienes ven en el socialismo, en las revoluciones y en los movimientos liberadores «la mano de Moscú» e intentan contraponerles la arbitrariedad de la imposición imperialista y de las «cruzadas». Las revoluciones, señalaba Lenin, «surgen cuando decenas de millones de personas llegan a la conclusión de que no pueden seguir viviendo como antes»⁷.

Esta ley objetiva se ha confirmado brillantemente en todas las realizaciones revolucionarias del siglo XX. Se ha confirmado también *por las revoluciones anticoloniales* de nuestro tiempo, cuya inevitabilidad predijera Marx. Hoy en las vastas extensiones de los que fueron imperios existen decenas de Estados independientes, y el socialismo científico, al que sus adversarios trataron de presentar como un fenómeno «exclusivamente europeo», se convierte en un factor más patente cada día de transformación social de Asia, Africa y América Latina. La lucha por superar el atraso secular que originaron los colonizadores, contra los atentados del imperialismo al derecho de los pueblos a edificar la vida a su albedrío, es un sector importante del proceso revolucionario mundial.

Se han confirmado por entero las ideas de Marx *acerca del papel de los comunistas*, de los partidos proletarios y del movimiento comunista en la transformación revolucionaria de la sociedad. Esta doctrina ocupa una posición clave en el marxismo-leninismo. Impregna todas sus partes fundamentales: desde las ideológicas hasta las estrictamente políticas y tácticas. El socialismo científico como teoría se creó en vinculación directa con la formación del primer partido realmente proletario.

En el *Manifiesto Comunista* y otros documentos de partido, en numerosos artículos y cartas relacionados con

⁷ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 36, pág. 457.

la experiencia y la labor de la Liga de los Comunistas, de la I Internacional y de los primeros partidos socialistas de Europa, en la misma actividad de Marx y Engels como dirigentes de partido se asentaron los principios e ideas de arranque en la organización del partido de la clase obrera. En estas ideas y principios se apoyó Lenin al crear su *gran doctrina del partido de nuevo tipo*; estas ideas y principios pasaron a formar parte del acervo del movimiento comunista mundial.

En nuestros días los partidos comunistas actúan en casi cien países. Muchos de ellos son partidos gobernantes y varios se han transformado en partidos de masas. Los comunistas obran hoy como una fuerza realmente de alcance mundial. Su número total ya no es de unos cuantos centenares como en tiempos de Marx, pues pasa de 70 millones. Pero también han crecido inconmensurablemente el volumen y la complejidad de las tareas de los comunistas, su responsabilidad por la utilización de todo el moderno potencial revolucionario. Y en este aspecto la verdad formulada por Marx es tan cierta hoy como lo era en vida suya, a saber: «...incluso en las condiciones políticas más favorables cualquier éxito serio de la clase obrera depende de la madurez de la organización que educa y concentra sus fuerzas»⁸.

La garantía de que los partidos comunistas cumplan la función de fuerza política más avanzada de la contemporaneidad reside en la fidelidad a las ideas de Marx, Engels y Lenin. La historia de la lucha por el socialismo a lo largo de muchos decenios muestra que solamente los partidos que se guían por el marxismo-leninismo, lo defienden y lo aplican con firmeza en la práctica, por supuesto, habida cuenta de las condiciones concretas de sus países, solamente tales partidos conquistan victorias que benefician a la clase obrera y a las masas populares. El alejamiento del marxismo-leninismo o su revisión en definitivas cuentas están siempre preñados de graves consecuencias para el movimiento obrero del país dado, para la causa de la paz y el socialismo.

Los fundadores del marxismo enseñaban a sus corre-

⁸ C. Marx y F. Engels, t. 16, pág. 336.

ligionarios a manifestar una «actitud auténticamente internacionalista»⁹, legaron a los comunistas cuidar del principio internacionalista del movimiento obrero. Eso es particularmente necesario en la presente etapa de agudo antagonismo de clases en la palestra mundial. Es indudable que los éxitos de cada partido comunista en el cumplimiento de sus tareas internas serán más seguros y sólidos cuanto más consecuentemente ponga en práctica el llamamiento de Marx a los obreros avanzados del mundo a «sostenerse unos a otros...»¹⁰.

2. «...Asociación de hombres libres que trabajen con medios colectivos de producción...»¹¹

(Marx)

La deducción general de toda la doctrina de Marx consiste en que el triunfo del socialismo y el comunismo es ineluctable. Tenemos derecho a enorgullecernos de que la primera revolución socialista victoriosa ocurriera en nuestro país, de que el camino del socialismo lo abriera para la Humanidad el proletariado ruso dirigido por el partido de Lenin.

Marx y Engels, que seguían atentamente la situación en Rusia, suponían que ésta podría desempeñar un papel revolucionario de alcance mundial, que la revolución rusa podría ser «la señal para una revolución proletaria en Occidente»¹².

Una condición importantísima de la victoria de nuestro pueblo en la lucha por el socialismo fue que nuestro partido desarrolló de un modo creador y aplicó hábilmente la ciencia revolucionaria creada por Marx, Engels y Lenin.

Para construir el socialismo en la URSS se tomaron como base las ideas formuladas por Marx y convertidas por Lenin en una doctrina integral. Se trata, ante todo, de la creación de un Estado nuevo por principio, de tipo

⁹ Véase Ibidem, t. 19, pág. 2.

¹⁰ Ibidem, t. 16, pág. 10.

¹¹ Ibidem, t. 23, pág. 88.

¹² Véase Ibidem, t. 19, pág. 305.

socialista, la defensa de las conquistas de la revolución y —lo principal— la radical transformación socioeconómica y cultural del país mediante, como decía Marx, la *centralización nacional de los medios de producción* y la organización del trabajo «según un plan general y racional»¹³.

Marx y Engels veían una de las tareas más importantes del proletariado llegado al poder en «aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas»¹⁴. Y, en efecto, el primer país del socialismo sorprendió al mundo convirtiéndose en corto plazo en una de las más grandes potencias industriales. La mayoría de los países de la comunidad socialista se caracterizan por el elevado ritmo de crecimiento económico. De 1950 a 1980 la producción industrial de los países miembros del CAME aumentó casi 13 veces en tanto que en los países capitalistas desarrollados este aumento fue inferior a 4 veces.

Al propio tiempo, Marx consideraba obligatorio para los futuros constructores del socialismo «la concepción realista»¹⁵ de las tareas concretas en cada etapa dada del desarrollo. De esa concepción arranca nuestro partido. Precisamente ese enfoque ha plasmado en el artículo de Yu. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS, *La doctrina de Carlos Marx y algunas cuestiones de la construcción socialista en la URSS*, artículo que ha suscitado enorme interés y aprobación entre el pueblo soviético y en los países socialistas, y que ha tenido amplia resonancia internacional como ejemplo de utilización creadora de la herencia de Marx para el análisis teórico y el planteamiento práctico de los problemas de la consolidación y el perfeccionamiento del socialismo. «A primer plano —se subraya, en particular, en este artículo— se promueve la tarea de analizar y aplicar consecuentemente medidas capaces de asegurar más amplio campo de acción a las colosales fuerzas creativas que posee nuestra economía. Estas medidas han de estar minuciosamente preparadas y tener un carácter realista, y, por lo tanto, al elabo-

¹³ Ibidem, t. 18, pág. 57.

¹⁴ Ibidem, t. 4, pág. 446.

¹⁵ Ibidem, t. 19, pág. 20.

rarlas hay que partir indeclinablemente de las leyes del desarrollo del sistema económico socialista. El carácter objetivo de estas leyes demanda eliminar cualesquiera intentos de administrar la economía por métodos ajenos a su naturaleza.»¹⁶

El rumbo estratégico del partido en la etapa actual consiste en perfeccionar en todos los aspectos la sociedad socialista desarrollada sobre la base de las decisiones del XXVI Congreso del PCUS. Hoy adquieren prioridad los programas concretos y medidas prácticas para superar los cuellos de botella y las dificultades, subsanar los defectos con el fin de consolidar los pilares en que descansa el modo socialista de vida. A ello van orientados los acuerdos del Pleno de noviembre (1982) del CC del PCUS. Ya se ha hecho bastante para cumplir estos acuerdos. Todos vemos la gran labor que han desplegado el Comité Central, el Buró Político, todas las organizaciones del partido en las direcciones cardinales del desarrollo del país en la etapa actual. La vida confirma reiteradamente que la fuerza del PCUS reside en la más profunda e indestructible vinculación con el pueblo, en que el partido no tiene otros desvelos que los intereses y las necesidades del pueblo.

Al fijar nuevas posiciones y movilizar la energía de los trabajadores, el partido continúa fortaleciendo tesoramente el estilo leninista en toda su actividad. Conjuga las decisiones científicamente fundamentadas con la diligencia, el realismo y la autocrítica; la elevada actividad e iniciativa con el riguroso control de los resultados, con la intolerancia frente a las desviaciones de la moral y disciplina del partido. Combina la capacidad de ver la perspectiva, de pensar en gran escala con la mira puesta constantemente en la solución de las tareas prácticas concretas. El estilo leninista presupone promover a los puestos de dirección a camaradas políticamente maduros, competentes, de mente sensata y sagacidad práctica que conjuguen la elevada firmeza ideológica con la capacidad, como decía Lenin, de organizar el vigoroso y compenetrado trabajo de gran número de personas.

¹⁶ Véase el presente volumen, pág. 16.

Actualmente el partido centra su labor en tal *organización del trabajo en el sentido más amplio* que ponga en acción todos los factores de la eficiencia económica en todos los sectores del conjunto de la economía nacional: desde el puesto de trabajo y la empresa hasta el nivel de toda la URSS.

El principio de que «la economía debe ser ahorrativa» significa, en fin de cuentas, economía de tiempo. «La economía de tiempo —escribió Marx—, igual que la distribución metódica del tiempo de trabajo entre las distintas ramas de la producción, continúa siendo la primera ley económica sobre la base de la producción colectiva»¹⁷.

En la etapa actual corresponde a la ciencia un lugar clave en la realización de esta ley. Por eso el partido plantea con tanta crudeza el problema de elevar el papel de la ciencia y del progreso técnico. Aquí también obramos como aconsejara Marx. Una de sus predicciones más profundas es la idea de que en la sociedad socialista la ciencia se convierte «de instrumento de dominación de clase en fuerza del pueblo...»¹⁸. Y el partido orienta a nuestros trabajadores de la ciencia y la práctica a hacer todo lo necesario para acrecentar y utilizar al máximo esta «fuerza del pueblo», y, hablando en términos modernos, para combinar la revolución tecnocientífica con las posibilidades del socialismo.

El desarrollo de la ciencia y su implantación en la industria y la agricultura tienen gran importancia internacional para el prestigio del socialismo, para el éxito en la emulación pacífica con el capitalismo. Y estamos seguros del éxito porque, como decía Lenin, «no hay fuerza tenebrosa que pueda contrarrestar una alianza de los hombres de ciencia, el proletariado y la técnica»¹⁹.

Marx subrayaba que el desarrollo del socialismo requiere una atención constante a «la organización de la producción» para «el trabajo libre y asociado»²⁰. En nuestro país en las distintas etapas este problema se ha solucionado de distinto modo. También hoy, cuando se trata de ace-

¹⁷ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte I, pág. 117.

¹⁸ Ibidem, t. 17, pág. 559.

¹⁹ V. I. Lenin. O.C., t. 40, pág. 189.

²⁰ Véase C. Marx y F. Engels, t. 17, pág. 553.

lerar el paso de los factores extensivos de la producción social a los intensivos, el partido procede a un serio mejoramiento de la gestión y planificación, de todo el mecanismo económico.

En este aspecto se plantea la tarea de reforzar tanto el papel coordinador del Estado como la actividad creadora de los colectivos laborales. Porque la propiedad de todo el pueblo no es una abstracción, presupone que los mismos trabajadores, a través de sus colectivos y organizaciones, participen en su administración. Por eso el contrato por brigada es una forma encontrada acertadamente para utilizar con mayor plenitud nuestro potencial industrial. Por eso el partido atribuye tanta importancia a implantar el contrato colectivo en la agricultura. Por eso es imperiosamente necesario erradicar hasta el fin el formalismo y la aparatosidad en la emulación socialista.

Sabemos que se buscan también otros métodos de realización de las ventajas de la propiedad social de los medios de producción, métodos que respondan a las demandas actuales.

La Constitución de la URSS prevé el desarrollo de la actividad laboral individual en interés de la sociedad, la potenciación de las haciendas auxiliares personales. Esta actividad tiene particular importancia para desplegar la lucha verdaderamente de todo el pueblo por el cumplimiento del Programa de Alimentos.

A la vez —y eso es muy importante—, la consecuente aplicación del principio del interés y la responsabilidad en todas las esferas de la vida productiva y social se promueve hoy como una de las orientaciones actuales del perfeccionamiento de la democracia socialista soviética en conjunto.

Solamente el socialismo hace posible realizar el sueño secular del hombre de igualdad, bienestar y seguridad en el mañana, de que el trabajo depare verdadera satisfacción y en él se revelen plenamente las aptitudes del hombre. Y nada puede apartarnos del camino en el que, como pensaban los fundadores del comunismo científico, «...se asegura a cada cual, en proporciones cada vez mayores, la satisfacción de todas sus necesidades razonables»²¹.

²¹ Ibidem, t. 19, pág. 113.

Precisamente razonables. Marx condenaba las necesidades «inhumanas», como él decía, los antojos y caprichos, la tendencia al lujo, que no concuerdan con el espíritu del socialismo. Señalaba también que al satisfacer las demandas se podría partir sólo de la fuerza productiva existente en la sociedad. Únicamente la multiplicación de esta fuerza permite ampliar el fondo de consumo. Tal es la ley económica objetiva. El PCUS habla de ello seria y francamente con los soviéticos, organizando la enérgica utilización de todas las posibilidades y recursos laborales de la sociedad del socialismo desarrollado.

El partido resuelve los problemas del desarrollo económico, social y político en estrecha interconexión con *la labor ideológica y educativa*.

Nada más lejos del marxismo que subestimar el papel de las ideas en el desarrollo de la sociedad. De Marx es la frase proverbial que tanto valoraba Lenin: «La teoría se convierte en una fuerza material en cuanto prende en las masas»²². Todos sabemos también que Lenin, al crear el Partido Bolchevique, veía la tarea primordial de éste en pertrechar al movimiento obrero con las ideas socialistas. En las actuales circunstancias también desempeña un papel inmenso el robustecimiento y la propagación de la conciencia socialista en las masas, la implantación de las deducciones de la teoría científica en la práctica cotidiana.

La experiencia de nuestro país y de otros países socialistas muestra que esta labor requiere en cada etapa nuevos y considerables esfuerzos. No se trata solamente de que es preciso superar la milenaria sicología de propietario privado, sicología que pretende reanimar la propaganda hostil. Se trata también de las dificultades y contradicciones objetivas en el desarrollo del mismo fundamento de la conciencia socialista, es decir, de las relaciones sociales. La conciencia de las masas depende directamente del estado de aspectos de estas relaciones como: la sociedad—el colectivo—el individuo; el dirigente—el ejecutante; la ciudad—el campo; el trabajo mental y el manual; la medida de trabajo y de consumo, etc.

²² Ibidem, t. 1, pág. 422.

El PCUS dedica permanente atención al sucesivo robustecimiento de la alianza de la clase obrera, el campesinado y la intelectualidad, al fortalecimiento de la unidad social e internacional del pueblo soviético. Estos procesos conducen gradualmente a la estructura sin clases de la sociedad, principal y fundamentalmente ya en el marco del socialismo desarrollado.

Hoy la elevación de la firmeza ideológica de las masas se conjuga íntimamente con el establecimiento de una actitud de auténticos dueños respecto al trabajo, de un verdadero esmero en la producción que responda a los requisitos modernos. Esta elevación será determinada en alto grado por la firme decisión de acabar con las infracciones de la disciplina y el orden, con fenómenos como el despilfarro, la concusión, el parasitismo, los hurtos, con todos los procedimientos de vivir a costa del pueblo. El partido, como ustedes saben, ha declarado una guerra sin cuartel a los infractores de los principios del socialismo para librar a la sociedad, como exigía Lenin, de «quienes siguen las tradiciones del capitalismo», «de los haraganes, de los parásitos y de los malversadores de fondos públicos...»²³. Y en ello todo el pueblo apoya al partido.

Lo dicho no merma en absoluto el inmenso papel independiente de la labor ideológica, llamada a convertir, como decía Marx, la conciencia social en fuerza social²⁴.

La etapa actual del desarrollo del país requiere, ante todo, un nivel más alto y mayor eficiencia práctica de toda la esfera que Marx definía como producción espiritual, comprendiendo la ciencia, la literatura, el arte, el periodismo, todos los aspectos de la cultura.

El partido evalúa el nivel de la labor ideológica de hoy y para el futuro por el acierto con que formula y afianza en la conciencia de los soviéticos y en su conducta los principios ideológicos y éticos del socialismo, les ayuda a ocupar una activa posición en la vida, a hacer su aporte a la magna causa de todo el pueblo de crear la nueva civilización socialista.

²³ V. I. Lenin. O.C., t. 36, pág. 181.

²⁴ Véase C. Marx y F. Engels, t. 16, pág. 198.

Contribuye también a elevar el potencial ideológico de la sociedad el mejoramiento de la actividad de los medios de comunicación social sobre la base de los criterios de la labor ideológica que ha elaborado el partido y que éste puntualiza y desarrolla a tenor de las nuevas demandas de la vida.

El perfeccionamiento del socialismo en la URSS es una parte importantísima inseparable del crecimiento y la consolidación de las posiciones de todo el mundo socialista. En la comunidad socialista, en la multifacética experiencia que ha acumulado se vislumbran rasgos importantísimos de la comunidad mundial del trabajo emancipado con que soñaran Marx y Engels.

El socialismo, escribió Marx, requiere «la coordinación internacional de las formas sociales de producción»²⁵. Este pronóstico plasma hoy en la integración económica socialista, en las nuevas tareas que plantean y concuerdan entre sí los partidos comunistas gobernantes.

La solidez de las posiciones internacionales y el prestigio del socialismo son inseparables del internacionalismo socialista. El internacionalismo socialista es la base de las relaciones internacionales de nuevo tipo y comprende la plena igualdad de derechos, el mutuo respeto a la independencia, la integridad territorial y la soberanía nacional, la recíproca no injerencia en los asuntos internos, la ayuda mutua y la colaboración de camaradas. El Buró Político del CC del PCUS, el Presídium del Soviet Supremo y el Consejo de Ministros de la URSS, después de haber analizado el balance de la reciente Conferencia de Praga del Comité Político Consultivo de los Estados signatarios del Tratado de Varsovia, han reiterado que la causa de la amistad y la colaboración con los países hermanos siempre ocupó y ocupará un lugar especial prioritario en nuestra política internacional.

Los fundadores del comunismo científico previeron que los países del socialismo triunfante representarían «tal colosal fuerza y tal ejemplo»²⁶ que otros pueblos los seguirían por su propia voluntad. ¡Así fue, así es y así

²⁵ Ibidem, t. 17, pág. 553.

²⁶ Ibidem, t. 35, pág. 298.

será! Porque el socialismo avanza con paso firme venciendo los obstáculos y dificultades, criticándose constantemente²⁷, como previera Marx, desechando lo obsoleto y adoptando y afianzando audazmente lo nuevo.

3. *«Acabar con las guerras,
instaurar la paz entre los pueblos,
lograr que cesen los saqueos
y violencias:
ese es, precisamente,
nuestro ideal...»*²⁸

(Lenin)

Marx señaló más de una vez que de todas las lacras del capitalismo la más grave y la más peligrosa son las guerras, engendradas por su naturaleza rapaz. Con mayor fundamento en la época del imperialismo señaló Lenin esta funesta cualidad. Las contradicciones imperialistas condujeron a las dos guerras mundiales más duras que conoce la historia de la Humanidad. Y a pesar de todos los colosales sacrificios y destrucciones que causaron a los pueblos, el imperialismo, ante todo el imperialismo norteamericano, amenaza con una nueva guerra mundial, ahora ya termonuclear.

Los fundadores del comunismo científico esclarecieron las causas y fuentes del peligro de guerra, lo que desempeñó y desempeña un papel inmenso en la organización de la lucha por librarse de las guerras agresivas. Tanto Marx como Engels y Lenin previeron que el desarrollo de los medios materiales de conducción de las operaciones militares podía plantear de un modo completamente nuevo todo el problema de la guerra y la paz. Así sucedió al aparecer el arma nuclear. Una guerra mundial en estas circunstancias sería un cataclismo para la civilización. En nuestro tiempo de suma responsabilidad, cuando ante la Humanidad se plantea en toda su envergadura el problema de «ser o no ser», no hay tarea más importante que eliminar tal amenaza.

²⁷ Ibidem, t. 8, pág. 123.

²⁸ V. I. Lenin. *O. C.*, t. 26, pág. 304.

La filosofía soviética de paz se basa en sublimes ideales y valores que se remontan a los grandes humanistas del pasado y que el marxismo-leninismo ha hecho suyos orgánicamente. La política soviética de paz es profundamente realista. Parte de una evaluación científica de las consecuencias de una guerra nuclear para la cual no existe justificación alguna. Tiene en cuenta la correlación de fuerzas entre el socialismo y el imperialismo, su paridad militar. Se apoya en el creciente potencial moral y político de los países y pueblos que son partidarios de la coexistencia pacífica entre los Estados con diferente régimen social.

«De todos los dogmas de la política mojigata —escribió Marx hace más de cien años—... ninguno ha hecho tanto daño como el que reza: 'Si quieres paz, prepárate para la guerra'. Esta gran verdad, que se diferencia principalmente porque contiene una gran mentira, es el grito de combate que ha llamado a las armas a toda Europa...»²⁹ Pero también hoy esa gran mentira sirve de base a la política de la Administración norteamericana que proclama a bombo y platillos que el incremento del poderío militar de los EE.UU. sirve a la causa de la paz. Eso lo repite el presidente norteamericano al declarar que «la preparación para la guerra es el medio más eficaz de mantener la paz».

En realidad tras eso se oculta el afán de romper la paridad militar y estratégica, conseguir la supremacía militar sobre la URSS y privarla de la capacidad, en caso de una agresión nuclear, de asestar un golpe de represalia. La Unión Soviética no lo permitirá jamás, no quedará jamás inerte frente a cualquier amenaza. Así lo declaró con toda decisión Yu. Andrópov en las respuestas a las preguntas de un corresponsal de *Pravda*, que contienen una exposición importante por principio de nuestras posiciones acerca de los problemas actuales del desarme, nuestra apreciación del rumbo de la Administración norteamericana en política exterior, rumbo peligroso para todos los pueblos, para toda la Humanidad. El Secretario General del CC del PCUS denunció los

²⁹ C. Marx y F. Engels, t. 13, pág. 464.

innobles procedimientos a que recurre la Administración USA intentando desvirtuar la política de la Unión Soviética y justificar la elaboración de nuevas y nuevas variantes de guerra nuclear.

Tal descabellado rumbo se basa en un anticomunismo belicoso y fanático. Solamente por el odio al socialismo y, claro está, por una ignorancia supina pueden explicarse las declaraciones de que los fundadores del socialismo científico y sus partidarios «rechazan la moral» puesto que la abordan desde posiciones de clase. No, la posición de clase, que expresa los intereses de los trabajadores, o sea, de la inmensa mayoría de la población de la Tierra, es justamente la que permite a los comunistas defender con toda consecuencia los valores éticos universales. Y no tienen ningún derecho a darles lecciones de moral quienes, abusando de los sentimientos religiosos de los creyentes, intentan encubrir con el nombre de Dios la política de la carrera armamentista, quienes se abrazan con los asesinos de la población civil de Sabra y Shatila y amnistían a los verdugos de Song Mi, quienes amparan y ocultan a los criminales nazis, quienes estimulan y arman a los regímenes terroristas y racistas de Centroamérica y Sudáfrica, quienes han inspirado la agresión contra la Nicaragua revolucionaria, quienes planean la «victoria» en la guerra nuclear y calculan a sangre fría los cientos de millones de sus víctimas.

Los intereses vitales de nuestra Patria, de la comunidad socialista, y la necesidad de defender las conquistas del socialismo nos obligan a estar pertrechados para hacer frente a cualquier contingencia, a tener una potente defensa. A este respecto es oportuno recordar una sabia observación de Marx: en la historia de la Humanidad, escribió, existe algo así como la expiación, y en virtud de la ley de la expiación histórica el arma que forja quien quiere dominar se vuelve contra él mismo³⁰. Así ha sucedido también con el arma nuclear. Cuando el imperialismo convirtió una gran conquista de la ciencia —el descubrimiento de la energía atómica— en instrumento de exterminio humano, la Unión Soviética creó un contra-

³⁰ Véase *Ibidem*, t. 12, pág. 296.

peso para conjurar la guerra nuclear y salvar a la Humanidad.

Pero nosotros siempre hemos estado y estaremos en contra de considerar la acumulación de bombas y cohetes nucleares como el camino de la paz. No, solamente la renuncia a utilizar el arma nuclear, a las doctrinas del primer golpe nuclear y el cese de la carrera de los armamentos sirven a la causa de la paz. He ahí por qué han tenido tan amplia resonancia en todos los países las proposiciones de los países del Tratado de Varsovia y las iniciativas constructivas y realistas formuladas por Yu. Andrópov.

Las ideas de la paz universal, de conjurar la guerra termonuclear dominan la mente de masas humanas cada vez más vastas. El movimiento antibélico y antimisil ha adquirido enormes proporciones y una combatividad sin precedente. En los países de Europa Occidental, EE.UU., Canadá y Japón se han incorporado a él decenas de millones de personas. A todas las une hoy la común voluntad de salvaguardar el primer derecho de cada pueblo, de cada ser humano: el derecho a la vida. Hace más de un siglo Marx exhortaba a conseguir «que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean leyes supremas de las relaciones entre las naciones»³¹. En nuestro tiempo este llamamiento del más grande humanista se podría inscribir en la bandera del multitudinario ejército de los combatientes por la paz.

Los partidos comunistas hacen todo lo posible para desplegar la lucha de las masas contra el peligro de guerra. Igual que nuestro partido, se pronuncian por la más amplia colaboración y el entendimiento mutuo de diversas fuerzas políticas y sociales preocupadas por la amenaza de guerra nuclear. Se desarrollan fructíferamente los contactos del PCUS con los partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas al objeto de defender la distensión y robustecer las relaciones pacíficas entre el Oeste y el Este. Sobre los socialistas y socialdemócratas que encabezan gobiernos en siete países de Europa y que

³¹ Ibidem, t. 16, pág. 11.

gozan del apoyo de decenas de millones de personas recae una seria responsabilidad por el mantenimiento de la paz, por la continuación en la práctica de la gran tradición antibélica del movimiento obrero.

Para nosotros es evidente la influencia que ejercen sobre la política internacional los hombres de Estado con criterio realista. Al aplicar la política de paz la Unión Soviética cuenta con que también ellos obrarán comprendiendo su deber ante los pueblos, que ansian la paz para sí mismos y para las futuras generaciones.

Vivimos en una época en que al mismo tiempo crecen el riesgo de una guerra mundial y las fuerzas capaces de impedirla. El PCUS lo tiene en cuenta en su política exterior y en la lucha ideológica que se libra en el ámbito internacional. Seguirá denunciando también en adelante los designios del imperialismo y su táctica, demostrando con palabras y con hechos que la Unión Soviética parte de la inadmisibilidad de la guerra nuclear. Estamos en contra de que la controversia de ideas se convierta en un enfrentamiento entre Estados. No hay ni puede haber otra base sensata de las relaciones entre los Estados con diferente régimen social que la coexistencia pacífica. Tal es la invariable posición de nuestro partido.

El marxismo tiene una suerte singular como no la ha tenido ni la tiene ninguna otra corriente del pensamiento social. En los cien años transcurridos después de Marx su doctrina se ha enriquecido con la grandiosa experiencia del movimiento obrero internacional y de todo el movimiento revolucionario. Gracias a Lenin se inauguró toda una nueva época en el desarrollo de la teoría marxista y principalmente en su feliz realización. Hoy el socialismo científico comprende la experiencia de las revoluciones socialistas victoriosas, ante todo, naturalmente, de la Gran Revolución de Octubre, la experiencia de la sociedad socialista desarrollada en la URSS y la experiencia de la construcción del socialismo en toda una serie de países. La Humanidad cuenta con un patrimonio inestimable: la doctrina de la construcción del socialismo y la propia sociedad socialista que existe realmente. Esta sociedad se ha defendido victoriosamente en tenaces combates contra el imperialismo y avanza con paso firme.

En nuestro tiempo no es posible estudiar, propagar ni defender el marxismo-leninismo sin tener en cuenta estas grandes e irreversibles conquistas. Estas conquistas son una nueva etapa en la propia doctrina marxista-leninista. Han mostrado a la clase obrera, a todos los trabajadores del mundo que los magnos ideales basados en la teoría del socialismo científico son una empresa perfectamente realizable. Ello explica en alto grado la difusión cada día más amplia de las ideas socialistas por todo el orbe. Testimonio fehaciente es también la extensión con que se conmemoran actualmente en todos los continentes las fechas jubilares de Marx. Está generalmente reconocido que el mundo no sería como es si no hubieran existido Marx y Lenin. La noción del socialismo como perspectiva para toda la Humanidad cala en la conciencia de los más vastos sectores de la población del planeta.

Para nosotros, los comunistas y todos los soviéticos, es indispensable acudir directamente a los grandes maestros en nuestros actuales asuntos y desvelos. Recordemos las palabras de N. Krúpskaya sobre la actitud de Lenin hacia Marx: «Lenin —escribió Krúpskaya— aprendía de Marx a fijarse críticamente en la vida, orientarse en sus fenómenos, distinguir lo fundamental de lo secundario, aprendía a vincular la teoría con la práctica...»³² Lenin «se aconsejaba» constantemente con Marx, en él buscaba respuestas a las preguntas de actualidad en los momentos más difíciles, cruciales, de la revolución³³. «La teoría daba a Ilich —decía inspiradamente Krúpskaya— capacidad para leer el libro de la vida»³⁴. Los comunistas soviéticos aprenden de Lenin cómo estudiar a Marx y al mismo tiempo cómo estudiar al propio Lenin y cómo convertir sus enseñanzas en realidad.

El marxismo, como decía Lenin, «ha asimilado y reelaborado todo lo que hubo de valioso en más de dos mil años de desarrollo del pensamiento y la cultura humanos»³⁵. El propio Marx es encarnación de firmeza de prin-

cipios, honestidad científica, honor y responsabilidad; lo distinguía una elevada autodisciplina y el ser infatigable en el trabajo, la pasión y la inflexibilidad en el logro del objetivo propuesto. Por eso el conocimiento de Marx, como de Engels y Lenin, no es sólo el mejor modo de iniciarse en la verdadera cultura, sino también un manantial inagotable de educación, de enriquecimiento ideológico y espiritual y de perfeccionamiento moral. Y nosotros bebemos en ese manantial para cumplir acertadamente las tareas actuales de nuestra vida y nuestra lucha.

Dominarlo, defenderlo, desarrollarlo, utilizarlo hábilmente en la práctica en las condiciones más diferentes: así se puede definir brevemente la actitud de nuestro partido hacia el socialismo científico.

Para el PCUS, para todos los auténticos combatientes por los intereses de la clase obrera, por la libertad y la felicidad de los pueblos el socialismo científico, el marxismo-leninismo era, es y será un manantial inspirador de luz e inteligencia, seguro y sabio guía para la acción.

Sobre la base de la doctrina de Marx y Lenin se han conquistado grandes victorias históricas.

¡Bajo la bandera del marxismo-leninismo, adelante, hacia nuevas victorias en aras de la paz, la democracia, el socialismo y el comunismo!

³² N.K. Krúpskaya. *Sobre Lenin*. Recopilación de artículos e intervenciones. Moscú, 1979, pág. 317, en ruso.

³³ Ibidem, pág. 307.

³⁴ Ibidem, pág. 352.

³⁵ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 41, pág. 337.

M. ZIMIANIN,

secretario del CC del PCUS

LA DOCTRINA DE MARX VIVE Y TRIUNFA

Intervención en la Conferencia
científica internacional
"Carlos Marx y la contemporaneidad:
la lucha por la paz
y el progreso social"
(Berlín, 11 de abril de 1983)

Ante todo permítanme expresar mi cordial reconocimiento al Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania por su invitación a participar en esta Conferencia consagrada a Carlos Marx, genial pensador, uno de los fundadores del socialismo científico, gran luchador por la causa internacionalista de la clase obrera e hijo preclaro del pueblo alemán.

Hemos escuchado con gran interés el discurso notable y profundo del camarada Erich Honecker, quien ha mostrado de manera convincente la fuerza invencible de las ideas marxistas, su transformador espíritu revolucionario y su consonancia con nuestra época, lo cual vienen demostrando tan elocuentemente los progresos de los trabajadores de la RDA, los de los pueblos de otros países del socialismo y todo el curso de la evolución mundial.

Resulta difícil mencionar un dominio de la cultura humana al que no alcanzaran las ideas de Marx. La impronta de su genio ha marcado cada terreno del conocimiento que tocara. Y pese a que la mayor parte de su vida estuvo dedicado a la obra científica, a lo que menos se parecía era a un sabio de gabinete. Marx representaba un nuevo tipo de hombre de ciencia: el pensador revolucionario al que le inspiraba la lucha de la clase obrera,

a la emancipación de la cual consagró su vida entera.

Marx se halló en los orígenes de la primera organización proletaria de clase: la Liga de los Comunistas. Junto con Engels fundó la Primera Internacional, que encarnaría la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países. Y para nosotros, los comunistas soviéticos, es particularmente entrañable el hecho de que en el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores Marx representó a nuestro país, a Rusia, futura patria del leninismo, patria de la Gran Revolución de Octubre.

Al evocar a Marx, personas que le conocieron de cerca decían: cien años debiera haber vivido para dotar al mundo de una parte nada más de los tesoros que encerraba en su mente. Ahora podemos decir: los cien años transcurridos desde la muerte de Marx han reafirmado del modo más convincente la riqueza, la razón y la justicia de las ideas que legó a los hombres.

1. *La revolución en la ideología realizada por Marx*

La historia del pensamiento social ha conocido miles de teorías y doctrinas. La inmensa mayoría cayeron en el olvido; lo mismo que los nombres de sus autores. Pero el marxismo, que salió triunfante de la prueba más dura, la prueba de la vida, se ha afianzado sólidamente en la conciencia de la Humanidad como el mayor logro espiritual.

Milenios habían permanecido los trabajadores prisioneros de la ideología de las clases explotadoras. El sentido histórico de la revolución efectuada por Marx en la conciencia social consiste en que creó una concepción del mundo nueva en principio, materialista-dialéctica, que indicó al proletariado, a todas las clases oprimidas, la salida de la esclavitud espiritual y económico-social.

El marxismo es un sistema de ideas armonioso y coherente, una doctrina integral que revela las leyes más generales de la evolución de la naturaleza, la sociedad y el

pensamiento, las leyes de la transformación revolucionaria del mundo. En la elaboración de esta doctrina tomó parte muy activa el gran compañero de lucha y amigo de Marx, Federico Engels. Como dice Lenin, el proletariado «puede decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuyas relaciones mutuas superan a todas las leyendas antiguas más emocionantes sobre la amistad humana»¹.

La aparición del marxismo estuvo preparada objetivamente por todo el curso de la evolución mundial. Y lo principal en este aspecto es que con el desarrollo del capitalismo pasó a primer plano una clase nueva, ascendente: el proletariado. Marx demostró que el proletariado es la fuerza social llamada por la historia no sólo a eliminar la opresión y explotación capitalista, sino a crear una nueva sociedad.

Arrancando de los objetivos de la lucha de clase del proletariado, Marx y Engels hicieron una síntesis de los grandes logros del pensamiento científico y dieron contestación a las cuestiones planteadas por la propia historia. De modo creador y basándose en la dialéctica materialista, elaboraron los mayores logros de la filosofía, la economía política, el socialismo utópico, las ciencias históricas y naturales y generalizaron la experiencia del movimiento obrero. Gracias a la titánica actividad de Marx y Engels, el socialismo se transformó de una utopía que era en una teoría rigurosamente científica, y la clase obrera se vio dotada de la comprensión de su misión histórica universal.

El *Manifiesto del Partido Comunista* pasó a ser un documento programático de los revolucionarios de todos los países. Cada renglón suyo rebosa la poderosa energía y voluntad de victoria de la clase obrera ascendente que asume con audacia la iniciativa histórica. En esa obra Marx y Engels ofrecieron un esbozo genial de las ideas y principios fundamentales de su teoría, de los preceptos clave del socialismo científico y de la política revolucionaria del proletariado. Se hallan en ella las bases de la teoría marxista sobre el partido, agrupándose y cohe-

¹ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 2, pág. 12.

sionándose en torno al cual el proletariado adquiere su independencia y fuerza política.

Como un Everest se eleva *El Capital* de Marx en la grandiosa cadena de obras clásicas del marxismo. En este libro, la teoría del marxismo, palabras de Lenin, tuvo su confirmación y aplicación más profunda, multilateral y detallada. En él se ofrece de forma exhaustiva la teoría económica de Marx. Con profundidad y brillantez inigualables se exponen sus dos descubrimientos más notables, que serían el fundamento del socialismo científico: la concepción materialista de la historia y la teoría de la plusvalía. Aquí, en el tejido vivo de la investigación científica se muestra en todos sus aspectos la pujanza del método dialéctico marxista que da a conocer la condena histórica del capitalismo.

Marx no llegó a ver el nacimiento del mundo socialista. La Gran Revolución de Octubre anunció el comienzo de una nueva época en la historia de la Humanidad. Hoy en día, una tercera parte ya del globo, tras abatir al yugo del capital, está edificando su vida siguiendo las leyes nuevas, socialistas, que Marx entreviera a través del velo de los decenios. Y pese a que el capitalismo consigue todavía alargar su caída, se hace más evidente cada vez que este régimen no es capaz de deshacerse de los antagonismos que le son inherentes. Al contrario, los va reproduciendo en formas cada día más agudas. Y digan lo que digan nuestros adversarios de clase, la historia se desarrolla según Marx.

Un rasgo orgánico del movimiento comunista, impreso por Marx y Engels, es el desarrollo creador de la teoría revolucionaria, su ligazón inseparable con la vida, su espíritu abierto a lo nuevo, a lo avanzado. Su causa la prosiguió la formidable pléyade de marxistas, cuyo recuerdo guarda celosamente el movimiento obrero internacional: Augusto Bebel y Franz Mehring, Paul Lafargue y Gueorgui Plejánov, Antonio Labriola y Dimitr Blagoev, etc., etc.

La nueva etapa del desarrollo de la teoría y la práctica del marxismo, las grandes victorias en la lucha por los ideales comunistas se hallan ligadas al nombre de Vladímir Ilich Uliánov-Lenin.

2. *El leninismo, desarrollo creador del marxismo*

Desde comienzos de siglo, el marxismo es inconcebible al margen del leninismo, sin todo lo que el gran Lenin aportó al acervo de la ideología científica de la clase obrera, de la estrategia y la táctica de la lucha revolucionaria y la edificación del socialismo.

El leninismo nació en Rusia y está íntimamente ligado a sus destinos revolucionarios, a las necesidades y tareas de la lucha del proletariado ruso, a las heroicas realizaciones de su Partido Bolchevique. Es indudable también, sin embargo, que desde el primer momento se fue conformando y afianzando como una doctrina internacionalista en su esencia, doctrina que se desarrolló a partir de la generalización de la experiencia de todo el movimiento liberador-revolucionario mundial.

Tras salir airoso de la defensa del marxismo en la lucha contra toda clase de revisionistas y oportunistas, Lenin elaboró sobre su base las respuestas a los nuevos interrogantes que se alzaron ante el movimiento obrero, ante las masas trabajadoras, ante toda la Humanidad en las nuevas condiciones históricas.

Ahí está el mérito inmarcesible de Vladímir Ilich Lenin. Mérito tan grande que nosotros vemos con razón en el leninismo el marxismo de la época contemporánea y llamamos legítimamente a nuestra doctrina revolucionaria, marxismo-leninismo.

En el leninismo la doctrina de Marx se elevó a un escalón nuevo, superior, merced a que Lenin, que era un seguidor convencido y correligionario de Marx y Engels, captó en toda su profundidad la esencia creadora del marxismo, incompatible con el anquilosamiento y estancamiento del pensar. Lenin no se cansó de repetir que el marxismo no es un dogma, sino una teoría creadora viva, que tiene como fuente de energía la experiencia revolucionaria de las masas. Y no sólo repitió, sino que él mismo ofreció ejemplos máximos de tal enfoque. Aplicando con pericia insuperada el método dialéctico de Marx, realizó los grandes descubrimientos teóricos, con los que relacionamos el contenido de la etapa leninista

en el desarrollo del marxismo, y enriqueció y desarrolló sus partes integrantes.

Lenin supo, como nadie más, ver claramente el límite tras el que los razonamientos sobre las condiciones modificadas pueden transformarse en falta de principios ideológicos y vaguedad oportunista. La historia demuestra que el desarrollo creador del marxismo-leninismo es factible solamente a partir de sus principios cardinales. Pueden desfasarse algunas valoraciones y enunciados parciales, realizados sobre la base del análisis de unas u otras condiciones históricas concretas. Pero desechar de manera arbitraria y sin sentido los preceptos cardinales de la doctrina marxista-leninista conduce generalmente al titubeo y la desviación teórica, y éstos acarrearán serios costes políticos. Los principios de nuestra doctrina han sido verificados por la práctica internacional y son un poderoso y eficaz instrumento del conocimiento y la creatividad revolucionaria de millones de hombres.

No es ninguna exageración decir que en el leninismo se acumulan las deducciones teóricas fundamentales sobre el carácter y las regularidades de la época contemporánea. Lenin mostró que la fase del imperialismo, del capitalismo monopolista de Estado, es la víspera de la revolución socialista. La deducción sobre la posibilidad del triunfo de la revolución proletaria primero en varios países o incluso en uno, tomado por separado, fue una contribución esencial al desarrollo creador del marxismo.

La teoría sobre el papel histórico universal del proletariado, que fue desarrollada por Lenin con relación a la época contemporánea, sigue siendo hasta hoy un punto de partida a la hora de abordar los problemas relacionados con el ejercicio de la hegemonía de la clase obrera en el curso de la lucha por la democracia y el socialismo, con la elaboración de la estrategia de las alianzas de clase, en primer lugar de la alianza del proletariado con el campesinado; con el de asegurar el papel rector de la clase obrera en la construcción del socialismo. Una de las principales conclusiones de la doctrina leninista es referente a la lucha de liberación nacional de los pueblos de las colonias y semicolonias como corriente poderosa del proceso revolucionario mundial.

Lenin era perfectamente consciente de que las deducciones teóricas de las ciencias sociales y los más atractivos lemas de nada sirven si no se funden con la lucha revolucionaria de la clase obrera y no se refuerzan con la labor ideológica y organizativa entre las masas. Comprendía en profundidad y reveló en todos sus aspectos el creciente papel del factor subjetivo en la lucha por el socialismo en las nuevas condiciones históricas. Desarrollando las ideas de Marx, elaboró la teoría sobre el partido de nuevo tipo, llamado a ligar el movimiento obrero de masas con el socialismo científico. Y Lenin fundó ese partido.

Cumbre auténtica de la doctrina de Lenin es la ciencia sobre las vías de la construcción del socialismo creada por él. Más aún, Lenin estuvo al frente de la realización de dicha ciencia.

El jefe de la Revolución de Octubre elaboró las normas fundamentales de la actividad partidaria y estatal, a las que llamamos leninistas por el nombre de su creador. En la observancia escrupulosa de las normas leninistas, del estilo de trabajo leninista, que conjuga orgánicamente la previsión científica y el realismo, un alto grado de organización y de iniciativa, la operatividad y una actitud crítica hacia las deficiencias, está la garantía del fortalecimiento de los vínculos del partido con las masas, de la unidad política y moral de la sociedad.

No existe en el mundo doctrina social, política o filosófica que puede rivalizar con el marxismo-leninismo en profundidad y exactitud de análisis, en fuerza y proporciones de influencia en las grandes masas. Ello lo ven también nuestros adversarios ideológicos. Y no es de extrañar, por tanto, que todos quienes buscan impedir la transformación socialista del mundo traten de arrebatar de las manos de las fuerzas revolucionarias su arma ideológica.

El arsenal de recursos que se ponen en juego con este fin es muy variado: desde las tentativas de desacreditar directamente el marxismo-leninismo hasta los procedimientos más astutos y refinados. Es el querer oponer el marxismo «occidental», o «europeo», al marxismo «ruso», u «oriental», al leninismo. Es la promoción del concepto de «pluralidad» del marxismo. Es, finalmente, la tenden-

cia de los enemigos del marxismo, a medida que este triunfa, a «disfrazarse» de marxistas.

Todos estos esfuerzos son vanos. La batalla ideológica en torno al marxismo-leninismo se despliega bajo el signo de la justicia histórica de nuestra doctrina. Pero la lucha no es nada fácil. No podemos menos de ver que las ideas de los ideólogos burgueses y distinta clase de reformistas y revisionistas ejercen cierta influencia sobre determinados sectores, incluso del movimiento obrero y de liberación nacional.

Para separar el espíritu verdaderamente revolucionario del falso, el socialismo científico de distintas falsificaciones del mismo, poseemos un criterio marxista-leninista de clase probado. Es la actitud de diversas figuras, grupos y corrientes no sólo hacia los principios fundamentales del marxismo-leninismo, sino también hacia su encarnación viva, hacia el socialismo hecho realidad.

3. *El socialismo real, encarnación de las ideas del marxismo-leninismo*

En la actualidad, cuando el socialismo ha llegado a ser el contenido concreto de la vida de centenares de millones de personas en multitud de países, es bien lógico el deseo de comparar el cuadro teórico del socialismo creado por Marx con el socialismo realmente existente. Comprendemos a los camaradas que se formulan la pregunta de qué se ha hecho realidad de las previsiones de los fundadores de la doctrina revolucionaria y qué y por qué no se ha logrado todavía llevar enteramente a la práctica.

Recordemos cómo abordaba el propio Marx estos problemas. En primer lugar jamás se planteó «adelantar el futuro de forma dogmática», de reconstruirlo con lujo de detalles. Marx centraba su atención en el análisis de las relaciones sociales objetivas que son las únicas que generan el comunismo². Por eso se limitó a hacer juicios generales, fundamentales, sobre los principales rasgos de la futura sociedad.

También en nuestros días, al hacer el balance del camino recorrido, podemos repetir con pleno derecho tras

² Véase C. Marx y F. Engels, t. 42, pág. 411.

Lenin que construimos el socialismo conforme a lo que nos enseñó el marxismo, basándonos en las deducciones de Marx sobre la esencia y los principios fundamentales de la organización de la nueva sociedad.

Al iniciar la construcción del socialismo en nuestro país el partido no podía contar con experiencia alguna del desarrollo anterior. Ni que decir tiene que fue una labor difícilísima, tanto más cuanto que el viejo mundo ofrecía una feroz resistencia no sólo desde dentro. El imperalismo trató con todas sus fuerzas de estrangular al socialismo en las garras del bloqueo diplomático y económico y recurrió a la intervención armada. Una prueba durísima fue para nuestro país la agresión fascista. El pueblo soviético resistió todas esas pruebas, supo defender el régimen socialista, su independencia y libertad, y salvó a otros pueblos de la esclavitud y el exterminio. El socialismo triunfó en la URSS plena y definitivamente. Por supuesto, el camino recorrido no estuvo libre de errores y deficiencias. Y el PCUS se refirió abiertamente a ellos.

Nuestros adversarios ideológicos especulan con ciertas particularidades de la práctica socialista que no coinciden con el ideal socialista. Peroran bien sobre «deficiencias» del socialismo real, al que hay que «humanizar», o sostienen que los conceptos teóricos de Marx han quedado «desfasados».

¿Qué puede decirse sobre el particular? El curso mismo de la evolución histórica ha reafirmado todas, repito, todas las deducciones fundamentales de la teoría del comunismo científico. La supresión de la propiedad privada de los medios básicos de producción, de la explotación, del paro y las crisis, el desarrollo planificado de la producción, su supeditación a los intereses del bienestar del pueblo, el nacimiento del Estado de la dictadura del proletariado que, como demuestra la práctica, se transforma gradualmente en Estado de todo el pueblo y la garantía de una auténtica democracia, son todos ellos rasgos inalienables del socialismo real. Son claros testimonios de la gran fuerza vital, de la justicia histórica de las ideas marxistas-leninistas.

El socialismo, como nos hemos convencido por la experiencia de nuestro país, pasa en su conformación

y desarrollo por varias etapas necesarias desde el ángulo histórico. Es ante todo el período de transición del capitalismo al socialismo, período en que el problema de la posible restauración del capitalismo por las fuerzas hostiles se mantiene todavía con bastante agudeza. La experiencia enseña que los errores en la política de los partidos gobernantes son capaces de reavivar las aspiraciones contrarrevolucionarias y restauradoras de estos o los otros grupos hostiles. Su respaldo activo desde fuera por la reacción imperialista es capaz —si no se opone la debida resistencia— de crear un peligro real a las conquistas revolucionarias. El garante político de la orientación socialista del desarrollo social, de la defensa del nuevo régimen es el poder de la clase obrera que actúa en alianza con todos los trabajadores, alianza cuya esencia de clase fue definida por Marx, Engels y Lenin como dictadura del proletariado.

La edificación de las bases del socialismo corona el período de transición e inicia una nueva fase histórica relativamente larga de afianzamiento de nuevas formas económico-sociales, de desarrollo dinámico de las fuerzas productivas y de socialización progresiva del trabajo y la producción. En ella, en el proceso de interacción de las clases y grupos sociales amigos, tiene lugar la conformación gradual del Estado socialista de todo el pueblo y de las relaciones socialistas maduras y se consolida la conciencia socialista del pueblo.

Tanto en el período de transición como en el de la creación del socialismo desarrollado, maduro, la solución de todos los problemas que surgen en el curso de la edificación de la nueva sociedad depende enormemente de que el partido comunista gobernante sepa escuchar atentamente la voz de las masas, combatir con denuedo las manifestaciones de dogmatismo y voluntarismo, profundizar la democracia socialista, llevar una política sopesada, realista, fortalecer la unidad y la cooperación con los países socialistas fraternos y ofrecer una resistencia firme y oportuna a cualquier tentativa del imperialismo de inmiscuirse en sus asuntos internos.

En el momento actual el escalón más alto del progreso social es la etapa del socialismo desarrollado. En ella el

socialismo alcanza, palabras de Marx, su integridad.

Podemos decir con seguridad que en la presente etapa de desarrollo del socialismo en nuestro país la necesidad de un análisis marxista de los fenómenos sociales adquiere especial importancia. Pongamos el pronóstico de Marx del desarrollo de la estructura social del socialismo. Al valorar la experiencia del avance de nuestra sociedad en los últimos decenios, el XXVI Congreso del PCUS avanzó la tesis de que la conformación de la estructura sin clases de la sociedad tendría lugar esencialmente en el marco histórico del socialismo maduro.

Se ven confirmadas también las ideas fundamentales del marxismo-leninismo sobre el carácter de las relaciones nacionales bajo el socialismo. La URSS ha dado feliz solución a uno de los problemas sociales más intrincados, al problema nacional, en la forma, desde luego, en que lo heredamos del pasado. En nuestro país se ha afirmado la unidad internacionalista, la amistad y cooperación fraternal entre los pueblos.

Hoy vemos que el proceso real marcha precisamente del modo que previera Marx.

¶ El PCUS tiene clara idea de las dificultades y los problemas no resueltos, de las nuevas tareas que tiene planteadas el pueblo soviético en los últimos decenios del siglo XX. «En su conjunto dichas tareas se circunscriben a lo que podría llamarse perfeccionamiento del socialismo desarrollado —señala el camarada Yuri Vladímirovich Andrópov...— Nuestro país se encuentra en los comienzos de esa larga fase histórica, la cual, a su vez, tendrá, naturalmente, sus períodos, sus jalones de crecimiento»³.

Arrancando de una valoración multilateral de las posibilidades del socialismo maduro y de las particularidades de la actual situación internacional, el PCUS ha elaborado y puesto en marcha una estrategia de avance progresivo de la sociedad soviética. Nos queda por delante terminar el paso de la economía nacional a un desarrollo intensivo, reorganizar adecuadamente todo el mecanismo económico, lograr que la economía soviética

³ Véase el presente volumen, pág. 29.

encarne plenamente la integración de la ciencia y la producción, la unión inalterable del pensamiento y el trabajo creador. Al abordar estos problemas nos basamos en el análisis marxista de la reproducción ampliada de tipo intensivo, de la que es característica, como decía él, no la ampliación del campo de la producción, sino la aplicación de sus medios más eficaces⁴. Desde estas posiciones precisamente ha elaborado el partido los Programas de Alimentos y Energético de la URSS.

Reflexionando sobre el futuro régimen comunista, Marx estimó que en él las personas organizarían el proceso productivo de manera tan racional que transcurriría «con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones adecuadas y más dignas de su naturaleza humana»⁵. Esta conexión de lo racional y el humanismo viene cobrando hoy su más plena expresión.

A partir del crecimiento económico se amplían continuamente los programas sociales y mejoran las condiciones para el desarrollo universal del individuo, para la formación del nuevo hombre, a lo que Marx, Engels y Lenin llamaron objetivo supremo del comunismo.

Lógicamente, no todo resulta fácil, y algunas de las metas trazadas a veces no se logran cumplir en los plazos establecidos y en su totalidad. Consideramos que es fundamental fortalecer continuamente la organización y la disciplina, elevar la productividad del trabajo y la eficacia de la producción social.

El partido y el pueblo centran sus esfuerzos en la solución de los problemas actuales del desarrollo económico-social a partir de los acuerdos del XXVI Congreso del partido y del Pleno de noviembre (1982) del CC del PCUS. El pleno analizó en profundidad la marcha de la realización del undécimo plan quinquenal y puso al descubierto con espíritu partidario las dificultades y las deficiencias que hay en nuestro trabajo. En los acuerdos del Pleno de noviembre, en las intervenciones del camarada Yu. Andrópov en dicho pleno y en la reunión solem-

⁴ Véase C. Marx y F. Engels, t. 24, pág. 193.

⁵ Ibidem, t. 25, parte II, pág. 387.

ne consagrada al 60 aniversario de la fundación de la URSS, se promueven los objetivos clave de la edificación del comunismo, del fortalecimiento progresivo del poderío económico y defensivo de nuestra Patria. Con su trabajo abnegado los soviéticos se esfuerzan por poner en práctica los planes del partido.

No concebimos una feliz solución de los problemas que tenemos planteados sin la profundización constante de la democracia socialista. Nuestro fin es asegurar una participación cada vez más activa de las masas trabajadoras en la gestión de los asuntos estatales y sociales, impulsar su iniciativa creadora y su propia actividad en todas las esferas de la vida.

Todo ello no quiere decir, por supuesto, que el mecanismo de la democracia socialista haya llegado a ser perfecto en nuestro país. Son no pocos todavía los casos de burocratismo, de desatención de las demandas de las gentes. El partido sostiene una lucha constante contra esos fenómenos.

«Prácticamente, los comunistas —señalan Marx y Engels—... son el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante...»⁶ Así precisamente ha propendido y propende a ser nuestro partido leninista. Vanguardia probada de la clase obrera y de todo el pueblo, unida firmemente en el aspecto político-ideológico y orgánico, nuestro partido aparece, según definición de Lenin, como maestro, dirigente y jefe de las masas populares⁷. Nuestro partido, que este año celebra su 80 aniversario, se ha granjeado un alto prestigio y la confianza del pueblo con su preocupación constante por sus aspiraciones presentes y futuras y su lucha coherente por los ideales del comunismo, por la paz y la felicidad de los trabajadores. La unidad del partido y el pueblo es una firme garantía de que los objetivos de envergadura y nada simples del perfeccionamiento del socialismo desarrollado se cumplirán con buen éxito.

⁶ Ibidem, t. 4, pág. 437.

⁷ Véase V. I. Lenin. O.C., t. 33, pág. 26.

4. El marxismo-leninismo y la evolución mundial

Nuestra época pasará a la historia de la Humanidad como la era de las grandes transformaciones revolucionarias auguradas por Marx, Engels y Lenin. Es la conformación y afianzamiento del sistema socialista mundial. Es el derrumbamiento del sistema colonial del imperialismo y la aparición de Estados de orientación socialista. Es el ahondamiento constante de la crisis general del capitalismo y el creciente embate histórico de la clase obrera y sus aliados sobre las posiciones del capital monopolista. Es, finalmente, una manifestación de las aspiraciones antiimperialistas de los pueblos como el vertiginoso ascenso de la lucha por la paz, por excluir la guerra de la vida de la sociedad.

El marxismo surgió y se desarrolla como una ideología optimista, informada de una fe profunda en las posibilidades creadoras del hombre, en la fuerza de la razón y la creatividad. Mas para crear, para avanzar por el camino del progreso, la Humanidad tiene que vivir. El derecho a la vida es un derecho inalienable, supremo, del hombre. «La primera premisa de toda historia humana —dicen Marx y Engels— es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes»⁸.

Esta verdad simple y, a lo que parece, evidente, viene adquiriendo un significado especial en la actualidad, en que se ha redoblado la actividad de los grupos imperialistas belicosos, cuyo odio de clase hacia el socialismo se impone sobre el sentido de realidad. Se halla en peligro la existencia misma de la civilización mundial. Y no hay tarea más apremiante que salvaguardar la vida en el planeta, defender y consolidar la paz.

Contra la política militarista aventurera del imperialismo, ante todo de los círculos imperialistas de EE.UU. que imponen una desenfrenada carrera de armamentos nucleares en aras de sus pretensiones de hegemonía imperial, contra la demencia atómica, por un mundo sin guerras ni armamentos, se pronuncian hoy poderosas fuer-

⁸ C. Marx y F. Engels. *Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista*. Moscú, 1966, págs. 22-23, en ruso.

zas sociales. Son, en primer lugar, los países del socialismo, principal baluarte de la lucha por la paz y el progreso social. Es la clase obrera internacional. Son los pueblos de Asia, Africa y América Latina agrupados en el Movimiento de los No Alineados. Son todos a quienes les preocupan los destinos de la Humanidad. El movimiento antimilitar y antinuclear se ha convertido en el más vasto movimiento democrático de la actualidad.

La Unión Soviética, los países hermanos del socialismo, lo hacen todo para lograr un descenso del nivel de oposición militar y asegurar un desarme real basado en la paridad e igual seguridad, a fin de librar a los pueblos de la amenaza de una guerra nuclear. En el informe «Sesenta Aniversario de la URSS» del Secretario General del CC del PCUS, Yu. Andrópov, y en la Declaración Política de Praga de los países del Tratado de Varsovia se promueven nuevas iniciativas constructivas esenciales destinadas a alcanzar esos objetivos, que han sido acogidas positivamente por todos quienes se pronuncian contra el peligro nuclear, por el desarrollo de una cooperación amplia y en pie de igualdad a escala internacional.

Fiel a los legados de Marx, Engels y Lenin, nuestro partido ve un deber suyo en contribuir por todos los medios a la lucha de los diversos destacamentos del movimiento revolucionario mundial, de todos quienes se pronuncian contra el imperialismo, por la paz y el progreso social. Estamos convencidos de que hoy, como siempre, el internacionalismo proletario sigue siendo un principio seguro que permite cohesionar todas esas fuerzas.

Los comunistas soviéticos jamás han considerado el internacionalismo proletario como un concepto solidificado, invariable. Vemos que, en las condiciones actuales, a medida que aumenta el peso relativo de las tareas de la lucha antiimperialista, crece la importancia de la vertiente democrática general del internacionalismo proletario. Pero, por convicción nuestra, ello no quiere decir que disminuya su contenido de clase, anticapitalista.

Comoquiera que las filas de las fuerzas revolucionarias han crecido, se han ampliado, y la tarea de la liberación social y nacional ha adquirido, puede decirse, palpitante actualidad, aumenta también la necesidad objetiva de la

solidaridad de los revolucionarios, de mancomunar sus esfuerzos.

El internacionalismo proletario, socialista, en su concepción marxista-leninista, hoy significa ante todo una actividad enérgica cuyo fin es asegurar la unidad de la comunidad socialista, la cohesión de todos los países socialistas, la defensa de las conquistas históricas del socialismo. Se sobreentiende que teniendo en cuenta la peculiaridad de cada país y respetando mutuamente la soberanía y los intereses de cada uno.

El internacionalismo proletario significa hoy un apoyo activo a todas las fuerzas del mundo que impugnan la dominación del capital y toda opresión.

El internacionalismo proletario, en su concepción marxista-leninista, hoy significa además contribuir por todos los medios a la cohesión de los partidos obreros, comunistas hermanos, así como de los partidos democrático-revolucionarios en la lucha por los objetivos comunes.

El internacionalismo proletario implica una lucha sin compromiso contra toda tentativa de separar a las fuerzas revolucionarias, a los partidos comunistas, cualesquiera que sean —nacionalistas u oportunistas— las etiquetas que se cuelguen.

El internacionalismo proletario, en su concepción marxista-leninista, significa, por último, estar dispuestos a hacerlo todo en aras de dar solución a los problemas que afectan al futuro de la Humanidad, en primer lugar el principal, el de conjurar la hecatombe nuclear.

El internacionalismo proletario responde a los intereses del progreso social, a los de todos los pueblos, a los de toda la Humanidad. Guiarse por él es un deber sagrado de los verdaderos comunistas, de todos quienes de hecho, y no de palabra, se mantienen fieles a los grandes legados de nuestros maestros.

* * *

Los comunistas soviéticos, igual que nuestros camaradas y correligionarios de otros países, miramos sin temor al futuro. Nuestra época ha aportado al marxismo triunfos inusitados. Las ideas del marxismo-leninismo, que han conquistado a las grandes masas y se hacen realidad,

se han convertido en una poderosa fuerza transformadora revolucionaria. Por eso hoy podemos repetir con pleno derecho las palabras de Federico Engels sobre su genial amigo y compañero de armas, pronunciadas hace cien años: «Su nombre vivirá a lo largo de los siglos, y, con él, su obra»⁹.

P. FEDOSEEV,

académico, vicepresidente
de la Academia de Ciencias
de la URSS

CARLOS MARX Y LA DIALECTICA DE NUESTRA EPOCA ¹

La opinión pública de vanguardia ha reconocido el año mil novecientos ochenta y tres año de Carlos Marx. El 5 de mayo último se han cumplido ciento sesenta y cinco años del día de su nacimiento, y hace cien años, el 14 de marzo de 1883, dejó de latir su poderoso corazón. La intensa labor de organización del movimiento revolucionario internacional del proletariado, las sutiles persecuciones por las autoridades, la interminable necesidad económica y el agotador trabajo teórico minaban inexorablemente, y en fin de cuentas socavaron, la salud de Marx. Nada más que 65 años le asignó la historia, pero lo hecho durante los años de su obra creadora perdurará siglos.

El principal mérito de Carlos Marx ante la humanidad consiste en que, en estrecha cooperación y espiritual comunión con su fiel amigo y permanente compañero de lucha Federico Engels, colocó los cimientos ideológicos de la renovación revolucionaria del mundo y demostró científicamente la necesidad y la posibilidad real de reestructurar cardinalmente las condiciones sociales de desarrollo de la civilización y de toda la vida social plasmadas a lo largo de milenios y ya caducas, de su transformación sobre bases comunistas, auténticamente humanas, auténticamente justas.

Muchos siglos la humanidad trabajadora padeció a causa de tres calamidades sociales principales: la explota-

¹ El artículo ha sido escrito sobre la base del informe hecho en la Asamblea General de la Academia de Ciencias de la URSS el 2 de marzo de 1983 y publicado parcialmente en *Revista Internacional*, N 3, 1983, y *Voprosi filosofii*, N 4, 1983.

⁹ C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 352.

ción del hombre por el hombre, el yugo nacional y racial y las guerras de exterminio y destrucción. Los pensadores de vanguardia transmitían de generación a generación el anhelo de igualdad y fraternidad universales de todos los pueblos, de paz y concordia eternas. Pero no había condiciones materiales, fuerza revolucionaria correspondiente y conocimiento de las vías que llevasen a la realización de este sueño secular.

El XIX fue en este aspecto un siglo de viraje en la historia universal al crear las premisas materiales y sociales para la transformación revolucionaria de la sociedad. La expresión teórica de esta época crucial vino a ser la teoría de Marx que significó un viraje revolucionario en la historia del pensamiento humano y brindó las posibilidades y medios para emancipar las clases trabajadoras de la explotación, acabar con la opresión nacional y los sangrientos choques militares.

Por supuesto, el surgimiento del marxismo, lo mismo que de cualquier teoría de significado social, viene condicionado por circunstancias objetivas. El fomento y la socialización de la producción bajo el capitalismo, la revelación de las profundas contradicciones antagónicas que le son propias y, en primer término, las contradicciones entre el trabajo y el capital, así como las primeras luchas revolucionarias del proletariado, fueron la real base social, la única sobre la que pudo brotar y crecer el marxismo.

Es sabido también que la doctrina de Marx va ligada inseparablemente al desarrollo precedente del pensamiento social avanzado. El marxismo, como señaló V. I. Lenin, no surgió al margen del camino real de la civilización mundial, sino como «*continuación* directa e inmediata de las doctrinas de las más grandes figuras de la filosofía, la economía política y el socialismo»².

Ya en la primera mitad del siglo XIX se vio perfectamente que el capitalismo no aportaba a los pueblos la libertad, sino una nueva forma de esclavitud. Los pensadores socialistas como Fourier, Saint-Simon y Owen, ya antes de Marx habían descubierto los repugnantes vicios del capitalismo y mostrado el irreductible antagonismo entre el trabajo y el capital, entre los obreros asalariados

² V. I. Lenin. *O.C.*, 5a ed. en ruso, t. 23, pág. 40.

y los capitalistas. Y no sólo los socialistas, sino todos los hombres razonables se sentían indignados por la crueldad de la explotación capitalista. El modo burgués de vida sublevaba y repelía a los hombres de vanguardia, se realizaban tensas y dolorosas búsquedas de vías para llegar a una mejor organización social. Pero, dado el desconocimiento de las leyes del desarrollo social, no podía surgir otra cosa que proyectos fantásticos del porvenir o huecos anhelos de retorno al pasado, al mítico «siglo de oro». Nadie tenía idea clara ni podía decir en forma argumentada adónde iba la historia y cómo se podía acabar con las intolerables y dolorosas calamidades sociales que oprimían la humanidad trabajadora.

En ese momento crucial de la historia el genio de Marx dio la respuesta al reto del siglo, a los candentes problemas del desarrollo social que, valiéndonos de las palabras de Lenin, «el pensamiento de vanguardia de la humanidad ya había planteado»³.

¿En qué reside, pues, la fuente de la fuerza vital y la eficacia del marxismo, en qué consiste el misterio de la inmortalidad de esta doctrina?

Ante todo en que su fundador se respaldaba firmemente en la ciencia y ligó con vínculos indestructibles la teoría con la práctica revolucionaria, sintetizó la experiencia de la lucha de clase del proletariado. Marx fue un gran sabio y revolucionario, y estas dos cualidades de su genial personalidad eran inseparables y orgánicamente interconexas. Se puede decir que Marx era un revolucionario en la ciencia y sabio en la lucha revolucionaria.

En la actividad revolucionaria veía Marx la fuerza material de la reorganización de la vida social sobre bases justas, precisamente sobre la base de la igualdad comunista en aras del desarrollo universal de la personalidad humana. Y era fiel hasta el fin a la gran causa de la lucha por la realización de los ideales comunistas.

Marx entendía que la investigación científica era un trabajo creador y duro, que requería tenacidad, firmeza y abnegación para descubrir las vías del progreso de la humanidad. «En la ciencia —decía Marx— no hay calzadas reales, y quien aspire a remontar sus luminosas cumbres,

³ Ibidem, t. 23, pág. 40.

tiene que estar dispuesto a escalar la montaña por senderos escabrosos»⁴. Y el propio Marx tendía en los campos vírgenes el difícil y tortuoso camino del explorador para llegar a las cumbres de la ciencia y servir a los intereses de la clase obrera en aras de la renovación revolucionaria de la sociedad.

Marx veía en la ciencia una activa fuerza motriz capaz de revolucionar la producción y la política. Bajo el efecto de sus investigaciones científicas, de su método, «la política —según expresión de Lenin— ha dejado de ser caos y engaño para devenir ciencia»⁵.

En una palabra, Marx y Engels abordaron los problemas cardinales de la humanidad no sólo como grandes humanistas, sino igualmente como grandes hombres de ciencia realistas y revolucionarios.

Por su contenido de clase el marxismo es la teoría y la táctica del proletariado en su lucha por la transformación socialista de la sociedad. Como ciencia, la teoría de Marx y Engels es un sistema íntegro y armonioso de concepciones filosóficas, económicas y sociopolíticas que ofrecen una argumentación de todos los aspectos de las regularidades, vías y formas del tránsito del capitalismo al socialismo y al comunismo.

La argumentación filosófica de este tránsito fue posible merced a que Marx y Engels enriquecieron el materialismo con la dialéctica, es decir, la teoría multiforme del desarrollo y elaboraron la concepción materialista de la historia. La esencia de esta argumentación se reduce, en breves palabras, a lo siguiente.

— La necesidad de la renovación social de la sociedad radica en la ley mundial general del desarrollo. Si en el mundo se verifica el constante proceso de cambios y desarrollo, las formas de vida social tampoco pueden quedar invariables, petrificadas. Por lo tanto no puede persistir eternamente la dominación de las clases explotadoras, la opresión y el saqueo de las masas trabajadoras y el enriquecimiento de una minoría insignificante a cuenta de la inmensa mayoría de la población de la tierra. Lo mismo

⁴ C. Marx y F. Engels, t. 23, pág. 25.

⁵ V. I. Lenin. O.C., t. 23, pág. 443.

que en la naturaleza se produce el cambio de las estructuras materiales, las especies animales y vegetales, en la historia se observan el desarrollo y la sucesión de las formaciones socioeconómicas.

— La concepción materialista de la ley mundial del desarrollo aplicada a la sociedad significa que, exactamente de la misma manera que conforman la base de todos los fenómenos naturales las causas materiales, el desarrollo de las formaciones socioeconómicas viene determinado por factores materiales, ante todo por el desarrollo de las fuerzas productivas. Del desarrollo de las fuerzas productivas dependen las formas de relaciones sociales, y estas últimas, a su vez, determinan el carácter del régimen político, de las concepciones e ideas humanas. El crecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa conduce a la concentración de la propiedad en manos de un estrecho grupo de capitalistas y agrupaciones monopolistas, a la concentración y la socialización de la producción. El carácter social de la producción no se resigna con la propiedad privada sobre los medios de producción y es natural que en la conciencia de la gente surjan ideas acerca de la necesidad de que los medios de producción y el disponer de los mismos pasen a manos de toda la sociedad.

Ahora bien, el socialismo científico no se asienta sólo sobre la concepción materialista de la sucesión objetiva de las formaciones socioeconómicas. Había que establecer si era ya hora, si se habían creado las condiciones materiales para la transformación del sistema social existente. La respuesta a este problema cardinal de la teoría y la práctica la dio el análisis marxista del régimen económico del capitalismo. Marx decía que su principal obra, *El Capital*, era obús más temible disparado contra los burgueses. Marx reveló el «misterio» de la explotación capitalista, mostró el mecanismo de la apropiación de la plusvalía por el capitalista, es decir, de la parte del valor que se crea por encima de la parte remunerada del trabajo de los obreros asalariados. Así fueron puestas al descubierto las raíces económicas del antagonismo inconciliable entre la clase obrera y la burguesía, la inevitabilidad de la agravación de la lucha de clase entre ellos hasta la total

supresión de la explotación del hombre por el hombre. Puestas en claro las fuentes y el proceso de acumulación de capital, Marx mostró la base económica de la concentración y la socialización de la producción, de la ruina de los pequeños productores y el incesante crecimiento del número de obreros y la proporción de la clase obrera. Así, merced al inmenso, auténticamente titánico, trabajo de investigación científica, Marx pudo probar científicamente que el sistema socioeconómico del capitalismo estaba condenado por la propia historia, argumentó la necesidad objetiva del tránsito a la sociedad nueva, comunista, y mostró el papel histórico universal del proletariado como clase que, según palabras de Lenin, es precisamente «el motor intelectual y moral, el agente físico»⁶ de la transformación de la sociedad capitalista en sociedad comunista.

Además de adivinar la dirección general del proceso histórico, Marx determinó, partiendo del análisis socioeconómico objetivo, las posibles etapas del desarrollo de la futura sociedad. Genial previsión de Marx ha sido su teoría de las dos fases del comunismo: el socialismo, primera fase, y la fase superior de la sociedad comunista. El realismo histórico de Marx se manifestó en la comprensión de que el socialismo no se afianzaría de golpe, que haría falta un período más o menos largo de transición del capitalismo al socialismo.

Guiándose por el afán de no sólo explicar el mundo, sino también de coadyuvar a su transformación, Marx prestaba constante atención al trazado de los caminos para lograr esta meta, a la organización del movimiento obrero revolucionario. En cooperación con Engels elaboró los fundamentos de la teoría y la política de los comunistas, los principios y las formas organizativas internacionalistas de la lucha de emancipación de la clase obrera y de todas las masas oprimidas por el capital.

En la argumentación de la estrategia revolucionaria tiene importancia básica el problema del papel y los límites de influencia de la personalidad sobre la marcha de los acontecimientos históricos. Partiendo de la dialéc-

⁶ Ibidem, t. 26, pág. 73.

tica materialista, el marxismo logró por vez primera en la historia del pensamiento social resolver la disputa secular de la correlación entre la necesidad y la libertad de voluntad, la regularidad objetiva y la actividad de los hombres, el condicionamiento causal y el papel de los intereses y las metas de los hombres en su conducta y en todo el proceso histórico.

Esta disputa secular se debía a la interpretación unilateral de los procesos que se producían en la sociedad. Los pensadores que estimaban que la conducta de la gente viene condicionada por las leyes de la naturaleza o por un ser sobrenatural subestimaban el significado de la actividad del hombre y se inclinaban al modo pasivo y especulativo de pensar. Y quienes veían en los acontecimientos históricos el resultado sólo de la voluntad y las acciones arbitrarias del hombre, no advertían regularidad alguna en la historia y estimaban posible modificar la marcha de los acontecimientos a su albedrío.

El marxismo tomó en consideración como punto de partida el evidente hecho de que, a diferencia de las leyes de la naturaleza, que rigen sin la participación del hombre, las leyes de la vida social se manifiestan en la actividad del hombre, que posee conciencia y voluntad y es movido por determinados intereses y objetivos. El hombre es el autor de la historia, pero no la hace a su arbitrio, sino en virtud de la necesidad, procede en medio de condiciones creadas por la naturaleza y la historia, les obedece o las transforma en consonancia con las leyes del desarrollo de la vida material. Así fueron superados los planteamientos unilaterales naturalistas e idealistas que conducen ya bien a la contemplación y al fatalismo, ya bien al subjetivismo y el voluntarismo.

La síntesis materialista de los datos fundamentales de todo el proceso histórico y el análisis económico de la formación social capitalista conforman la base de las concepciones sociopolíticas del marxismo. Partiendo de que toda la historia de la sociedad anterior desde el surgimiento de la propiedad privada y la división de la sociedad en clases ha sido la historia de la lucha de clases y teniendo en cuenta la inevitable agravación de las contradicciones entre la creciente socialización de la

producción y la propiedad privada de los capitalistas sobre los medios de la producción y, correlativamente, la profundización del antagonismo entre la clase obrera y la burguesía, el marxismo sacó la conclusión de la regularidad objetiva y la necesidad de la revolución socialista llamada a acabar con el poder del capital e instaurar el poder de la clase obrera capaz de organizar la producción social sin explotadores sobre la base de la propiedad social de los medios de producción. Marx dio el nombre de dictadura del proletariado a este poder estatal de la clase obrera en oposición a la dictadura de la burguesía.

La teoría de Marx ha sido comprobada y ha resistido el examen ya en vida de Marx. La oleada de revoluciones que pasó por los países de Europa en 1848 y la Comuna de París fueron una expresión palmaria de la gravedad y el carácter irreductible de las contradicciones entre el proletariado y la burguesía y brindaron una nueva experiencia histórica concreta para el desarrollo de la teoría de la lucha de clases creada por Marx. Si bien el primer intento heroico de los federados parisinos de crear un Estado socialista, gobernado por el pueblo trabajador, no tuvo éxito, la tentativa mostró, sin embargo, que la regularidad histórica de la venidera autoliberación de los trabajadores, descubierta por los fundadores del marxismo, comenzaba a abrirse camino.

La solución de los problemas de alcance histórico universal de la clase obrera planteó el problema del papel dirigente de su vanguardia, el partido revolucionario. El comienzo de la transformación de las ideas revolucionarias en fuerza material, en móvil de las transformaciones revolucionarias, de lo que dependían los destinos históricos del movimiento obrero y del propio marxismo, se debe a la actividad práctica de Marx y Engels y sus compañeros de lucha. Su labor en este sentido fue coronada por la Asociación Internacional de los Trabajadores, la I Internacional, y la formación de los primeros partidos masivos de la clase obrera en Europa.

En las postrimerías del siglo XIX y los albores de XX, cuando hubo terminado el período pacífico del desarrollo del capitalismo y la clase obrera entró en la fase de las batallas revolucionarias por la transformación socialista

de la sociedad, Lenin prosiguió la teoría y la obra de Marx y Engels y devino el inspirador y organizador del partido de nuevo tipo, acorde con las nuevas tareas de la lucha de clase. Un inmarcesible mérito de Lenin ante la clase obrera internacional consiste en que, luchando contra los oportunistas de toda laya, que corrompían los partidos de la II Internacional, defendió el marxismo como ideología científica y política del partido revolucionario y su carácter de clase. Lenin arrancaba de que el partido de la clase obrera, su vanguardia pertrechada con la teoría revolucionaria, es quien lleva la organización y la conciencia a la lucha revolucionaria de la clase obrera. En el partido revolucionario, en su actividad, se unen las ideas socialistas con el movimiento obrero.

Hace ochenta años, en el II Congreso del POSDR se concluyó el proceso de agrupación de las organizaciones marxistas revolucionarias de Rusia y se creó el partido bolchevique, un partido de nuevo tipo, el partido marxista-leninista de la clase obrera. Las batallas revolucionarias de 1905-1907 sometieron a un examen práctico su teoría y táctica. La revolución de 1905, según expresión de Lenin, sirvió de ensayo general para 1917.

La Gran Revolución Socialista de Octubre, que se realizó bajo la dirección del Partido Bolchevique, fue un triunfo histórico del marxismo-leninismo. Dio comienzo a la emancipación social y nacional y a una nueva época en la historia, la del tránsito de la formación capitalista al socialismo y al comunismo a escala mundial. Tras la primera revolución socialista victoriosa de Rusia se han producido transformaciones revolucionarias en toda una serie de países.

Sobre la base de la nueva experiencia histórica el marxismo obtuvo una continuación orgánica y mayor desarrollo en el leninismo. Sin este enriquecimiento creador con ideas leninistas sería inconcebible la ingente influencia e incidencia del marxismo sobre la época contemporánea. Respaldándose en la doctrina de Marx y desarrollándola, Lenin alcanzó cumbres desde las que pudo observar la marcha general de la historia universal en el

siglo XX, poner al descubierto el contenido de la nueva época histórica, ver los torrentes y las fuerzas de clase fundamentales del movimiento revolucionario, determinar la disposición de las fuerzas de clase en los principales frentes de lucha por el socialismo y las perspectivas de la construcción socialista. En las nuevas condiciones históricas Lenin tuvo que argumentar teóricamente los problemas sociales cardinales de la humanidad y, además, darles solución práctica.

Lenin demostró que los procesos de agravación de las contradicciones del capitalismo y la lucha de clases, advertidos por Marx, se habían reforzado inmensamente en el siglo XX. Al propio tiempo, con el gigantesco crecimiento de las fuerzas productivas se habían acrecentado las premisas materiales para el tránsito del capitalismo al socialismo. Prácticamente resultó posible liquidar la explotación del hombre por el hombre y las clases explotadoras, primero en la Unión Soviética y luego en una serie de otros países. La principal base económica para la liquidación del sistema social explotador ha sido la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, la socialización y el fomento socialistas de todas las ramas de la producción. A la vez que la propiedad privada, pertenecen ya al pasado las crisis económicas, el desempleo y el estado económico precario de las capas no pudientes de la población, con la particularidad de que esto se ha hecho realidad incluso en países que no figuraban entre los más desarrollados. Tanto más han madurado las posibilidades materiales y sociales para resolver este problema mediante la renovación revolucionaria de la sociedad en países capitalistas más adelantados. Desde luego, en las ciudadelas del capitalismo, como hacían constar Marx y Lenin, es más difícil comenzar la revolución socialista, puesto que aquí la burguesía posee posiciones más firmes para recurrir a maniobras sociales y políticas. Sin embargo, en los países adelantados se puede organizar con más facilidad y rapidez la producción socialista y crear la base material y técnica del comunismo.

La experiencia de los países socialistas, además de probar la posibilidad de acabar con la explotación del

hombre por el hombre, sugiere las vías y formas de la supresión de la división en clases en general y de lograr la plena homogeneidad social de la sociedad.

Lenin decía reiteradas veces que el socialismo es la supresión de las clases. Ahora vemos prácticamente que es un proceso largo, en el curso del cual se liquidan primero las clases explotadoras y los elementos capitalistas en general, se transforma el sector económico de la pequeña propiedad mediante la organización de los pequeños productores en cooperativas y, luego, se superan las diferencias sociales entre la clase obrera, el campesinado agrupado en cooperativas y la intelectualidad socialista. El XXVI Congreso del PCUS, teniendo en cuenta las tendencias cardinales del desarrollo de las relaciones sociales, sacó la conclusión de que el devenir de la estructura de la sociedad sin clases se produciría en lo principal y lo fundamental, por lo visto, dentro del marco histórico del socialismo maduro. La desaparición total de las diferencias de clase es factible ya con el paso de la sociedad a la fase superior del comunismo.

En la supresión de las diferencias de clase entre la clase obrera y el campesinado reviste sustancial significado el acercamiento de las dos formas de propiedad socialista: la de todo el pueblo, estatal, y la cooperativo-koljosiana.

Cabe señalar que al discutirse el problema de las vías de acercamiento de estas dos formas de propiedad socialista se hacía a menudo énfasis en el paso acelerado de la producción cooperativa, koljosiana, a la estatal (de los sovjoses). Semejante planteamiento significaba, en realidad, una subestimación de las posibilidades de la propiedad cooperativo-koljosiana, que distan mucho de estar agotadas, y, a la vez, una subestimación del papel rector y transformador que desempeña la propiedad de todo el pueblo.

La experiencia práctica ha mostrado que la vía fundamental de solución de este problema es la creación y la difusión más y más vasta de las empresas y agrupaciones de producción interkoljosianas y mixtas estatal-koljosianas. Hacia el presente se ha hecho ya mucho para formar y organizar el funcionamiento de semejantes agrupaciones y el fomento de la integración agroindustrial.

El significado social de las agrupaciones agroindustriales a distintos niveles se ve confirmado ahora por la experiencia internacional de muchos países socialistas. Esta experiencia permite sacar ciertas conclusiones generales.

En primer lugar, se ha hallado la vía práctica de acercamiento de las dos formas de propiedad sobre la base de la elevación del grado de socialización de la producción socialista.

En segundo lugar, se ha determinado el mecanismo de interacción de las dos formas de propiedad que permite hacer realidad con la máxima plenitud sus posibilidades y crear condiciones para elevar la fuerza productiva del trabajo social.

En tercer lugar, se ha organizado una cooperación eficaz del trabajo en las distintas ramas de la producción unidas por el interés común de rendir productos para toda la sociedad. Trátase ya de un interés social común que se eleva al nivel del de todo el pueblo.

El rumbo hacia la formación y el fomento del complejo agroindustrial constituye la ejecución concreta del plan cooperativista de Lenin aplicado al nivel contemporáneo de las fuerzas productivas y las maduras relaciones socialistas de producción.

De suyo se entiende que no sólo la propiedad cooperativo-koljosiánica, sino también la estatal, requieren, a su vez, permanente perfeccionamiento y desarrollo. Sólo sobre la base de su perfeccionamiento puede la clase obrera asegurar su propio progreso, su papel rector respecto a los demás sectores sociales, el acercamiento con ellos y su fusión para formar una comunidad social homogénea. Esto exige que se resuelvan tan importantes problemas de la construcción del comunismo como la consecuente reducción del trabajo manual y poco calificado, la superación de las consecuencias sociales negativas de la división del trabajo y la heterogeneidad social de los distintos tipos de trabajo: el físico y el intelectual. Trátase de la unión orgánica del trabajo intelectual y físico en la actividad laboral de la gente.

Así se encarnan en la vida práctica las ideas marxistas-leninistas de superación de los seculares antagonismos de clase y de la propia división social y de clase.

Por lo que se refiere a la desigualdad nacional y a la opresión colonial, como probaron con toda elocuencia Marx y Engels, cabe decir que guardan relación indestructible con la propiedad privada y la estructura clasiista de la sociedad burguesa, con el carácter del sistema mundial capitalista. Marx decía que precisamente «las relaciones de propiedad existentes son las que determinan la explotación de unos pueblos por otros...»⁷. El capitalismo reforzó y agravó el yugo nacional con el colonial. No se podía plantear el problema de la liberación nacional y la liquidación del sistema colonial al margen de la lucha general por la supresión de toda opresión social, al margen de la lucha contra las clases explotadoras y la explotación del hombre por el hombre. «En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro—escribían Marx y Engels— será abolida la explotación de una nación por otra»⁸.

El Gran Octubre rompió las cadenas de la opresión de clase y nacional y tendió, bajo la dirección del partido leninista, el camino de la auténtica igualdad y fraternidad de los trabajadores de todas las razas y naciones, el camino de su libre y universal desarrollo.

Lenin subrayó que el objetivo del socialismo no es sólo poner fin al fraccionamiento de la humanidad en pequeños Estados y a toda clase de aislamiento de las naciones; no sólo el acercamiento, sino también su fusión. Pero el camino para lograrlo lo veía Lenin en la total liberación de todas las naciones oprimidas, en la libertad de su autodeterminación. El derecho a separarse libremente y a la libre unión de naciones, tal es el principio verdaderamente democrático de su desarrollo. Al definir la política y el programa de los comunistas en el dominio de las relaciones nacionales, Lenin escribía en abril de 1917 que el partido «aspira al *acercamiento y la sucesiva fusión* de las naciones; más no quiere alcanzar ese objetivo por la violencia, sino exclusivamente por medio de una unión libre y fraternal de los obreros y las masas trabajadoras de todas las naciones»⁹.

⁷ C. Marx y F. Engels, t. 4, pág. 371.

⁸ Ibidem, pág. 445.

⁹ V. I. Lenin. O.C., t. 31, pág. 167.

A veces la tesis de la fusión de las naciones se entiende en forma simplista, como proceso de liquidación de las peculiaridades y rasgos distintivos nacionales. En la práctica, la fusión de las naciones en la máxima unidad es un proceso histórico largo y multiforme que no comienza por la supresión de las diferencias nacionales, sino por el acercamiento de las naciones, y se concluye, en fin de cuentas, mediante la desaparición de toda huella de exclusivismo nacional, mediante la instauración de la forma superior de convivencia humana. Al hablar de la fusión, Lenin se refería a las distintas etapas y formas de este proceso: la agrupación de los trabajadores de distintas naciones en la lucha de liberación contra los explotadores, su cohesión después de la victoria de la revolución socialista para constituir una unión estatal, la plena unidad de las naciones en la sociedad socialista, etc. Después de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre, las relaciones entre las naciones significaban prácticamente su voluntaria unión para constituir un Estado único, su acercamiento progresivo y reforzamiento de la confianza mutua, su indestructible amistad.

El socialismo, al organizar la producción social sin explotadores y al asegurar el bienestar a todos los miembros de la sociedad y la diversidad y riqueza de la vida cultural, ofrece campo libre para la diversidad de formas políticas de organización de los Estados nacionales, alivia y acelera en virtud de ello el acercamiento y la sucesiva fusión de las naciones.

Lenin centraba reiteradas veces la atención en que el socialismo crea nuevas formas de nexos sociales, engendra nuevas fuentes de cohesión de la sociedad, de agrupación de las naciones y los pueblos, ante todo sobre la base de la alianza de la clase obrera, el campesinado y los intelectuales, sobre la base de la encarnación práctica de los principios vivificantes del internacionalismo socialista. Esta nueva forma de nexos sociales e internacionales ha venido a ser la comunidad histórica nueva que es el pueblo soviético. Esta comunidad no absorbe y no sustituye las naciones existentes, sino que hace realidad su indestructible unidad.

Al echar una mirada al camino histórico recorrido por

nuestro país desde el Gran Octubre y la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se puede ver lo mucho que se ha hecho para el desarrollo universal de todas las naciones y pueblos que integran el Estado multinacional soviético único. Bajo la dirección del Partido Comunista y con el papel rector de la clase obrera y la ayuda fraternal del pueblo ruso, todas las naciones y pueblos de la URSS, incluidos los de la antigua periferia nacional atrasada, han alcanzado las cumbres del progreso social. La creación de la industria moderna y la agricultura desarrollada, el incesante crecimiento de la economía y del nivel de vida material, el progreso del Estado nacional, el alto nivel de la ciencia y el auténtico florecimiento de la cultura son rasgos característicos hoy de todas las repúblicas soviéticas. Al propio tiempo éstas han conservado su fisonomía única, sus rasgos nacionales. Y a lo largo de toda la historia de la construcción y el desarrollo de la sociedad socialista hasta el pleno comunismo se verifica el auténtico florecimiento de las naciones, el desarrollo universal de su lengua y cultura sobre la base de la cooperación internacionalista y la amistad indestructible de los pueblos.

La dialéctica de la historia es tal que el acercamiento y la fusión de las naciones se producen a través del máximo despliegue y la multiforme exteriorización de sus potencias interiores y aptitudes creadoras. Sólo con la victoria del comunismo en el mundo entero desaparecerán las fronteras nacionales y otros tabiques internacionales. Y entonces el proceso de fusión de las naciones significará la intensa interacción y la interpenetración de las culturas nacionales a escala mundial, la consolidación internacionalista de toda la Humanidad.

Las naciones, en tanto que comunidades formadas en el curso de la historia, han servido y sirven de importante forma de progreso social. El quid del problema consiste en que el desarrollo de las naciones no conduzca a su encerramiento y exclusivismo, al engreimiento y la soberbia, sino que se conjugue con la comprensión de los intereses comunes y la solución de los problemas comunes en el camino de la construcción de la sociedad comunista.

Las manifestaciones de limitación nacional van ligadas a diferentes supervivencias de criterios y costumbres burgueses. En particular, por lo visto, revelamos insuficientemente el nexo de esta limitación con la sicología del individualismo y los resabios de la ideología del propietario privado. Sería justo decir que mientras el internacionalismo guarda relación orgánica con la ideología y la práctica del colectivismo, el nacionalismo es hostil a este último y son sus invariables concomitantes o, quizá, sería más justo decir, su punto de apoyo, el individualismo burgués y pequeñoburgués.

Sabemos que el internacionalismo proletario se elaboró bajo el capitalismo en la lucha conjunta de los obreros contra el poder del capital. La principal escuela del internacionalismo en la sociedad socialista son el trabajo colectivo y la ayuda mutua fraternal de los trabajadores de todas las naciones sobre la base de la propiedad social. La fuente ideológica del internacionalismo es la concepción comunista del mundo, cuyo principio es: «Uno para todos y todos para uno», es decir, el principio del colectivismo.

Podemos decir con todo fundamento que el internacionalismo es el colectivismo en las relaciones mutuas, en el trabajo y en la vida de las distintas naciones. El abandono de la ideología y la práctica del colectivismo es una de las vías que llevan a los prejuicios nacionalistas.

Hemos creado una rica cultura socialista, multinacional por sus formas y profundamente internacional por su esencia. Pero diversas personalidades de la literatura y el arte, contaminadas por el individualismo y la suficiencia, se dejan a veces llevar por la influencia de prejuicios chovinistas o nacionalistas, se convierten en portadores y propagandistas de los mismos. En sus obras se llega a oponer unos pueblos a otros, elementos de una nación a los de otra, así como el modo de vida viejo, burgués o feudal, al modo de vida socialista.

Podríamos aducir ejemplos también de otra esfera. Es sabido que la ciencia marxista-leninista ha dado una explicación verdaderamente científica a la historia universal y patria, ofreciendo material propicio para la educación internacionalista y patriótica. Sin embargo, tam-

bién en esta esfera hay ciertos defectos y deformaciones. Algunos hombres de ciencia, partiendo de concepciones individualistas y localistas, abandonan los principios del internacionalismo, a veces llegan a idealizar los tiempos viejos, a unos u otros zares, príncipes y janes, ofrecen una interpretación falsa, nacionalista, de acontecimientos históricos y causan daño a la educación internacionalista y patriótica.

Fiel a los legados de Lenin, el Partido Comunista educa a los soviéticos en el espíritu del internacionalismo, de la actitud respetuosa hacia los sentimientos nacionales y la dignidad nacional de cada persona, de la intransigencia para con las manifestaciones de egoísmo y altanería nacionales.

La experiencia de la solución del problema nacional en la URSS muestra el camino ya comprobado de desarrollo de relaciones auténticamente humanas entre las naciones y brinda la perspectiva de la unidad internacional de la humanidad.

Al hacer el balance de sesenta años de existencia de la URSS, el compañero Yu. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS, subrayó: «Se ha confirmado plenamente la razón histórica de la doctrina de Marx y Lenin de que la solución del problema nacional puede encontrarse sólo sobre la base clasista. Junto con los antagonismos sociales fueron relegados al pasado la discordia nacional, todos los tipos de desigualdad y opresión racial y nacional»¹⁰.

La eliminación de las fuentes y causas sociales de las guerras y el logro de la paz universal también guardan relación con la lucha contra el dominio de las clases explotadoras, y en nuestros días, sobre todo, con la liquidación del poder de las agrupaciones monopolistas y el complejo industrial militar, con la superación de su nefasta influencia sobre las relaciones internacionales, con la denuncia de la política agresiva del imperialismo.

Es sintomático que el primer decreto de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que derrocó el poder de la

¹⁰ Yu. Andrópov. *Sesenta Aniversario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*. Moscú, 1982, pág. 7.

burguesía, fuera el Decreto de la Paz redactado y suscrito por Lenin, en el que se proclamaba como principal tarea de la clase obrera la liberación de la Humanidad de los horrores de la guerra y sus secuelas. El capitalismo ha sido y sigue siendo fuente de guerras y de peligros de guerra, mientras que el socialismo y la paz se hallan orgánicamente interconexos. La política leninista de coexistencia pacífica de Estados con distinto régimen social es la única política posible y realista en nuestro mundo dividido en dos sistemas opuestos.

Los fundadores del marxismo enseñaban que la comprensión de las fuentes del peligro de guerra es un importante factor organizador en las luchas para conjurar la guerra y para combatir a sus incendiarios. En la defensa de la paz, en la lucha contra los designios agresivos de los Estados burgueses es colosal el potencial de la clase obrera, cuyo deber, como explicaba ya Marx, es el «de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan; y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia... sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones»¹¹.

Al explicar toda la profundidad del peligro que se cierne sobre la Humanidad, los marxistas-leninistas muestran de dónde procede. El peligro de la catástrofe nuclear lo ha creado el imperialismo norteamericano. Lo refuerzan hoy los medios militaristas más agresivos obcecados por el odio clasista al socialismo, que determinan las acciones de la presente administración de los EE.UU.

La peculiaridad de la situación internacional de nuestros días consiste en que el imperialismo ha llevado la civilización contemporánea a la raya tras la cual se perfila el peligro real de su aniquilamiento. Esto quiere decir que las perspectivas de solución del problema histórico universal de la emancipación social de la Humanidad depende de la supresión del peligro de hecatombe nuclear que se ha cernido sobre ella. Hoy día la paz no es

¹¹ C. Marx y F. Engels, t. 16, pág. 11.

simplemente una condición favorable para el progreso social, sino una premisa vitalmente indispensable para lograrlo.

Impedir la catástrofe nuclear es lo más importante y lo principal en la política mundial y en la actividad de los comunistas y de todos los pueblos. En el caso de hecatombe nuclear no quedaría en el planeta un rincón donde pudiese continuar la civilización humana y, posiblemente, la propia vida. La catástrofe sería global y total. En virtud de este peligro, el mantenimiento de la paz se ha erigido en valor de toda la Humanidad.

Por lo tanto, de las bases humanas de nuestra concepción comunista del mundo, de la naturaleza pacífica del socialismo, de los intereses cardinales de la clase obrera y de toda la Humanidad se desprende la actitud de los marxistas-leninistas ante la guerra nuclear: indiscutiblemente somos adversarios de la misma, la estimamos inadmisible y haremos todo para impedirla. Al expresar la postura de los comunistas soviéticos sobre el particular, el compañero Yu. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS, declaró: «Hay que ser verdaderamente ciego ante las realidades de nuestra época para no ver que el torbellino nuclear, comoquiera y dondequiera que estallase, escaparía inevitablemente al control y produciría una catástrofe universal. Nuestra posición en este aspecto es clara: no se puede admitir que estalle una guerra nuclear, sea pequeña o grande, limitada o total. Hoy no existe tarea más importante que la de maniatar a los incendiarios de una nueva guerra. Esto lo exigen los intereses vitales de todos los pueblos»¹².

En nuestros tiempos de gran responsabilidad, cuando se deciden los destinos de la Humanidad, los soviéticos sacan de las ideas de Marx su optimismo social y la seguridad de que se logrará impedir la hecatombe nuclear, de que la causa de la paz y del comunismo triunfará. El optimismo de los comunistas se asienta sobre el conocimiento de las leyes de la historia, la capacidad de reconocer y evaluar sin temor el peligro que se cierne, en la decisión

¹² Yu. Andrópov. *Sesenta Aniversario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*. Moscú, 1982, págs. 21-22.

de luchar contra él, en el análisis de los factores que permiten evitarlo, en la comprensión de que las fuerzas de la paz y la revolución crecen en la marcha de la lucha misma.

Hoy día se ve prácticamente confirmado el convencimiento de Marx de que la supresión del dominio del capital, principal fuente de guerras anexionistas, el nacimiento y la afirmación de la nueva sociedad, la socialista, interesada en la labor creadora y pacífica, tenderán el camino de la paz duradera en la tierra. Al expresar esta seguridad, Marx escribía: «... frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la *paz*, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: *el trabajo*»¹³.

Al echar una mirada a la marcha de los acontecimientos mundiales y evaluar la experiencia histórica desde cuando Marx y Engels creaban los fundamentos de la concepción comunista del mundo, vemos claramente que:

— la vía maestra del desarrollo mundial corresponde a la perspectiva del tránsito revolucionario de la formación socioeconómica capitalista a la comunista, perspectiva descubierta por ellos;

— el proceso histórico de liberación de la Humanidad de la explotación, de la opresión social y nacional y las guerras se realiza como resultado de amplios movimientos populares, correspondiendo el papel rector a la clase obrera, cuya misión histórica universal descubrieron y argumentaron Marx y Engels;

— la fuerza reconocida, organizadora de las masas en su lucha contra el imperialismo, por la paz y el socialismo es el partido de la clase obrera, que se guía por la teoría revolucionaria cuyas bases sentaron Marx y Engels.

Nuestro partido arranca de que para la fructífera solución de los problemas que plantea el desarrollo social contemporáneo, para lograr nuevos éxitos en el avance del socialismo por el camino del comunismo, para el triunfo

¹³ C. Marx y F. Engels, t. 17, pág. 5.

de la paz en el mundo entero es imprescindible el marxismo-leninismo. Precisamente sobre la base del marxismo-leninismo se han enriquecido la teoría y la práctica revolucionarias con un aporte creador tan importante como la concepción del socialismo desarrollado, elaborada por el PCUS y otros partidos hermanos, la revelación de las peculiaridades del proceso revolucionario mundial cuando el socialismo real ha devenido factor determinante de la política internacional.

La construcción del socialismo en la URSS y otros países ha venido a ser la encarnación real y una confirmación viva de la doctrina de Marx. La revolución socialista mostró la razón que tenía Marx al decir que el capitalismo como régimen social estaba condenado a perecer, y sólo la exitosa construcción del socialismo ha podido confirmar la conclusión cardinal y principal de la teoría de Marx, la de que es posible hacer realidad los ideales comunistas. El significado de alcance histórico universal de la construcción del socialismo en la URSS y en varios países más consiste precisamente en que ha mostrado a la clase obrera internacional y a todos los luchadores por el progreso que nuestro ideal comunista no es una utopía, sino una causa real y factible. Con ello se han afianzado los fundamentos morales del movimiento comunista y obrero. Al mismo tiempo se han creado condiciones cualitativamente nuevas para el continuo desarrollo creador de la teoría del socialismo científico. Antes la teoría socialista se elaboraba partiendo del análisis de las contradicciones y tendencias del desarrollo de la sociedad burguesa. Hoy esta teoría no descansa sólo sobre dicho análisis, sino que dispone de una base propia, del socialismo real y en constante progreso. Se han acrecentado mucho también los problemas de la ciencia marxista-leninista, ya que se trata de la solución de problemas teóricos y prácticos de la construcción del comunismo difíciles y completamente nuevos.

La construcción del socialismo en la URSS y otros países ha marcado un peldaño cualitativamente nuevo en los destinos históricos de la doctrina de Marx y en el progreso social de la Humanidad. Del gran significado de dicha teoría para nuestra época, para la creación de la nueva

sociedad se habla en forma brillante y circunstanciada en el artículo de Yu. Andrópov «La doctrina de Carlos Marx y algunas cuestiones de la edificación socialista en la URSS» publicado en la revista *Kommunist*. Se examinan en él con gran profundidad y de modo muy concreto los grandiosos resultados y los problemas candentes de la construcción del socialismo y las vías de su solución. Se centra en él una y otra vez nuestra atención en la necesidad de investigar los problemas fundamentales de la teoría y de superar toda clase de ejercicios teóricos sugeridos nada más que por la coyuntura y el escolasticismo.

Por supuesto, la principal premisa para esta labor deben ser las investigaciones fundamentales en los apartados básicos de la doctrina marxista-leninista: en la esfera de la filosofía, la economía política y el comunismo científico. El eslabón rector sigue siendo la elaboración de la dialéctica materialista como método seguro y eficaz de las ciencias sociales en el conocimiento de los procesos objetivos, como teoría filosófica de la renovación revolucionaria del mundo. Trátase, ante todo, del estudio de nuevas formas de lucha de los contrarios en el desarrollo mundial, de nuevas fuentes de desarrollo y nuevos tipos de contradicciones en el devenir de la formación social comunista, del análisis de su naturaleza y peculiaridades. El desarrollo y la aplicación de la dialéctica constituyen una condición indispensable para seguir elaborando la economía política, el comunismo científico y todo el conjunto de ciencias sociales, base para la visión científica del porvenir y la intelección teórica de los problemas de la construcción del comunismo.

En los últimos tiempos han aparecido trabajos sobre teoría de la dialéctica, en los que se hacen tentativas de intelección filosófica de los procesos de desarrollo social contemporáneo, de sintetizar los adelantos de las ciencias naturales y sociales. Sin embargo, no podemos, como es lógico, contentarnos con estos intentos, y nuestro deber es investigar más a fondo los nuevos problemas de la teoría y la práctica. Ocupan el centro de la ciencia filosófica problemas de la dialéctica de nuestra época, sobre todo la dialéctica del devenir y el desarrollo del socialismo.

El gran significado de la teoría marxista-leninista

sobre las dos fases del comunismo, la teoría del socialismo como primera fase del comunismo, consiste precisamente en que la formación social comunista se concibe de modo dialéctico, es decir, en desarrollo, en su perspectiva histórica.

Entre los problemas teóricos generales del devenir y el afianzamiento del socialismo real reviste particular actualidad la investigación a fondo de la concepción de la sociedad socialista desarrollada formulada partiendo de la praxis de la construcción del socialismo y con los esfuerzos colectivos de los partidos marxistas-leninistas de los países que integran la comunidad socialista. La concepción del socialismo desarrollado crea una firme base teórica y metodológica para la continua investigación de las vías de avance hacia el comunismo y permite concebir en la forma más plena e integral la teoría del marxismo-leninismo acerca de las regularidades del desarrollo de la formación comunista, del tránsito de su fase primera e inferior a la segunda y superior.

La conclusión colectiva de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas sobre la etapa objetiva del desarrollo de la primera fase del comunismo —el socialismo desarrollado— es un valioso aporte a la teoría del comunismo científico. De ella se desprende, ante todo, que el tránsito a la fase superior del comunismo no puede comenzar inmediatamente, al lograrse el socialismo, que el socialismo no es una fase breve, sino un largo período de desarrollo sobre una base propia con sus tareas específicas y métodos específicos de solución de las mismas.

Como es sabido, el problema de sobre qué base se desarrolla el socialismo se enfocó durante mucho tiempo partiendo de la caracterización que había dado Marx al período inicial del socialismo: «De lo que aquí se trata no de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos los aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede»¹⁴. Esta caracterización es justa para cualquier

¹⁴ Ibidem, t. 19, pág. 18.

país en el primer período de la construcción del socialismo. Ahora bien, en lo tocante a los países que han concluido la reorganización socialista ya no es justo considerar que su continuo desarrollo se realiza sobre la base que le ha dejado la sociedad capitalista y tratar de comprender, partiendo de esta premisa, el carácter de las relaciones sociales y las leyes que las reflejan. En estos países el desarrollo se produce sobre una base propia, respaldándose en las relaciones de producción y fuerzas productivas creadas por la nueva sociedad. Por consiguiente el desarrollo sobre una base propia significa que el socialismo en esta etapa se desenvuelve ya en condiciones y con premisas creadas por él mismo o, dicho en otros términos, reproducidas por él mismo.

La conclusión de nuestro partido acerca del desarrollo del socialismo sobre una base propia ha ofrecido una argumentación fundamental a la tesis de la más plena y consecuente utilización de los principios y leyes que le son propios. Así, la experiencia y la teoría han demostrado que en la etapa del socialismo desarrollado no cabe restringir, sino desarrollar y perfeccionar con sentido consecuente el principio básico del socialismo: «De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según su trabajo». Las tentativas de pasar por alto este principio y de suplantarlo con la distribución igualitaria sólo pueden socavar los estímulos de progreso de la sociedad socialista.

Los destacados éxitos y las dificultades que surgen en el proceso de la construcción del socialismo han mostrado hasta qué punto es importante la aplicación consecuente de las leyes de la reorganización revolucionaria de la sociedad descubiertas por el marxismo y qué peligro entrañan el olvido o la vulneración de estas leyes, el rezagarse o el afán de aventajarse a sus demandas.

La experiencia de los países socialistas ha confirmado que el socialismo puede triunfar plenamente y afianzarse sólo sobre la base de un único sector socioeconómico, asentado sobre la propiedad social de los medios de producción. Pero no pueden aportar éxito las tentativas de tránsito artificialmente acelerado del capitalismo y las relaciones precapitalistas directamente al socialismo, de supresión prematura de la circulación mercantil y la pe-

queña producción privada. Vemos qué clarividentes fueron las ideas de Marx acerca de la inevitabilidad y la necesidad de un período más o menos duradero de transición del capitalismo al socialismo. Recordemos con motivo de ello la inmensa importancia de la nueva política económica elaborada por Lenin y calculada para un tránsito gradual de la pequeña producción mercantil a los rieles del socialismo mediante su organización en cooperativas. Tratábase de la actitud de la clase obrera hacia el campesinado y otros pequeños productores, del reforzamiento de la alianza con ellos, de las vías de su incorporación a la construcción del socialismo.

Por otro lado, han resultado insostenibles las ideas de que el socialismo puede alcanzar un estado maduro y desarrollado con una proporción considerable de la pequeña producción mercantil y la producción privada. Tanto la teoría como la experiencia enseñan que la economía multisectorial es típica del período de transición del capitalismo al socialismo y que no se puede estimar completa y definitiva la victoria del socialismo si no ha terminado la socialización socialista de la producción a escala de toda la economía nacional. El socialismo maduro sólo puede desarrollarse y perfeccionarse sobre una base propia.

Al hablar de la importancia que tiene la observancia de las leyes objetivas de la construcción socialista cabe referirse también a la experiencia de la aplicación práctica de la teoría marxista de la reproducción. La fijación de la tasa óptima de crecimiento y las proporciones de la economía nacional, sobre todo la correlación entre la producción de medios de producción y la de mercancías de uso y consumo populares, sirve de garantía al progreso estable de la economía y la feliz solución de los problemas sociales. Y a la inversa, los errores en la planificación, la vulneración de los principios de la reproducción socialista y las proporciones en la economía nacional en uno u otro sentido crean ineludiblemente dificultades, torpedean el progreso de la economía y engendran peligrosas situaciones sociales. De ahí se desprende que la elaboración de la economía política del socialismo y la aplicación consecuente de las leyes económicas objetivas a las condicio-

nes concretas de cada país y cada etapa del desarrollo son una necesidad objetiva. Fijaba en ello la atención el XXVI Congreso del PCUS. También en el artículo del compañero Yu. Andrópov en la revista *Kommunist* se hace constar la imperiosa necesidad de profundas investigaciones en el dominio de la economía política del socialismo. De suyo se entiende que la investigación de la economía política debe guardar estrecha relación con la política económica, con la solución de los problemas de actualidad que plantea la economía nacional.

Importante problema teórico y práctico es el perfeccionamiento del sistema político del socialismo, el fomento de la democracia socialista contando con las perspectivas del avance de la sociedad socialista hacia la más y más plena realización de los principios de la autogestión comunista.

El socialismo conjuga orgánicamente el centralismo con la democracia y ejerce de modo consecuente la gestión de los asuntos estatales de abajo arriba por las propias masas populares ya bien directamente, ya a través de sus representantes auténticamente populares en los organismos de poder del Estado. Con tal motivo el PCUS presta constante atención a la óptima interacción de los distintos eslabones del sistema político, la democracia representativa y directa, la participación activa de las masas en la gestión del Estado, la actividad de los Soviets, los sindicatos, el Komsomol y otras organizaciones sociales, las colectividades laborales y las vías de elevación de la cultura política y jurídica de la población.

Así entendemos nosotros la esencia del centralismo democrático. Todo olvido de este principio, como muestra la experiencia, entraña grandes perjuicios. El debilitamiento del principio centralizado puede llevar a la lesión de los intereses de todo el pueblo y de todo el Estado, al predominio de los intereses localistas y a pretensiones exageradas de unos u otros grupos. El menoscabo y la vulneración de los principios de la democracia socialista engendran deformaciones burocráticas y encadenan la iniciativa creadora de las masas trabajadoras. El PCUS se guía indeclinablemente por la indicación de Lenin acerca de que el socialismo y la democracia son inseparables, que la

elevada organización y la disciplina estatal en la sociedad socialista son inconcebibles sin el fomento de la iniciativa creadora y la actividad de las masas populares.

Marx y Engels partían de que el desarrollo de los principios democráticos debe ir conjugado con el prestigio de los dirigentes y la disciplina ejecutiva a todos los niveles. La actividad conjunta y combinada de muchos trabajadores en la industria, el transporte y en cualquier dominio es imposible sin organización, y la organización es imposible sin disciplina y prestigio de los dirigentes, sin que todo el personal trabajador se subordine a ellos y al propio ritmo de producción. El querer acabar con el prestigio del dirigente en la gran producción significa querer acabar con la industria moderna¹⁵.

Lenin atribuía mucha importancia a estas indicaciones de los fundadores del comunismo científico y fijaba la atención en la necesidad de conjugar acertadamente la democracia y la disciplina, el principio colegiado y el mando unipersonal.

En su previsión científica Lenin denominaba la futura sociedad socialista también socialismo integral. Y eso es muy importante para comprender los problemas ligados al continuo afianzamiento y perfeccionamiento de la sociedad socialista desarrollada. Al hablar del socialismo integral, Lenin se refería al carácter integral, a determinada proporcionalidad y conmensurabilidad de todos los aspectos, en cierto sentido al carácter acabado de la sociedad socialista. Por lo tanto, se trata de que las fuerzas productivas correspondan a las relaciones de producción, la base, a la superestructura, la política, a la economía, el centralismo, a la democracia, los intereses personales, a los sociales, la ideología, a las condiciones materiales de la vida de la sociedad, la conducta de la gente, al grado de desarrollo social, etc., etc.

Por supuesto, es más difícil establecer la proporcionalidad y la conmensurabilidad de los multiformes elementos y aspectos de la vida social en proceso de rápidos cambios que, digamos, de los elementos químicos en las balanzas de laboratorio. La superación de la desigualdad y

¹⁵ Véase *Ibidem*, t. 18, págs. 303-304.

las desproporciones, la conjugación óptima y armónica de todas las partes del organismo social sólo se logran por medio del incesante desarrollo de la sociedad socialista. El marxismo-leninismo jamás ha concebido la sociedad socialista como forma social invariable. El socialismo, escribía Engles, no es una cosa dada de una vez y para siempre, sino que está sujeto a constantes cambios y transformaciones¹⁶. La construcción del comunismo, su devenir real es un gran movimiento histórico, y, como todo movimiento, se desarrolla mediante la superación de las contradicciones.

Por algo en los últimos tiempos se discute activamente el problema de la correlación entre la unidad sociopolítica de la sociedad y las contradicciones en el socialismo, el problema del carácter y las formas de manifestación y superación de estas contradicciones. Hay que reconocer que estos problemas han sido poco investigados y en forma poco concreta por los filósofos.

Indicaciones básicas sobre este problema contiene el artículo del compañero Yu. Andrópov publicado en la revista *Kommunist*. Estas indicaciones arrancan de la tesis fundamental de Lenin: «Antagonismo y contradicción no son lo mismo. El primero desaparecerá y la segunda seguirá existiendo en el socialismo». Al citar este enunciado, el compañero Yu. Andrópov continúa: «Este postulado se ha confirmado en la práctica. De ello, sin embargo, no se desprende que se puede menospreciar las contradicciones no antagónicas y subestimarlas en la política. La vida enseña que si no se toman en cuenta las contradicciones que por su naturaleza no son antagónicas, pueden engendrarse grandes colisiones. Otro aspecto importante del asunto consiste en utilizar correctamente las contradicciones del socialismo como fuente y estímulo de su desarrollo ascendente»¹⁷.

Cabe recalcar estas observaciones, además, en vista de que las tesis de Lenin sobre la dialéctica del socialismo se interpretan a veces en forma abstracta, divorciada del tiempo y del lugar, y en varios casos de modo unilateral.

¹⁶ Véase *Ibidem*, t. 37, pág. 380.

¹⁷ El presente volumen, págs. 30-31.

El devenir y el desarrollo del socialismo constituyen toda una época histórica con sus etapas de ascenso hacia la fase superior del comunismo. Como muestra la experiencia, en esta época son importantes jalones la entrada de la sociedad en el período del socialismo, la construcción, en lo fundamental, de la sociedad socialista (la construcción de los fundamentos del socialismo), la victoria total y definitiva del socialismo, la construcción de la sociedad socialista desarrollada o la entrada en la etapa del socialismo maduro. Es natural que en cada etapa la sociedad tropiece con formas concretas de manifestación de las contradicciones. Sin embargo, a menudo se suele adoptar ante la dialéctica de las contradicciones, yo diría, un enfoque no histórico, o sea, no dialéctico. Así, al comprender mal la conocida tesis de Lenin acerca de que la unidad de los contrarios es relativa, convencional, pasajera, y la lucha de los contrarios que se excluyen mutuamente es absoluta, como es absoluto el desarrollo, el movimiento, hay quienes ven por doquier y siempre también en el desarrollo del socialismo sólo la agravación de los conflictos y la lucha y reducen la dialéctica del desarrollo del socialismo en todas sus etapas a la lucha de partes contrarias. Aunque de los fragmentos «En torno a la dialéctica» se enfiebre que se trata de contrarios que se excluyen mutuamente, es decir, de contradicciones de carácter antagónico. Teniendo en cuenta que estos sueltos de Lenin fueron escritos en 1915, no cuesta trabajo comprender que, de hablar de su significado político, van dirigidos contra las concepciones reformistas y conciliadoras de pacificación y cooperación de la clase obrera con la burguesía.

Sin embargo, los ideólogos de la «revolución cultural» de China, manipulando citas, proclamaron la inevitabilidad de los antagonismos y la lucha de clases hasta el comunismo completo y argumentaron con eso el desenfreno del terror y las persecuciones masivas respecto de los intelectuales, sobre todo los cuadros dirigentes. Desde luego, esto no era una dialéctica, sino la peor y la más dañina de las sofisterías adaptada a una viciosa práctica política.

Por principio, el marxismo está en contra de que la dialéctica se reduzca al antagonismo de las fuerzas contra-

rias, como lo hacía Dühring y los filósofos similares.

Pero suele haber otro extremo en la exposición de la experiencia de la construcción del socialismo. A veces se expone la dialéctica del devenir y desarrollo del socialismo como si no hubiésemos tenido guerra civil en nuestro país, como si no hubiese habido lucha para acabar con los kulaks como clase y con los elementos capitalistas en general. Aquí se olvida la indicación de Lenin de que, después de la victoria de la revolución, la lucha de clases no cesa, sino que se vuelve más encarnizada, que en el período de transición del capitalismo al socialismo esta lucha obedece al principio de «quién vencerá a quién». ¿Qué falta hace, pues, la dictadura del proletariado, si después de la victoria de la revolución socialista ya no quedan fuerzas hostiles al socialismo, no quedan contradicciones antagonistas entre el socialismo creciente y el capitalismo caduco?

Sabemos que algunos teóricos del movimiento comunista niegan por principio la necesidad de la dictadura del proletariado como tipo de Estado en el período de transición del capitalismo al socialismo. Esto arranca de la idea simplista de las vías de desarrollo del socialismo, la subestimación de la intensidad de la lucha de clases durante el tránsito al socialismo y, por lo tanto, la negación de la contradicción antagónica entre las fuerzas socialistas y los elementos capitalistas.

Prestaríamos un mal servicio a nuestros amigos si expusiéramos en forma unilateral y aligerada la experiencia de la construcción del socialismo, si expusiéramos en forma simplista la dialéctica del desarrollo del socialismo.

El socialismo no nace ya hecho y acabado y en el vacío. A la par con el joven sector socialista existen en el comienzo formas no socialistas, capitalistas, de economía. Por eso en la sociedad del período de transición, al lado de las contradicciones de carácter no antagónico existen contradicciones antagónicas del socialismo con los elementos capitalistas, sin hablar ya del antagonismo entre el socialismo y el capitalismo mundial. Habida cuenta de ello, el PCUS ha insistido en que se fije la atención en la necesidad de vigilancia revolucionaria respecto de los

enemigos de clase del socialismo y la aplicación de la política de principios para superar su resistencia.

Con la socialización de la producción no sólo en la ciudad, sino también en el campo, con la construcción de las bases del socialismo se suprime toda contradicción entre el carácter social de la producción y la propiedad privada sobre los medios de producción, se liquidan las últimas clases explotadoras y, a la vez, desaparece el antagonismo de clase. El sector económico socialista deviene el único dominante. Sirve de firme base de la sociedad la alianza cada vez más inquebrantable de la clase obrera y el campesinado koljosiano, así como la intelectualidad trabajadora. Pero, durante cierto período persiste un abigarrado conglomerado de elementos ajenos al socialismo procedentes de la burguesía urbana y rural, distintos grupos de intelectuales burgueses, ex miembros de partidos burgueses y pequeñoburgueses, participantes en organizaciones nacionalistas burguesas, etc. Instigados y respaldados por los imperialistas, los elementos hostiles siguen oponiéndose a la construcción del socialismo y se mantiene aún la necesidad de dictadura del proletariado no sólo para que el Estado dirija la sociedad, sino igualmente para aplastar esta resistencia.

Desde luego, surgían y se superaban contradicciones de carácter no antagónico. Ya después de la Gran Guerra Patria, es decir, después de que el socialismo construido en la URSS resistió las pruebas histórico-universales, en nuestro país se estimaba que podían surgir contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción también en la sociedad socialista. El partido arrancaba de que, siendo justa la política de los organismos dirigentes, estas contradicciones se resolverían con éxito, no podían convertirse en oposición y desembocar en conflictos. Pero sonaban también advertencias de que, en caso de una política desacertada, los conflictos podían ser inevitables y las relaciones de producción se convertirían en grave freno para el progreso de las fuerzas productivas. La atención del partido a estos problemas aseguró, considerada en conjunto, la correspondencia dinámica de las fuerzas productivas a las relaciones de producción, y las cosas no llegaban a convertirse en conflictos, aunque se

exteriorizaban ciertas desproporciones y no pocas dificultades en la economía nacional. Merced a los éxitos de la construcción del socialismo se robustecía la unidad social e internacional de la sociedad soviética y se acrecentaba el poderío económico y defensivo del Estado soviético.

Pero hay que tener presente también otra cosa. El progreso de ciertos países socialistas muestra que incluso contruidos los cimientos del socialismo no se descarta aún la posibilidad de activación de las fuerzas antisocialistas y de incremento del antagonismo con ellas en caso de embotarse la vigilancia, de alterarse la vinculación con las masas, de cometerse grandes errores y deformaciones en la política de los organismos dirigentes. La actividad subversiva de los restos de las clases y partidos hostiles, así como de los centros imperialistas de diversionismo, puede crear en estas condiciones un peligro para las realizaciones del socialismo.

La dialéctica reclama un análisis concreto de cada situación concreta. No se puede menos de ver que en los distintos países, en el proceso de la construcción del socialismo, el grado de encono de la lucha entre las fuerzas socialistas y los elementos contrarrevolucionarios depende en muchos aspectos del carácter del proceso revolucionario. En los países donde el tránsito de la etapa democrática de la revolución a la socialista se realizó en forma de insurrección armada y guerra civil, como sucedió en Rusia, donde los enemigos de clase del proletariado fueron derrotados en batalla abierta y el Partido Comunista, lo mismo que el Estado socialista, dieron prueba de elevada vigilancia de clase, la construcción y el desarrollo del socialismo transcurrieron en condiciones en que los elementos contrarrevolucionarios no se decidían a emprender acciones armadas y una confrontación directa con el Estado socialista. En cambio, en los países donde la transformación de la revolución democrática en revolución socialista se produjo por vía más o menos pacífica, los restos de las clases explotadoras y los partidos antiproletarios conservan fuerzas relativamente considerables y si, además, se hallan en condiciones de utilizar los errores y las debilidades de la dirección que ejercen el partido y el Estado, pasan, con el apoyo activo de los imperialistas, en un determinado

momento al ataque abierto contra los cimientos del socialismo. Así ocurrió en Hungría en 1956, así se produjo el desarrollo de los sucesos en Checoslovaquia en 1968, así se formaron y se desarrollaron en los años 1980-1981 los fenómenos de crisis en Polonia.

Los comunistas prefieren el desarrollo pacífico de la construcción del socialismo. Y esto es, por principio, posible y ha sido comprobado prácticamente en varios países donde el partido de la clase obrera y el Estado socialista aplican en forma consecuente la política de clase, limitan y desalojan hábilmente los elementos antisocialistas y refuerzan sin cesar las posiciones del socialismo.

La experiencia de la Unión Soviética prueba que cabe considerar nuevo jalón cualitativo en el desarrollo de la sociedad socialista el histórico viraje cuando el socialismo logra la victoria total y definitiva, cuando se alcanza la unidad social, ideológica y política de la sociedad. Precisamente con este nuevo estado cualitativo guarda relación el desarrollo del Estado de la dictadura del proletariado hasta convertirse en Estado socialista de todo el pueblo. En esta etapa en la sociedad ya no hay ni caben contradicciones sociales de carácter antagónico.

Con la total y definitiva victoria del socialismo y, luego, en la sociedad socialista desarrollada se robustece aún más la alianza de la clase obrera, el campesinado koljosiario y la intelectualidad popular, correspondiendo el papel rector a la clase obrera, gran fuerza motriz de la construcción del comunismo.

Por lo tanto, debemos abordar en forma histórica, es decir, dialéctica también el análisis de las contradicciones en el desarrollo del socialismo, poniendo al descubierto sus peculiaridades en cada fase del avance.

El socialismo desarrollado es una etapa objetiva nueva en el camino del comunismo. Al concretar las coordenadas históricas del desarrollo de la sociedad soviética, el compañero Yu. Andrópov subrayó que nuestro país se halla en el comienzo de esta larga etapa histórica que tendrá sus períodos y sus grados de crecimiento. Tampoco el socialismo desarrollado construido en la URSS es una forma social plenamente acabada en todos los aspectos, libre de

desproporciones, dificultades y deficiencias. La sociedad socialista, que se desarrolla ya sobre una base propia, tropieza aún con supervivencias del capitalismo, como advertía Marx.

La más vivaz es la contradicción entre el modo de vida socialista y la ideología que le corresponde, por una parte, y las supervivencias del capitalismo en la conciencia y la conducta de la gente, por otra. No cabe desentenderse de ese problema so pretexto de que ya hace mucho tiempo no tenemos capitalismo. En primer lugar, hay que tener en cuenta que el capitalismo para nosotros no es sólo cosa del pasado, es un enemigo vivo que hace indecibles esfuerzos para influir sobre nuestras gentes y, en segundo lugar, hay que contar con la fuerza extraordinaria de la tradición y la inercia social. Con tal motivo Marx decía figuradamente que las tradiciones de las generaciones muertas dominan, cual pesadilla, en las mentes de las vivas. La transformación de la conciencia de los trabajadores, incluida su vanguardia —la clase obrera—, es un proceso largo y complejo.

Las supervivencias del capitalismo evolucionan, se adaptan a las nuevas condiciones y se manifiestan bajo formas modificadas. La propiedad privada sobre los medios de producción ha sido suprimida, pero el individualismo, el egoísmo y el pancismo nacidos de ella siguen influyendo en la conciencia y la conducta de personas ideológicamente inestables. De ahí tales manifestaciones como la rapacidad, la codicia, la indebida actitud hacia el trabajo en empresas sociales y el despilfarro de la propiedad social. Pueden contribuir a la difusión de estas manifestaciones antisociales asimismo errores de cálculo y otras fallas en la labor económica, ideológica y política. Así se explica que sean intolerables la esperanza en el curso espontáneo de las cosas, la esperanza de que los fenómenos negativos desaparecerán automáticamente al desarrollarse el socialismo. Las concepciones y costumbres caducas y ajenas pueden no ya sólo conservarse, sino, incluso, reactivarse si no se sostiene una lucha sistemática y porfiada contra ellas. Las malas hierbas pueden crecer también en campo limpio si se le deja abandonado y no se le cultiva. La superación de todo lo caduco, lo que frena el avan-

ce, es una exigencia imperiosa de la teoría y la práctica socialistas.

Ahora bien, las contradicciones de la vida práctica no son sólo un freno, son, más que nada, una fuente de desarrollo, de progreso. Así ha sido y así será la contradicción entre lo nuevo, lo que nace y aparece y lo ya existente y establecido. Si no hubiese semejantes contradicciones no habría continuo progreso. Este género de contradicciones suele manifestarse con particular diafanidad en la esfera de la ciencia y la técnica. Aquí el respaldo a lo nuevo, a lo de vanguardia y la superación del conservadurismo, la rutina y el estancamiento vienen a ser la condición y fuerza motriz principales del progreso científico-técnico. Lo mismo cabe decir de todas las esferas de la vida social. Por algo las contradicciones entre lo nuevo y lo viejo, las situaciones conflictivas entre los innovadores y los conservadores ocupan un lugar tan considerable en la literatura del realismo socialista.

El CC del PCUS recalca que el perfeccionamiento del socialismo desarrollado, la superación de las dificultades que surgen, la solución de nuevos problemas y el avance hacia nuevas cumbres constituyen el contenido principal de la labor del partido y del pueblo soviético. En estas condiciones la principal tarea de las ciencias sociales es el análisis de las nuevas posibilidades y las nuevas fuentes y fuerzas motrices del desarrollo de la sociedad socialista.

El socialismo real viene a ser el sistema social más dinámico, lleno de fuerzas vitales y capaz de llevar a cabo grandiosas realizaciones históricas. Ya los éxitos logrados por los países socialistas en el fomento de la economía y la vida social, la cultura y el bienestar de las masas muestran palpablemente las inagotables posibilidades del nuevo régimen, sus ventajas indiscutibles frente al capitalismo. La conjugación de estas ventajas con los adelantos de la revolución científico-técnica sirve y puede contribuir aún más al progreso de la sociedad socialista. El PCUS atribuye importancia excepcional a la realización práctica de la conocida tesis de Marx sobre la transformación de la ciencia en fuerza productiva directa.

Como prueba Engels, cada nuevo descubrimiento en cualquier dominio teórico causaba viva alegría a Marx,

pero lo que más le alegraba eran los descubrimientos que ejercían inmediatamente una influencia revolucionaria sobre la industria y el desarrollo histórico en general. La ciencia no se erige de por sí en fuerza productiva directa sino sólo cuando sus adelantos se encarnan en medios de producción, investigaciones tecnológicas y, luego, en la creación de bienes materiales. La transformación de la ciencia en fuerza productiva directa, el empleo de sus adelantos en la práctica social desembocan en un amplio y activo movimiento social masivo y creador y se convierten en asunto de cada trabajador y de todo el pueblo.

Marx y Engels advertían más que nadie la interconexión de la ciencia, la técnica y la economía. Comprendiendo a fondo la dependencia de las relaciones económicas respecto del desarrollo de las fuerzas productivas y, sobre todo, del progreso de la ciencia y la técnica, se daban perfecta cuenta del efecto retroactivo que ejercía la economía sobre el progreso científico-técnico.

Es muy importante continuar estas tradiciones de Marx y Engels y, en particular, impulsar activamente las investigaciones científico-técnicas a la luz de la economía política del socialismo. Hay que reconocer que esta dirección de las investigaciones científicas no ha obtenido el debido desarrollo y no ha sido objeto de la atención que merece. En su tiempo, Marx fijaba la atención en la importancia del análisis cuantitativo en la ciencia económica y ofreció modelos de semejante análisis. Siguiendo estos modelos, nuestra ciencia económica se pertrechó con los métodos económico-matemáticos. Pero, si bien las investigaciones económico-matemáticas de los últimos años se han reforzado notablemente, no se puede decir lo mismo del análisis económico del progreso científico-técnico. En su tiempo, en muchos institutos técnicos y de ciencias naturales se fundaron secciones económicas y se trazaron medidas para coordinar las investigaciones técnico-económicas, pero esta importante obra no obtuvo el debido desarrollo. Los cálculos técnico-económicos se realizan de una manera u otra cuando se construyen diversas obras, mientras que la argumentación económica del progreso científico-técnico a nivel de la economía nacional por el momento se asegura deficientemente. Por lo visto, las institucio-

nes científicas económicas deben tomar inmediatamente la iniciativa y desplegar su actividad en esta dirección de importancia vital.

En los sentidos teórico y práctico es importante recalcar la profunda idea de Marx de que la ciencia es fruto del trabajo común y patrimonio de toda la Humanidad. Las tentativas que hacen los imperialistas norteamericanos y sus aliados para romper los vínculos internacionales, organizar el bloqueo científico-técnico de la Unión Soviética y los demás países de la comunidad socialista y aplicar la política de aislamiento en la esfera científica significa socavar los fundamentos del progreso de la ciencia y el potencial creador general de la humanidad civilizada. No cabe duda de que esta política irracional de la administración norteamericana, al contradecirse con las leyes del desarrollo de la ciencia, será refutada por la propia vida.

El siglo transcurrido después de Marx ha sido distinguido por el triunfo cabal de su teoría desarrollada luego por Lenin y otros seguidores. El mundo ha cambiado por entero desde entonces bajo el efecto de los movimientos de liberación inspirados por las ideas del marxismo-leninismo. Los principales eventos del siglo XX han sido la Gran Revolución Socialista de Octubre, la construcción del socialismo en la URSS, la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial, la victoria del socialismo en varios países y la formación del sistema mundial del socialismo, el robustecimiento de las posiciones y del papel de la clase obrera en los Estados capitalistas, el hundimiento del sistema colonial del imperialismo y la gran envergadura de la lucha de liberación nacional de los pueblos.

La experiencia histórica del siglo XX ha mostrado en forma particularmente palpable que el capitalismo es en todos los aspectos el principal freno que impide el progreso, el más grave obstáculo que se levanta en el camino de la solución de los cardinales problemas sociales de la humanidad resueltos ya con todo éxito o en fase de solución en los países socialistas. El capitalismo es el culpable de que en la mayor parte del mundo prosigan y se recrudezcan

la explotación del hombre por el hombre, la opresión racial y nacional, el caldeo de la tirantez internacional y del peligro de guerra y se agraven los problemas globales.

Las orientaciones teóricas de Marx desarrolladas con espíritu creador en las nuevas condiciones históricas por Lenin permiten evaluar científicamente las principales tendencias en el desarrollo de la sociedad capitalista. La contradicción fundamental del capitalismo—la que existe entre el trabajo y el capital—adquirió después de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre proporciones y profundidad aún mayores como contradicción universal entre los dos sistemas, en primer lugar, y, en segundo lugar, como contradicción dentro del marco de la sociedad capitalista entre la gran mayoría de la población trabajadora y los monopolios. Nuevo elemento de esta contradicción del sistema capitalista es igualmente el antagonismo entre los países dependientes y los centros del imperialismo, que aplican la política neocolonialista. Finalmente, en la dirección del resquebrajamiento de los pilares sociales del capitalismo contemporáneo rige asimismo la revolución científico-técnica.

La herencia teórica de Marx para los problemas del progreso científico-técnico bajo el capitalismo ofrece la clave para el análisis científico del carácter y las secuelas sociales de la revolución científico-técnica en la fase contemporánea del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y las corporaciones transnacionales. La revolución científico-técnica multiplica objetivamente las premisas materiales para el tránsito del capitalismo al socialismo y conduce a un nivel aún más alto de socialización e internacionalización de la producción y al agravamiento de las contradicciones entre el carácter social de las fuerzas productivas y la propiedad capitalista.

El acrecentamiento de todo este conjunto de contradicciones mina los pilares, intensifica y profundiza la crisis general del capitalismo.

La doctrina de Marx y Lenin sobre el carácter cíclico del desarrollo de la economía capitalista permite hacer un análisis integral de los problemas clave de la crisis económica contemporánea en el sistema capitalista, los problemas de la inflación, el desempleo y otros males incurables

del régimen burgués. Gran importancia tienen en relación con ello las conclusiones básicas marxistas-leninistas sobre las funestas secuelas de la militarización de la economía capitalista, que ha adquirido en nuestros días proporciones sobremanera peligrosas.

Marx prestó atención especial en sus trabajos al papel del Estado burgués en el funcionamiento de la economía, en los problemas del proteccionismo, la política impositiva, etc. Continuando este análisis en el siglo XX, Lenin puso al desnudo la ensambladura del Estado con los monopolios capitalistas y reveló los rasgos fundamentales del capitalismo monopolista de Estado.

Marx y Engels advirtieron en su tiempo que la concentración de la producción lleva al monopolio, a la ruina y el desalojamiento de los pequeños productores. Pero el monopolio no elimina la competencia, sino que, siendo su antagonista, coexiste con ella¹⁸.

Al analizar la dominación de los monopolios bajo el imperialismo y al definir el imperialismo como capitalismo monopolista, Lenin recalca que semejante capitalismo era una mezcla de libre competencia con monopolio¹⁹. Los monopolios, al brotar de la libre competencia, no la suprimen, sino que existen al lado de ella y por encima de ella, engendrando así una serie de contradicciones, roces y conflictos particularmente agudos y bruscos²⁰. No ha habido y hoy no existe capital puramente monopolista, los monopolios existen al lado de empresas privadas no monopolizadas, al lado del mercado, la competencia y las crisis. «Precisamente esta conjunción de los dos 'principios' contradictorios, a saber, la competencia y el monopolio, es la esencia del imperialismo, es esto —escribía Lenin— lo que lo conduce a su bancarrota final, es decir, a la revolución socialista»²¹.

Hoy el problema de la regulación monopolista de Estado de la economía ha adquirido particular actualidad en el aspecto tanto científico como político. La crisis de los métodos burgueses de regulación se vuelve cada vez más

¹⁸ Véase C. Marx y F. Engels, t. 4, pág. 166.

¹⁹ Véase V. I. Lenin. *O.C.*, t. 27, pág. 335.

²⁰ Véase *Ibidem*, pág. 386.

²¹ *Ibidem*, t. 32, pág. 146.

profunda, pero las clases gobernantes disponen todavía de no pocas reservas y, como es natural, no piensan renunciar voluntariamente al poder y los resortes económicos de su estabilización.

Partiendo de la idea de los fundadores del comunismo científico y la experiencia del desarrollo del socialismo mundial, la clase obrera y sus partidos elaboran sus programas alternativos de fomento socioeconómico en beneficio de la mayoría de los trabajadores y con el fin de pasar al socialismo.

La principal particularidad de nuestra época es la creciente polarización de las fuerzas sociales tanto en la arena mundial como dentro del sistema capitalista, la agravación de la lucha entre las fuerzas del progreso y las de la reacción, las fuerzas de la paz y las de la agresión imperialista. El socialismo mundial y la clase obrera internacional constituyen el respaldo principal del progreso histórico. Al desplazamiento de los medios gobernantes de los Estados imperialistas hacia la derecha, hacia la reacción, el militarismo y la agresión belicosa se opone el reforzamiento de la lucha de las fuerzas democráticas contra el capital monopolista y su reaccionaria política interior y exterior.

El hundimiento de los imperios coloniales se vio acompañado de la formación de decenas de jóvenes Estados cuando los pueblos liberados se separaron de las metrópolis imperialistas. Pero el libre desarrollo nacional y el progreso social de la mayor parte de estos pueblos tropiezan con la tenaz oposición de las potencias imperialistas que, contando con el apoyo de la reacción interior, aplican la política de neocolonialismo. Las perspectivas de acercamiento y unión voluntarios de las naciones y la consolidación internacional de la Humanidad dependen del éxito en la lucha de los pueblos contra el imperialismo por la total independencia no sólo política, sino también económica, por el desarrollo universal de las naciones y la cultura nacional. «De la misma manera que la Humanidad —escribía Lenin— podrá llegar a la supresión de las clases sólo a través del período de transición que significa la dictadura de la clase oprimida, de esa misma manera podrá llegar la Humanidad a la ineluctable fusión de las

naciones sólo a través del período de transición que significa la emancipación completa de todas las naciones oprimidas, es decir, su libertad de separación»²².

Los imperialistas ponen en juego todos los medios para dividir y enfrentar los pueblos liberados, indisponerlos con los países socialistas e implantar en los países en desarrollo el anticomunismo y el antisovietismo. Pero los intereses cardinales de los países en desarrollo divergen en su base misma de la política imperialista, conducen objetivamente a la comprensión de la fecundidad y la necesidad de fomentar y reforzar los vínculos con los países socialistas y el movimiento obrero internacional.

Es también un rasgo distintivo de nuestros tiempos la entrada de varios Estados nacionales jóvenes por el camino de la orientación socialista, con lo cual se ha visto confirmada una vez más la idea de Marx y Lenin acerca de la posibilidad, con el apoyo de los Estados socialistas, del tránsito gradual de países ayer atrasados al socialismo soslayando la fase del desarrollo capitalista.

Todo esto ofrece fundamento para decir que los procesos de renovación social del mundo que se producen hoy, los procesos del devenir de la nueva formación social, la comunista, son expresión en nuestros días de la ley mundial universal del desarrollo descubierta por los fundadores del marxismo-leninismo.

El socialismo mundial, al desarrollarse y perfeccionarse, ha hecho y sigue haciendo un aporte invalorable al progreso histórico universal de la Humanidad, haciendo patente la fuerza vital del marxismo-leninismo.

El nombre de Marx goza de profundo respeto entre las masas trabajadoras en el mundo entero, su doctrina y su causa viven y siguen ejerciendo poderosa influencia en el desarrollo del pensamiento social y la marcha de la vida social.

Nada tiene de extraño que la teoría de Marx haya despertado y siga despertando el odio encarnizado de la burguesía y sus ideólogos, ya que, además de predecir la objetiva inevitabilidad del hundimiento del capitalismo, sirve en manos de la clase obrera de arma espiritual en la

²² V. I. Lenin. *O.C.*, t. 27, pág. 256.

lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad.

Desde la época del nacimiento del marxismo ha habido muchos críticos que le oponían sus concepciones ideológicas en calidad de «ejemplo» para la Humanidad. Todos ellos han desaparecido del escenario histórico sin dejar huella, mientras la historia ha seguido el camino de Marx, bajo la bandera del marxismo. En torno de la herencia ideológica de Marx se libra una enconada lucha. Y sus adversarios contemporáneos sufren una derrota tras otra. Los ideólogos burgueses y revisionistas han proclamado ya muchas veces el marxismo doctrina «muerta», «osificada», «petrificada» que ha perdido su eficacia en el mundo cambiado. Ahora bien, el que estos ideólogos tengan que volver una y otra vez a repetir semejantes declaraciones viene a ser una prueba más de que la doctrina de Marx sigue viva, en proceso de desarrollo creador, reforzando y ampliando su influencia en el mundo entero. Es característico también el que en los últimos años los teóricos del social-reformismo se dirijan con más y más frecuencia a Marx, a quien habían rechazado, proclamado «envejecido» y «refutado».

Ni una sola teoría reformista y revisionista ha llevado en la práctica a la construcción de una sociedad diferente del capitalismo. El marxismo-leninismo es la única teoría en consonancia con la cual una parte considerable de la Humanidad ha roto el marco del capitalismo, ha construido una sociedad nueva, socialista, y se realiza el tránsito del capitalismo al socialismo a escala mundial.

Ya estas realidades de la praxis social de nuestros días permiten destacar el marxismo entre todas las demás doctrinas filosóficas, sociológicas, económicas y políticas como doctrina única por el poder de su previsión científica, su razón, su papel histórico social y su fuerza atractiva.

En nuestros días, el marxismo desarrollado y enriquecido con espíritu creador por Lenin y otros continuadores de la causa de Marx viene a ser no ya sólo una esfera del conocimiento científico y de investigación de la práctica social. A través de la política y la actividad práctica marxista-leninista de los partidos revolucionarios de la clase obrera el socialismo científico se materializa en la praxis

de la lucha de clase de los trabajadores, en la praxis de la construcción del socialismo y el comunismo. Como resultado de ello la aplicación de la ciencia social se enriquece con la experiencia de cada partido y cada pueblo.

Hoy estamos en el derecho de decir: las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin se han afirmado en el movimiento comunista mundial como la única concepción científica del mundo de la clase obrera. Y, a nuestro juicio, esta es la razón de que cumpla con éxito su función de fuerza política más influyente de nuestros tiempos en la lucha por la paz y el socialismo, contra el imperialismo. Vemos en ello igualmente la garantía de la firmeza de los vínculos fraternales entre los trabajadores de todos los países y la eficacia del internacionalismo proletario que multiplica la influencia de la clase obrera en cada país y en la palestra internacional.

La doctrina de Marx-Lenin es patrimonio general e internacional de la clase obrera del mundo entero, de todos los adeptos al socialismo. Se desarrolla y se enriquece merced tanto a la labor creadora colectiva de los partidos comunistas y obreros como al aporte que hacen al acervo común del marxismo-leninismo cada partido, así como colectividades de hombres de ciencia y diferentes teóricos. Ni esta doctrina, considerada en conjunto, ni cualquiera de sus partes integrantes, ni unas u otras tesis pueden ser objeto de monopolio nacional o continental. Las investigaciones marxistas, traten de procesos mundiales o nacionales, son siempre internacionales independientemente de quien las realiza. No puede haber filosofía, economía política y teoría socialista marxistas nacionales o regionales. En este sentido el marxismo-leninismo no se diferencia de cualquier otra ciencia: la matemática o la física, la biología o la química.

La grandeza y el inmarcesible significado internacional del marxismo-leninismo vienen condicionados por el hecho de que esta doctrina ha puesto en claro las tendencias y regularidades básicas del desarrollo social a lo largo de toda la historia mundial, comprendidos el capitalismo, el período de su sucesión revolucionaria por el socialismo y el desarrollo de la sociedad socialista hasta llegar a la fase superior del comunismo. El significado in-

ternacional de las ideas de Marx viene condicionado, además, por haber dado a la clase obrera poderosos instrumentos de conocimiento que permiten hallar las soluciones de los problemas sociales que surgen en el difícil y multiforme camino histórico, en muchos aspectos desconocido, del comunismo. Esta es la razón de que la doctrina de Marx haya sido y siga siendo la estrella polar que guía las generaciones de revolucionarios, de luchadores contra el capitalismo y el imperialismo, que guía a los constructores del socialismo y del comunismo en todo el mundo.

Como es lógico, en los problemas que se refieren a la verdad científica del marxismo no caben compromisos ni concesiones ideológicas o teóricas. El abandono de la doctrina de Marx y Lenin viene a ser nada más que una forma de romper con su causa, la de la revolución socialista y del comunismo. Unido a los demás partidos hermanos, el PCUS vigila la pureza de la teoría marxista, rechaza toda tentativa de deformar su esencia de clase y científica y desecha las influencias ajenas a su espíritu crítico revolucionario.

El frente contemporáneo de la praxis revolucionaria y, en consonancia, de las investigaciones marxistas es extraordinariamente amplio, multiforme y grande. Trátase de que la propia época en que vivimos se distingue por el máximo dinamismo histórico, una extraordinaria diversidad y el carácter contradictorio de los procesos sociales. Es la época de la transformación cardinal de los fundamentos de la vida social, con la particularidad de que, a medida que se amplía la esfera de la renovación revolucionaria del mundo, más y más países adoptan el camino de las transformaciones socialistas en condiciones históricas nuevas, a menudo sustancialmente distintas y modificadas. De todo ello se desprende la imposibilidad de repetición exacta de las formas histórico-concretas de tránsito al socialismo que ya han asegurado su victoria en unos u otros países. La generalización de las formas concretas del movimiento hacia el socialismo viene a ser la principal premisa teórica para llevar los multiformes torrentes revolucionarios de nuestros días al cauce socialista. Cuanto más profunda sea la comprensión de la diversidad de formas concretas de tránsito al socialismo des

de el punto de vista de las regularidades generales a que obedece el devenir de la formación social comunista más fácil y acertadamente podrá nuestro pensamiento teórico discernir entre la multiplicidad de movimientos sociales de masas en unos u otros países las nuevas posibilidades del proceso revolucionario.

En el movimiento comunista, obrero y de liberación nacional deja cierta impronta la desigualdad del desarrollo socioeconómico y político. Vemos hasta qué punto son distintos los problemas que resuelven los partidos incluso pertenecientes a un mismo torrente revolucionario, trátase de partidos que actúan en países socialistas o en países capitalistas. Vemos hasta qué punto es grande la especificidad en la solución de problemas de un mismo orden. Son cada vez más los elementos nuevos y creadores que aportan la práctica social de los pueblos de cada país socialista y su cooperación en la solución de problemas comunes y nacionales del desarrollo socioeconómico. En la víspera del tercer milenio la humanidad ha tropezado con problemas globales que se manifiestan de distinta manera en los países con diferentes sistemas sociales y desigual nivel de desarrollo económico, o sea, los problemas energético, de los alimentos, ecológico, de las materias primas y del empleo de los adelantos que ha logrado la revolución científico-técnica. Muchos problemas peculiares plantean ante los comunistas la crisis económica extendida al mundo capitalista, y la lucha por el nuevo orden económico que se despliega en la arena mundial. Adquieren sustancial importancia los problemas de la más eficaz interacción política de las distintas fuerzas revolucionarias, y, ante todo, del socialismo mundial, el movimiento obrero y el de liberación nacional contra el imperialismo.

Al poner al descubierto las condiciones, los factores y los medios de emancipación de la clase obrera, Marx sacó la conclusión básica de que la exitosa lucha contra el capital y la realización del ideal comunista son imposibles sin la cohesión de los obreros de todas las nacionalidades, razas y países. El internacionalismo consecuente es el alma viva tanto de la teoría como de toda la práctica política del marxismo. Sin esto el movimiento obrero pierde su eficiencia. Marx advertía que la dispersión de sus esfuer-

zos puede costarle la amargura de la derrota general

El internacionalismo proletario de Marx fue adoptado y desarrollado por Lenin en calidad de principio básico de la política revolucionaria de la vanguardia comunista aplicado a la época del imperialismo y del tránsito del capitalismo al socialismo. El internacionalismo proletario constituye la base inquebrantable de la actividad del PCUS. Guiándose por sus principios, nuestro partido propugna consecuente el progreso de la cooperación, el fortalecimiento de la unidad y la solidaridad de los partidos comunistas y obreros hermanos en la lucha común por la paz y el socialismo. El internacionalismo proletario es para el PCUS el criterio con que éste comprueba su estrategia de la construcción del comunismo y su rumbo en política exterior. El internacionalismo proletario determina su multiforme apoyo a los pueblos que luchan por la libertad, la independencia y el progreso social.

Hoy, cien años después de Marx, se presenta con todo brillo y plenitud la fuerza invencible de sus ideas y la vinculación indestructible de éstas con el movimiento liberador de nuestra época. En la creciente difusión de la doctrina del marxismo-leninismo entre las masas ven los comunistas un medio eficaz para ganar los pueblos al lado del socialismo, de los grandes ideales comunistas.

Merced a la influencia del marxismo-leninismo y su transformación en historia viva del socialismo real han adquirido significado básico en nuestra época las tres ideas siguientes:

- la idea de la igualdad social y del desarrollo universal del individuo sobre la base del modo socialista de vida;
- la idea de la liberación nacional y del desarrollo nacional libre por el camino del progreso social;
- la idea de la paz duradera e inviolable entre los pueblos.

Bajo la bandera de estas ideas se acerca la humanidad de vanguardia a las postrimerías de un siglo y los albores de otro siglo, a las postrimerías de un milenio y los albores de otro milenio.

Así se ven confirmadas las proféticas palabras de Engels referentes a Marx: «¡Su nombre y su causa perdurarán en los siglos!»

R. KOSOLAPOV,

director de la revista *Kommunist*,
doctor en filosofía

MARX, SIEMPRE ACTUAL

La creación de Marx, que como logro científico constituye por sí sola una obra gigantesca, supera las demandas inmediatas de la lucha de clase del proletariado en nombre de la cual, en realidad, fue concebida. Tanto por su análisis escrupuloso y cabal de la economía capitalista, como por su método histórico de investigación, susceptible de ser aplicado en un campo inmensurable, Marx aportó mucho más de lo que era imprescindible para las necesidades prácticas de la lucha de clase.

Rosa Luxemburgo

Marx es inagotablemente profundo e invariablemente actual.

El legado ideológico de Marx no está sujeto a los efectos de la vejez.

En Marx siempre podremos encontrar una palabra que suena como si hubiese sido pronunciada hoy.

Marx sigue hoy en las primeras filas de luchadores activos por la reorganización social del mundo.

Sean cuales fueren las combinaciones de palabras, éstas o multitud de otras más, con que queramos expresar la lozanía eterna, la *constante actualidad* de las ideas de Marx, siempre convendría acompañarlas con una exposición cierta, exacta, circunstanciada y concreta de las verdades marxistas.

En primer lugar hay que tratar de lograr que, pese al aluvión cada vez mayor de toda clase de información, crezca continuamente el número de los que leen al *propio* Marx, y no sólo divulgaciones de sus obras.

En segundo lugar, no debemos subestimar el hecho de que el extraordinario poder metodológico del genio de Marx constituyó el ariete ante el que no fueron capaces de resistir, pese a decenios de persistentes contraataques, ni las murallas de la apologética burguesa ni las torres de la escolástica positivista. También la ciencia social burguesa experimentó a su manera su poderosa influencia. Actualmente a cada paso dan muestras de su actitud respetuosa hacia el Marx investigador quienes odian ferozmente al Marx revolucionario. En Occidente han aparecido no pocos autores aparentemente objetivos que siguen siendo fieles sabuesos de la clase capitalista, pero que se unen con placer «en público» al coro de los que ponen por las nubes al autor de *El Capital*. Los motivos pueden ser distintos, pero la idea central de sus peroratas consiste en anegar en alabanzas y cumplidos la esencia rebelde del marxismo y esconder a su fundador lo más seguro posible... en el museo de madame Tussaud.

Existe aquí un efecto conexo más. El cumplido del ideólogo de la reacción es como el beso de Judas. En ocasiones lo hace con el propósito de crear una impresión deformada, de provocar comentarios malintencionados sobre aquel a quien van dirigido. Por eso nunca está de más repetir los versos de Lessing que Lenin cita refiriéndose a Marx: «¿Quién dejará de alabar a Klopstok? ¿Pero lo leerán muchos? No, ¡Nosotros preferimos que nos ensalcen menos, pero que nos lean más!»¹

Se ha hecho tradición ya apelar a la imagen de Prometeo para hacerse una idea del papel revolucionario que Marx ha desempeñado en la historia. El ejemplo de este héroe mitológico que hurtó el fuego a los dioses para dárselo a los hombres, a quienes comulgó con la luz y el calor materiales, como garantía de luz y calor moral, y sufrió las consecuencias por ello, inspiró a Marx. Y, sin embargo, lo que Marx hizo es más grande que todos los relatos de los antiguos griegos sobre Prometeo. Marx dio al proletariado, a los pueblos, a la Humanidad, lo que no hubiera sido capaz de dar ni Prometeo ni ningún otro héroe: el conocimiento exacto de sí mismos y, con ello, de

¹ V. I. Lenin. *O.C.*, t. I, pág. 131.

las condiciones para emanciparse. Lo que a nadie se podía tomar prestado, lo que no había existido antes y había que *crear de nuevo*. En toda la historia precedente nada hubo que pudiera compararse siquiera con la obra de Marx. «La filosofía que Marx dio a la clase obrera, marcó un viraje en la historia del pensamiento social —dice Yu. Andrópov en su artículo «La doctrina de Carlos Marx y algunas cuestiones de la edificación socialista en la URSS»—. La Humanidad no conocía de sí misma ni una ínfima parte de lo que conoció gracias al marxismo. La teoría de Marx, representada en la integridad orgánica del materialismo dialéctico e histórico, de la economía política y la teoría del comunismo científico, constituyó una auténtica revolución en la mundividencia y, al mismo tiempo, iluminó el camino a profundísimas revoluciones sociales».

Grandioso es el edificio del marxismo. Y difícilmente puede hacerse uno marxista instruido habiendo leído algún que otro libro, aunque escrito con talento. El destino ineluctable del marxismo es su estudio sistemático y diario por un creciente número de personas, su vivo e incesante funcionamiento en la práctica revolucionaria creadora de las masas, su constante enriquecimiento sobre la base del material científico y práctico que se acumula. Eso es precisamente su existencia real, incompatible con cualquier clase de dogmatismo.

A veces nos preguntan a nosotros, los comunistas: «¿Acaso es correcto ahora, a fines del siglo XX, seguir una doctrina que fue formulada hace más de un siglo?». Pero, en rigor, nada proponen (¡ni pueden proponer!) como alternativa de entero valor. El «argumento de la edad» del marxismo suele ser generalmente el principal en boca de quienes desearían seducir a la Humanidad con el correteo tras las mariposas efímeras de todo género de conceptos superficiales que engendra sin cesar el pensamiento social burgués, tras lo que Lenin llamaba moda exánime. ¿Pero es que la «edad» de la verdad puede afectar a su dignidad? ¿No sucederá lo contrario, que cuanto más se ve confirmada la verdad por la realidad, más valiosa es? Los marxistas no se aferran, ni mucho menos, a cualquier particularidad de la doctrina de Marx que, naturalmente, puede

verse afectada por la erosión del tiempo, ni insisten en las valoraciones realizadas a base puramente de hechos ocurridos y que quedaron en el pasado junto con las situaciones que las generaron. Conocen perfectamente al mismo tiempo la fuerza del método dialéctico-materialista marxista y se han convencido en la realidad de que es la más importante conquista espiritual de la Humanidad en toda su historia milenaria. Y tal como es el método, es en principio la teoría.

Para mostrar la fuerza de actualidad de la doctrina de Marx no hace falta necesariamente buscar nuevas páginas suyas u otras que no han sido leídas hasta el fin. Creo que es mejor seguir otro camino más conocido pero siempre inédito: esclarecer una vez más los enunciados que, aparentemente, saben todos y que conservan a la vez su calidad irrefutable y palpitante actualidad. A fin de reducir más aún el objeto de este artículo citaremos las tres facetas del marxismo que serán abordadas y que son representativas.

¿De qué facetas se trata?

En primer lugar, de la concepción marxista de la enajenación y la explotación del hombre por el hombre, que es un veredicto científico del capitalismo.

En segundo, de la teoría marxista sobre la misión histórica universal de la clase obrera, la fuerza social llamada a ejecutar dicho veredicto y encabezar la creación de la nueva sociedad.

En tercer, de la viabilidad de las ideas de Marx, de su eficacia científica en el análisis del socialismo, como sistema social, ya conformado y consolidado.

Antes de proceder a la exposición del primero de los problemas planteados recordemos la conocida idea de Engels acerca de que *el marxismo halló en la historia de la evolución del trabajo la clave para la comprensión de toda la historia de la sociedad*².

El trabajo, cuyos elementos más simples son, según Marx, la actividad racional, los medios de trabajo y el objeto de trabajo, es la acción por la que el hombre opera

sobre una sustancia de la naturaleza para darle la forma precisa. En el trabajo el hombre descubre de uno u otro modo y desarrolla su naturaleza. Por el artículo podemos juzgar sobre el artífice, puesto que ha «objetivado» parcialmente a sí mismo comunicando al objeto exterior algo de su «yo» interno. Esta entrega, este «trasvase» al objeto de las facultades subjetivas y su transformación de propiedades inherentes al sujeto en propiedad del objeto exterior expresa la particularidad general del trabajo. De otro modo sería imposible adecuar el objeto a las necesidades de los hombres. A su vez, el consumo del producto creado, la devolución al trabajador de lo que ha transmitido al objeto en el proceso laboral es la apropiación de nuevo por el hombre de sus «fuerzas esenciales» y alimenta la afirmación mil veces repetida del mismo como sujeto de la producción. Este proceso reviste carácter de asimilación, de «subjetivación» del objeto, el cual aparece por sí solo como premisa importante de «objetivación». En la vida se observa un estrechísimo entrelazamiento de los mismos, su interpenetración y condicionamiento mutuos.

Los citados eslabones de la actividad humana, que se hallan íntimamente ligados y se contemplan uno al otro, son al propio tiempo diferentes y a veces se hallan separados en el espacio y el tiempo. El acto de la «objetivación» del sujeto en el trabajo puede ser separado del acto de asimilación, de «subjetivación» del producto del trabajo. Precisamente esta peculiaridad del trabajo —la diferenciación objetiva de la confección y el consumo, de la entrega y la asimilación— permite retrasar la devolución al productor de su artículo en la sociedad basada en la propiedad privada.

La «objetivación» por el hombre de sus facultades en el proceso del trabajo (relación «sujeto-objeto») existe y existirá mientras exista la producción social. Por lo que respecta a la sustracción de la plasmación material, del cúmulo de trabajo, de su producto en beneficio del que no trabaja —eso es precisamente la *enajenación social* en las relaciones entre los hombres—, surgió en una etapa determinada de la evolución social y reviste un carácter pasajero, temporal, aunque muy dilatado.

² Véase C. Marx y F. Engels, t. 21, pág. 317.

En la comunidad primitiva, la cual disponía de unos instrumentos extremadamente rudimentarios y producía tan poco que apenas bastaba para la supervivencia de los individuos que formaban parte de ella, ni que hablar había de enajenación del producto del trabajo. El escaso desarrollo de las fuerzas productivas, el bajo nivel de la productividad del trabajo, la práctica muy limitada y el desconocimiento de las leyes sociales y naturales hacían que el hombre dependiera totalmente de la naturaleza. Además de esa dependencia existía otra, muy rígida, de la propia comunidad. Esta no era, ni mucho menos, una libre asociación de individuos universalmente desarrollados, sino un colectivo de seres débiles e indefensos en solitario, los cuales solamente unidos eran capaces de adquirir el mínimo de fuerza para luchar con la naturaleza por su existencia. No existía la enajenación simplemente porque nada había que enajenar a nadie.

La propiedad privada y la esclavitud surgen a partir de una mayor productividad del trabajo que permite un cierto excedente o plusproducto sobre el mínimo de recursos vitales. Ese excedente precisamente pasa a ser el producto de enajenación. Dándose la circunstancia de que un grupo de individuos (que se consolida como clase explotadora) extrae en beneficio suyo el patrimonio porque los hombres, los trabajadores, se conviertan en propiedad suya, equiparándolos a los instrumentos de trabajo. Una situación análoga se da también en el feudalismo. La diferencia reside solamente en que en este caso el campesino se halla en dependencia personal del señor feudal como un apéndice de la tierra y de los medios de trabajarla que son propiedad del mismo.

En la producción capitalista, el operario no se halla en dependencia personal y ya no puede ser propiedad privada de nadie. Al propio tiempo carece de medios de producción. Adquiere la libertad personal pero sin una base material, una libertad que resulta ilusoria, pues permanece la dependencia económica respecto del propietario de los instrumentos y objetos de trabajo. Una y otra vez, al pasar a disposición del propietario de los medios de producción y no del trabajador-productor, el producto del trabajo «se opone al trabajo como un *objeto extraño*,

como una *fuerza que no depende del productor*»³. Con la particularidad de que «la realización del trabajo... su materialización aparece como una *marginación* del operario *de la realidad* y la objetivación aparece como la pérdida del *objeto y un avasallamiento por el objeto*»⁴.

Lo que produce el operario no reduce, ni mucho menos, la fuerza que lo domina y avasalla, sino que, por el contrario, la multiplica. Como escribió Marx en la primera variante de *El Capital* «el énfasis se pone no en la *objetivación* (*cosificación*), sino en la *enajenación* (*Entfremdet-, Entäußert, Veräußertsein*), en la pertenencia de un inmenso poderío de objetos, que el propio trabajo social lo ha contrapuesto a sí mismo como uno de sus elementos, en la pertenencia de ese poderío a las condiciones de la producción personificadas, esto es, al capital, y no al obrero»⁵. El producto del trabajo, que es una cosa creada por las manos del hombre, comienza a dominar sobre él. «Cuanto más se extenúa el obrero en el trabajo, tanto más poderoso se hace el mundo de los objetos ajeno a él y creado por él contra sí mismo»⁶ y tanto más pobre se hace desde el punto de vista material y espiritual.

Ya antes de la Revolución de Octubre, utilizando los datos de una investigación de las fábricas de Rusia, Lenin calculó la relación entre las ganancias del capitalista y el salario del proletario. El número de obreros era en aquella época de 2,25 millones y el total de sus salarios de 555,7 millones de rublos anuales. El salario medio anual se mantenía al nivel de los 246 rublos (20 rublos 50 kopeks mensuales). Las ganancias de los capitalistas ascendían a 568,7 millones anuales. Así pues, cada obrero le proporcionaba al capitalista 252 rublos, es decir, más de lo que ganaba. «De aquí se desprende —escribe Lenin— que el obrero trabaja *menos de la mitad* de la jornada para sí mismo, y *más de la mitad* para el capitalista»⁷.

Cuanto más fuertes son los contrastes que se observan en nuestros días. Si a mediados del pasado siglo el obrero norteamericano trabajaba alrededor de las tres quintas partes del tiempo para sí y las dos quintas restantes para el capitalista, un siglo después ya las dos terceras partes trabajaba para producir la plusvalía y una tercera parte nada más para sí. Durante el tercer cuarto de siglo,

³ Ibidem, t. 42, pág. 88.

⁴ Ibidem.

⁵ Ibidem, t. 46, parte II, pág. 347.

⁶ Ibidem, t. 42, pág. 88.

⁷ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 22, pág. 25.

la diferencia absoluta entre la ganancia media empresarial y el salario medio se multiplicó en EE.UU. por 3, en Francia por 6 y en Japón por 10. El grado de explotación se ha intensificado en especial en los sectores en que incide más poderosamente la revolución científico-técnica y es mayor la proporción de trabajadores calificados. *Al crear una base relativamente pequeña para su bienestar personal, el proletariado crea a la vez, en el mejor de los casos, una base económica igual (pero, generalmente superior) para su explotación.*

Después de la primera guerra mundial, especialmente después de la segunda, se produjeron en la vida interna de los países capitalistas desarrollados cambios notables. Junto con el poderoso influjo del sistema socialista mundial, fue aspecto positivo del progreso científico-técnico y un relevante efecto del incremento de la lucha económica, política e ideológica del proletariado, que sintió el apoyo seguro del socialismo organizado en Estado, que los explotadores en una serie de países industriales de Occidente comenzaron a dejar de atentar contra el mínimo de medios vitales del obrero ocupado. El aumento en cierta medida del bienestar material de los trabajadores en términos absolutos dio pie a la propaganda de los monopolios, para levantar, qué vez ya, la algarabía en torno a la «refutación» de la teoría de Marx sobre la explotación de la clase obrera. Este tipo de asertos se asientan en la constatación del hecho banal de que, en los últimos decenios del siglo XX, las condiciones de la producción capitalista no son las que existían en la época en que las analizara Marx. Se repite la vieja historia que nuestros adversarios prefieren no recordar, es decir, se emprende una especie de ataque como el que después de la muerte de Engels llevara a cabo el revisionista N° 1 Bernstein, contra el marxismo, contra la «teoría de la depauperación», teoría que es presentada de forma distorsionada y exagerada.

Pongamos la situación que existe en las «regiones fronterizas» del capitalismo en el sentido geográfico, esto es, los países que son objeto de explotación por parte de los Estados imperialistas desarrollados y las transnacionales. Pese al desmoronamiento del sistema colonial, el capital sigue operando en ellos sin escrúpulos y no renuncia a los métodos tradicionales de extraer beneficios. Los países liberados permanecen, en rigor, en la situación

de base de materias primas del imperialismo. De las primeras materias que se extraen del subsuelo de Asia, Africa y América Latina se abastece Japón en un 90%, y Europa Occidental en un 75%. Los jóvenes Estados, con una población el triple mayor que la de los países capitalistas, producen seis veces menos bienes industriales, y de 15 a 16 veces menos por habitante. En término medio, los salarios de los obreros de una determinada calificación son diez veces más bajos en Asia que en EE.UU.

A diferencia de las naciones en vías de desarrollo, el mecanismo de la depauperación en los países capitalistas industrializados se ha hecho más complicado y disimulado. Los índices bastante elvados de consumo medio por habitante alcanzados en ellos permiten encubrir habiliadosamente el hecho de que «la miseria no aumenta en el sentido físico, sino en el social, es decir, ahondando la desproporción entre el nivel creciente de las necesidades de la burguesía y de la sociedad en su conjunto y el nivel de vida de las masas trabajadoras»⁸.

El aumento en los países capitalistas desarrollados del bienestar económico de los asalariados como efecto del progreso científico-técnico (y bajo la presión de la lucha organizada del proletariado, así como del desarrollo del socialismo en varios países) en comparación con el nivel de antes de la guerra es un hecho de todos conocido. No obstante, no se puede menos de ver que durante el mismo período las ganancias de los monopolios capitalistas crecieron a ritmo inconmensurable en comparación con el mejoramiento de la situación material de los trabajadores. Ya de esta sola comparación se desprenden conclusiones bien precisas. La primera (y la más simple), el incremento del grado de explotación del personal asalariado de las fábricas y empresas, dado que la proporción de la riqueza social de la que se apropian los capitalistas sólo puede aumentar por ese motivo.

Junto a los métodos viejos, tradicionales, de explotación aparecieron otros nuevos cuyo surgimiento ha engendrado, a la vez, nuevas formas de depauperación de las masas trabajadoras.

⁸ Ibidem, t. 4, pág. 208.

La progresiva aplicación en la producción de los adelantos de la ciencia y la técnica conlleva un rápido aumento de operaciones mentales, una cierta «intelectualización» del trabajo. En el capitalismo eso significa que *pasan a ser gradualmente objeto de explotación cada vez más no sólo y no tanto las cualidades físicas del trabajador como las intelectuales*. La revelación de esta nueva fuente de ganancia enriquece sustancialmente la idea marxista relativa al mecanismo de opresión capitalista de las masas y de enajenación del trabajo.

Por un lado, aumenta el papel y el peso de los trabajadores intelectuales como objeto de explotación. Ello quiere decir que la esfera de la explotación absorbe el trabajo de nuevos y nuevos grupos de participantes en la producción. De otro lado, aumenta la posibilidad de una aplicación cada vez mayor en los países capitalistas industrializados de formas de opresión social, basadas en una «reorientación» de la explotación, que antes extenuaba principalmente los músculos de los trabajadores, a otra nueva, menos acusada para los obreros, pero más rentable para los explotadores, la del agotamiento del sistema nervioso.

El capitalismo, tras «descubrir» en la creciente explotación de la energía intelectual de los trabajadores una fuente nueva y más eficaz de extracción de ganancias, se convence de que no le conviene reducir el consumo de bienes que satisfacen sus demandas físicas y las culturales más elementales. Es más, comoquiera que con la tecnología moderna son muchas más las ganancias que se «extraen» de la calificación que de la fuerza física, los dueños de los monopolios prefieren habérselas con un obrero bien cebado y, a menudo, semiintelectual. Todo ello manteniéndose en pie, cuando no profundizándose, las lacras «habituales» del capitalismo: el paro masivo, que viene adquiriendo carácter crónico, la ausencia de hogar, la desnutrición y la miseria, en el sentido estricto de la palabra, que contrasta con el esplendor de escaparate del mundo burgués.

En ciertas condiciones y partiendo de sus intereses egoístas, la burguesía puede estar incluso interesada en que aumente la satisfacción de las demandas estandariza-

das de las masas. Al propio tiempo, *al margen de esos estándares permanecen otras demandas surgidas de nuevo que aumentan rápidamente en función del ascenso de la instrucción y de la revolución científico-técnica*. El capital sale ganando cuando valora el creciente «rendimiento» económico de las nuevas facultades, congelando por todos los medios (incluidos los ideológicos) la noción de las demandas.

Mientras no desaparezca la explotación, no desaparecerá la restricción del consumo de los trabajadores. Ahora, sin embargo, ésta va orientada en primer lugar a limitar el desarrollo *social* de los explotados, al tiempo que ese desarrollo es consecuencia necesaria y condición de la buena marcha de la producción moderna. Sólo la falta, hoy por hoy, de *medidas cuantitativas directas* del grado de satisfacción de las demandas sociales le permite a la burguesía ocultar el «secreto» de la explotación modelo segunda mitad del siglo XX. De ello se valen también los propagandistas burgueses, los cuales peroran a menudo sobre las posibilidades pretendidamente mayores del capitalismo para elevar el nivel de vida partiendo nada más de la confrontación de los *volúmenes físicos* de los bienes que se consumen en las potencias industrializadas de Occidente y en algunos países socialistas. Esta demagogia social distrae la atención de un sector notable de la población de los países capitalistas del *creciente subconsumo sociocultural de los trabajadores* y oculta el considerable *retraso del desarrollo de la personalidad* de cada individuo respecto a oportunidades que ya ha creado para ello la producción moderna.

El hecho de que actualmente se incluyan en el valor de la fuerza de trabajo notables recursos destinados a cubrir un amplio cúmulo de demandas socioculturales que no satisface el capitalismo prueba la necesidad de modificar el concepto de «miseria social». *En algunos países hoy en día el capitalismo puede evadir lucrarse a costa de una manifiesta desnutrición de las masas, aunque difícilmente sea capaz de perder la ocasión si se le presenta. Con todo, prefiere cada vez más enriquecerse a costa de su crónica inanición espiritual. No ha cambiado más que la forma de enajenación, la esencia permanece.*

No sólo de pan vive el hombre. Esta antigua verdad suena hoy con extraordinaria fuerza de actualidad. Además de un determinado grado de equipamiento, el estado actual de las fuerzas productivas implica un alto nivel técnico y cultural del trabajador de la producción. Las demandas, cuya satisfacción frenaba el capitalismo hace un siglo, y las demandas a costa de cuya insatisfacción se beneficia hoy, se diferencian por el origen, la forma y los bienes a los que se orientan, pero tienen la misma importancia vital para el individuo *si éste permanece al nivel del desarrollo histórico-cultural contemporáneo*. La modificación de la forma y la orientación de la explotación no conmueve en modo alguno la concepción marxista de la enajenación del trabajo sino que, por el contrario, la confirma con nuevos hechos.

En el contexto de la revolución científico-técnica, la producción capitalista crea una masa enorme de individuos que se hallan en la situación de proletarios y al mismo tiempo son trabajadores intelectuales. Al extraer de sus fuerzas intelectuales una plusvalía cada vez mayor va creando al mismo tiempo objetivamente un mundo creciente de demandas culturales que ya no son privilegio de una minoría limitada y burguesa en su base, sino que llegan a ser el fin y el sentido de la vida de un nuevo y numeroso ejército de explotados. Se ensancha el frente de la protesta y la lucha contra el sistema social burgués, el cual provoca nuevas demandas y al propio tiempo no crea las condiciones para que las satisfaga la mayoría de la población. Y es que el fin inmediato del modo de producción capitalista —el aumento del valor— no coincide con el fin absoluto de la producción: la creación de bienes para cubrir las demandas humanas. *La crisis del modo de producción burgués se está transformando también en crisis de la producción espiritual*. El malestar y la protesta se adueña no sólo de los trabajadores manuales, sino también intelectuales. La contradicción fundamental del capitalismo deviene cada vez más universal no sólo en principio, sino en la práctica.

¿Acaso no es una demanda material apremiante del hombre, que no se satisface fundamentalmente bajo el sistema capitalista, la de un libre trabajo-creación, para

la realización de la cual maduran las condiciones técnicas y productivas ya en el marco de la producción capitalista moderna, bajo el influjo de la revolución científico-técnica? A la orden del día está la creación de las condiciones sociales para ello, en primer lugar eliminar la explotación, lo cual sólo es factible con el triunfo del socialismo.

En la enajenación continua del producto del trabajo, de los resultados fundamentales, de la concentración de la actividad humana ve Marx la transformación de esta actividad misma en un proceso que no pertenece al hombre, en una incesante «autoenajenación» del proceso de trabajo. «Por eso el obrero se siente como lo que es sólo fuera del trabajo, mientras que en el proceso laboral se siente desligado de sí mismo. Es él cuando no trabaja, pero cuando está trabajando ya no es él. Por eso su trabajo no es voluntario, sino obligatorio; es un *trabajo forzoso*. No es la satisfacción de la demanda de trabajar, sino un *medio* para cubrir toda clase de demandas, pero no la de trabajar»⁹. La actividad del obrero, que no le pertenece a él sino al capitalista, deja de ser su propia actividad, «es la pérdida de sí mismo del obrero»¹⁰. De ahí que el *régimen explotador cultive objetivamente una actitud hacia al trabajo como si este fuera una obligación ajena, no digna del hombre*. La aversión hacia el trabajo para el explotador se transmite a veces a toda clase de trabajo. La enajenación moral del operario respecto del trabajo pasa a ser el reverso de la enajenación material del producto y del proceso de trabajo.

La vida productiva, dice Marx, es una forma especial de actividad vital inherente únicamente al género humano, una vida genérica especial del hombre en calidad de ser social. La enajenación del trabajo significa por eso la enajenación de la vida genérica, del principio social, y su carácter obligatorio hace de la forma de actividad vital auténticamente humana un medio de mantener la existencia física. La explotación vacía al hombre, le hace ajeno a su propia esencia, al trabajo.

⁹ C. Marx y F. Engels, t. 42, págs. 90-91.

¹⁰ Ibidem, pág. 91.

La actividad vital del hombre, su trabajo, pierden su significación propia y su valor si no prometen un resultado utilitario inmediato. De este modo se afianza la dependencia del hombre en lo esencial de sus demandas físicas (animales por su origen).

«Consecuencia directa de que el hombre se halla enajenado del producto de su trabajo, de su actividad vital, de su esencia genérica —asevera Marx—, es la *enajenación del hombre respecto del hombre*. Cuando el hombre se contrapone a sí mismo, es *otro* hombre el que se halla contrapuesto a él. Lo que puede decirse de la actitud del hombre hacia su trabajo, hacia el producto de su trabajo y hacia sí mismo, se puede decir también de la actitud del hombre hacia otro hombre, así como hacia el trabajo y el producto del trabajo de otro hombre»¹¹.

La reproducción de la base de la enajenación por el capitalismo moderno y la evolución simultánea de la sociedad burguesa van superponiendo unas sobre otras nuevas y nuevas contradicciones. El entrelazamiento económico entre individuos ha llegado a ser norma de la vida. La enajenación es multiforme. Se da entre viejos y jóvenes, entre instruidos y semianalfabetos, maridos y mujeres, blancos y de «color», trabajadores y estudiantes, individuos dedicados al trabajo creativo y no creativo, managers y robots vivos, civiles y militares, «palomas» y «halcones», etc., etc. De esta diversidad se vale hábilmente la élite gobernante. La «cura» que ella hace de las lacras de la sociedad capitalista se reduce a dos métodos: por un lado, la anestesia local, quitar el dolor con una diminuta inyección económica o una manipulación psicológica; por otro, la acupuntura, llamar la atención de la opinión pública sobre los sectores del organismo afectado que menos tienen que ver con las causas de la afección. ¿Con que fin? Con el de evitar una operación seria.

A primera vista puede parecernos que el hecho de la enajenación del trabajo incide de manera funesta solamente en los trabajadores y que los explotadores, que se apropian del producto, se enriquecen así y poseen

¹¹ Ibidem, pág. 94.

todas las oportunidades para perfeccionarse como individuos. Pero la dialéctica del proceso es tal que la base del bienestar de las clases pudientes —el trabajo enajenado—, es a la vez la fuerza que los deforma y deshumaniza.

Si los proletarios, que muestran una actitud negativa hacia el trabajo para los explotadores, realizan, aun así, su naturaleza humana en el proceso de la producción de objetos útiles, los burgueses aparecen mayormente en el papel de consumidores de los frutos del trabajo ajeno. En el sentido estricto de la palabra no se trata de una actividad humana, sino animal, aun cuando haya surgido sobre la base de la producción social y adquirido una determinada forma social. Eso es, desde luego, «la pérdida del hombre de sí mismo». «Aquí el obrero está desde el principio más arriba que el capitalista, por cuanto el último hunde sus raíces en este proceso de enajenación y encuentra en él su satisfacción absoluta, mientras que el obrero, como víctima suya, se rebela desde el principio contra él y lo concibe como un proceso de avasallamiento»¹².

Comoquiera que el capitalista hubo de ejercer funciones de capataz y de dirigente del proceso productivo, su actividad fue adquiriendo cierto contenido, pero el propio proceso del trabajo no aparecía sino como medio de incremento del valor. «El aumento por sí mismo del capital —la creación de la plusvalía— es, por consiguiente, el fin devorador, dominante y determinante del capitalista, su impulso (Trieb) absoluto y el contenido de su actividad; en realidad no es sino impulso racionalizado y el objeto del colector de tesoros, cuyo contenido pobre y abstracto por completo le obliga al capitalista, de un lado, a actuar en las condiciones de esclavitud de la relación capitalista exactamente igual que el obrero, y, de otro lado, en el polo opuesto»¹³. Tampoco el capitalista es libre para revelar su potencialidad creativa humana.

De estas afirmaciones incontestables no se desprende,

¹² Ibidem, t. 49, pág. 47.

¹³ Ibidem.

sin embargo, que todas las clases están igualmente interesadas en eliminar la enajenación. Esta idea la pregonan con machacona insistencia los ideólogos de la burguesía y del oportunismo de derecha al objeto de privar a los obreros de su consciente finalidad de clase y desorganizar la lucha política de las masas trabajadoras. La clase explotadora, lejos de experimentar la necesidad de la emancipación, se resiste por todos los medios a ello, y por tanto solamente el proletariado revolucionario es capaz de realizar la revolución socialista, de destruir las bases de la enajenación del trabajo y de todas las variedades de enajenación social.

A mediados de los años 40 del siglo XIX Marx y Engels «en lucha enérgica contra las diversas doctrinas del socialismo pequeñoburgués, idearon la teoría y la táctica del *socialismo proletario* revolucionario o comunismo (marxismo)»¹⁴. Ya en el *Manifiesto del Partido Comunista*, aparecido en febrero de 1848, se esboza «con una claridad y una brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente, aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico mundial del proletariado como creador de una sociedad nueva, de la sociedad comunista»¹⁵. Desde entonces, el problema de la misión histórica de la clase obrera imanta la atención de las ciencias sociales y de la práctica política, y la actualidad no lo invalida.

El proletariado es una clase especial que no tiene parangón en la historia y posee dos rasgos fundamentales que determinan todos los demás.

Ante todo es una clase *desposeída*, es decir, no tiene medios de producción y siempre se halla falta de medios de existencia. Como es natural, por su estado objetivo, si cobra conciencia clara de ello, el proletariado no puede menos de ser enemigo de la propiedad privada explota-

dora y de todo sistema social asentado en ella y está profundamente interesado en un cambio radical de su situación social y material. «Los proletarios no tienen nada que salvaguardar —dice el *Manifiesto Comunista*—; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente»¹⁶.

A ello se debe precisamente la no aceptación tajante por el obrero consciente de su clase de todas las tradiciones carentes de contenido humano general de la sociedad basada en la propiedad privada, su firmeza, coherencia, intransigencia y radicalismo en la lucha contra toda forma de desigualdad, opresión, explotación, privaciones materiales y pobreza espiritual. Esta verdad se expresa justamente en las palabras finales, únicas por su profundo contenido, del primer documento programático del marxismo creador: «Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar»¹⁷.

No nos asistiría la razón, desde luego, si nos pusiéramos a aseverar que las cualidades enumeradas son propias enteramente del proletariado nada más. Los *esclavos* eran menesterosos y, por ello, no tenían ni derecho a disponer de sí mismos. En situación semejante —aunque, a decir verdad, gozando de cierta independencia económica— se hallaban los *campesinos siervos*. Mas ¿por qué sus insurrecciones, que en ocasiones hicieron tambalear tronos y desembocaron en la caída de inmensos imperios, jamás tuvieron un claro programa positivo y, menos aún, científico, y no conllevaron la creación de un nuevo régimen? ¿Por qué la bandera ideológica de los grandes movimientos campesinos fueron ideas tomadas de otras clases (por ejemplo, el llamado zarismo campesino en Rusia) o una religión adecuada a las necesidades del momento o, en el mejor de los casos, un socialismo utópico?

Por dos motivos esencialmente. En primer lugar,

¹⁴ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 26, pág. 48.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ C. Marx y F. Engels, t. 4, pág. 434.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 459.

antes del capitalismo, la esclavitud social no era interpretada por la mayoría de los trabajadores como una *condición necesaria* del régimen social vigente. Sus manifestaciones se relacionaban las más de las veces con las cualidades *personales* del esclavista o del señor feudal. Sólo el quebrantamiento de las bases de la economía patriarcal, el fin de la vinculación del trabajador a un lugar y a un explotador determinado, la cierta socialización, o sea, la *puesta al desnudo* de la explotación que trae consigo el capitalismo crean las condiciones para concebir las relaciones basadas en la propiedad privada como un *sistema* hostil a los trabajadores, para una asociación realmente sólida, para la consolidación de los proletarios como elementos desposeídos.

En segundo lugar, resulta poco ser desposeído. «Marx cita en repetidas ocasiones una sentencia de Sismondi, que tiene inmensa importancia —escribe Lenin—. Los proletarios del mundo antiguo, dice esta sentencia, vivían a expensas de la sociedad; la sociedad moderna vive a expensas de los proletarios.

«Una clase de desposeídos, pero no trabajadores, no es capaz de derrocar a los explotadores. Sólo la clase de los proletarios, que mantiene a toda la sociedad, puede hacer la revolución social»¹⁸. Estos trabajadores desposeídos y económicamente débiles, poseen, lo mismo que los esclavos o los pequeños productores, un gigantesco potencial revolucionario, mas no son capaces de *rehacer* el régimen antagonista de clase. Y no se trata de la ignorancia de los esclavos o de la vinculación de los pequeños propietarios a su mísera propiedad privada, aunque tampoco estos factores fueran nada desdeñables. La esencia reside en que *ni los unos ni los otros pueden en principio ser promotores de la edificación de la nueva sociedad, puesto que no representan una organización del trabajo correspondiente a ésta última.*

La clase obrera no sólo carece de medios de producción, no sólo sufre por su existencia en precario —ello explica mucho, pero difícilmente puede explicar lo principal—, es la primera de las clases trabajadoras

¹⁸ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 16, pág. 69.

explotadas que, merced al carácter fundamentalmente nuevo de su actividad productiva, aparece en el contexto del capitalismo en el rol de *sujeto (forjador) de unas relaciones sociales avanzadas*. Es una clase colectivista, una fuerza que se organiza y organiza debido a su propia posición en la producción maquinizada moderna. Este es el segundo rasgo esencial.

Los modos de producción precapitalistas, con todas sus grandes diferencias, se basaban en una técnica rutinaria, en unos instrumentos de uso individual poco eficaces relativamente que restringían las posibilidades tanto del desarrollo como de la aplicación de las ciencias naturales y técnicas. Independientemente del tipo de propiedad (comunitaria o privada) y las formas de organización del trabajo (conjunto o individual), los operarios se hallaban *tecnológicamente* aislados. Con la consagración de la propiedad privada como relación económica dominante, *el aislamiento tecnológico de los operarios se reforzó con su aislamiento social*, y las condiciones económicas de la producción originaron y consagraron la enajenación de las relaciones entre las personas.

Sólo el capitalismo introduce cambios cualitativos en este orden. Este, que surge como resultado del máximo desarrollo de las relaciones basadas en la propiedad privada, no puede a la vez dejar de cambiar la organización del trabajo. Ya en la época de la manufactura, en que bajo un techo se reúne cierta cantidad de obreros especializados, dicha organización adquiere carácter de conjunto. El aislamiento tecnológico queda quebrado definitivamente por la aplicación de las máquinas, por la transformación de la producción en un sistema de mecanismos interactuantes en el que el hombre se inserta como una pieza impersonal. Los medios y objetos de trabajo, el cual agrupa en un proceso único y en unos mismos locales a decenas, centenares y miles de operarios, se hacen *sociales* en el sentido organizativo y tecnológico. Se desarrolla la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma privada de la apropiación de los medios de producción y de su fruto.

El proceso productivo, que le quita al obrero la mejor parte del tiempo, fuerzas, facultades y las entrañas, lo va

formando como un eslabón, como un elemento en el funcionamiento de la fuerza de trabajo del colectivo. En la empresa coopera con los demás obreros como elemento singular del proceso tecnológico general, como una casual encarnación individual de su *necesidad*. La conformación de la mentalidad laboral del obrero se produce bajo el influjo directo y continuo de la producción, la cual se organiza de manera cada vez más racional —habida cuenta de los últimos adelantos del pensamiento científico-técnico— y se concentra, disciplina al obrero y le inculca la capacidad de ser disciplinado también al margen de la esfera laboral.

Con este aspecto organizativo-productivo de la actividad vital del operario concurre el de la vida económica y existencial. Fuera de los muros de la empresa, en casa, en la esfera de la satisfacción de sus demandas personales, el proletario está abandonado a su propia suerte. En este ámbito influyen sobre él mayormente no la férrea organización de la gran producción maquinizada, sino la anarquía de las *relaciones patrimoniales* basadas en la propiedad privada que le corroen la conciencia, el medio burgués o pequeñoburgués. Conforme a la inexorable lógica de las relaciones sociales burguesas, el hombre se siente libre solamente en su diario vivir. La conciencia del obrero se desdobra y a menudo no sabe si el trabajo puede considerarse como parte de su vida, pero tampoco está convencido del todo de que la vida es eso: el comer, el dormir, el divertirse... El proceso de trabajo lo forma como colectivista y el de apropiación, como individualista. *Tiene que vencer su naturaleza proletaria.*

La conciencia de la situación sin salida en que se halla dentro del sistema de relaciones económico-productivas que impera bajo el capitalismo alimenta en la clase obrera la tendencia a las transformaciones y refuerza su afán por hacer su contribución histórica al proceso incesante de cambio y perfeccionamiento de las formas de la vida social. El proletariado, al que la tecnología moderna le ha enseñado el trabajo colectivo y el cual ha descubierto la esencia de la secular explotación del hombre por el hombre y puesto de manifiesto su mejor preparación, en las condiciones actuales, para la lucha

organizada, es «el motor intelectual y moral, el agente físico»¹⁹ de las transformaciones que se deben al proceso de socialización multilateral del trabajo iniciado bajo el capitalismo y pueden ser llevadas hasta el fin solamente mediante formas de régimen social como el socialismo y el comunismo.

Toda la rica historia del movimiento obrero puede presentarse como un proceso complejo, contradictorio, lleno de avances vertiginosos y, a veces, de giros inopinados, pero siempre ascendente, de transformación del proletariado de «clase en sí» en «clase para sí», de ejercicio de su misión histórica universal.

Ambos términos fueron acuñados por Marx y Engels, con los que designaron muy significativamente las diferentes fases de madurez de la clase obrera. Esta aparece como «clase en sí» cuando carece aún de la conciencia de clase (o cuando la pierde temporalmente por ciertas razones, que eso también suele ocurrir), lleva un modo de vida vegetativo, contentándose con la lucha económica por mejorar en parte su situación como capa de los asalariados explotados o participando en la lucha política bajo el alero de fuerzas sociales extrañas a ella desde la óptica de clase.

Por el contrario, como «clase para sí» el proletariado marca claramente el límite entre sus propios intereses y de las demás clases de la sociedad, es capaz de reconocer a sus adversarios y aliados reales y potenciales, es lo suficiente instruido como para tener conciencia de su posición de vanguardia del progreso social en la época contemporánea, ha asimilado los principios de su propia ideología revolucionaria científica —el marxismo-leninismo— y sabe aplicarlos en la práctica. Es condición imprescindible para que el proletariado sea y siga siendo «clase para sí», según Lenin, la *unión del socialismo científico con el movimiento obrero*, la elevación de la actividad espontánea a un nivel de organización consciente, elevación relacionada con la formación de partidos obreros políticos independientes y su constante y sistemática labor política, ideológica y organizativa entre las masas.

¹⁹ Ibidem, t. 26, pág. 73.

Después del triunfo de la revolución socialista la clase obrera deja de ser una clase desposeída, *cambiando la unidad económica negativa basada en una existencia en precario*, típica del proletariado explotado de los países capitalistas, por una *unidad económica positiva*, basada en la propiedad social de los medios, objetos y producto del trabajo. La clase obrera de los países socialistas se niega a sí como *proletariado* en el marco nacional, pero sigue siendo parte del proletariado mundial. No podemos estar de acuerdo con quienes, arrancando del hecho de la sustitución de la propiedad privada con la propiedad social, ponen en entredicho, en rigor, la posesión de la clase obrera en un país socialista de una serie de rasgos esenciales *proletarios generales*. En primer lugar, la transformación del proletariado en propietario colectivo de los medios de producción no hace que ningún obrero sea propietario personal; es más, esa posibilidad se va descartando también para los representantes de otras capas de la población, dado que la única fuente de ingresos llega a ser el trabajo personal, y el principio esencial de la sociedad, «el que no trabaja, no come». En segundo lugar, la clase obrera de los países socialistas, al inicio de la edificación del socialismo, hereda ella *sola* la gran asociación técnico-organizativa capitalista, una cultura urbana avanzada y el conjunto de relaciones tecnológicas de la gran producción maquinizada, que desarrolla y divulga a partir de la propiedad social y el progreso científico-técnico.

El error típico de los dogmáticos es que subestiman el papel de la clase obrera como *sujeto* del proceso de *socialización del trabajo* que se inicia en el capitalismo, socialización que debe tener carácter económico y tecnológico. Dicho error se deriva de la ilegítima identificación de los intereses, posibilidades y papeles históricos del proletariado con los de las demás clases trabajadoras que aparecen como aliados suyos. En la socialización *económica*, que derriba el dominio del gran capital, están interesadas en la actualidad la *mayoría* de las capas desposeídas (o próximas a ellas), pero sólo la clase obrera es capaz de socializar *tecnológicamente* la producción, poner a punto unas relaciones de *organización* nuevas, la contabilidad

de los recursos materiales y el control de su empleo, implantar el principio planificador en la producción y crear un sistema *científico* de la economía socializada.

Al analizar la experiencia soviética en cuanto a la puesta en práctica de la idea sobre la organización del proletariado como clase dominante que se ofrece en el *Manifiesto Comunista*, Lenin señalaba dos aspectos fundamentales: al tomar el poder en sus manos, la clase obrera lo mantiene, conserva y consolida, como cualquier otra clase, en *primer lugar* cambiando la actitud hacia la propiedad y, en *segundo lugar*, con una nueva Constitución²⁰.

Es del dominio público que, desde el ángulo histórico, los primeros actos de la Revolución de Octubre fueron la entrega de todo el poder a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos y el llamamiento a los pueblos y gobiernos de los países beligerantes proponiéndoles concluir una paz justa y democrática. Fueron actos de carácter político, *de superestructura*, los cuales dieron pie, en el curso de los célebres debates que se desarrollaron por los años 50 en torno al problema de la base y la superestructura, para manifestar que durante varios meses —antes de la nacionalización de la industria en 1918— había surgido y existió solamente una superestructura proletaria... sin la correspondiente base. En cuanto a que el segundo documento legislativo del Poder soviético —después del Decreto sobre la paz— fue el Decreto sobre la tierra, cuando no se olvidaban de ello se referían al mismo en el sentido de que la nacionalización de la tierra proclamada por él no era todavía una medida socialista, sino democrática general, que también se lleva a cabo dentro del Estado burgués. Semejante afirmación significaba identificar ilícitamente el contenido social de medidas similares por su forma que ponen en marcha distintas clases con intereses diversos, más aún, opuestos.

Recordemos que para Lenin dicha medida no sólo era un acto radical para liquidar los residuos feudales y de la servidumbre, sino un medio para crear el *régimen más flexible* con vistas a la transición al socialismo en la agricultura²¹. Como rememora M. Feofánova, Lenin se mostraba profundamente inquieto buscando en los mandatos campesinos un «pequeño apoyo» que le permitiera luego rehacer la idea eserista de la socialización contenida en ellos a la manera bolchevique. Ese «apoyo» fue la demanda de entregar las grandes explotaciones agrícolas y ganaderas avanzadas, no sujetas a reparto, en usufructo exclusivo del Estado o de las comunidades. Fue esta demanda la que permitió marcar una vía real,

²⁰ Véase Ibidem, t. 40, pág. 270.

²¹ Véase Ibidem, t. 37, pág. 326.

ya antes de la socialización de la industria, para crear el sector socialista en la agricultura²².

Así pues, la situación de la clase obrera como clase dominante comenzó a consolidarse no sólo en la esfera política, sino también en la económica, en la de las relaciones de propiedad, prácticamente desde el primer día del Poder soviético (el Decreto sobre la tierra fue propuesto al II Congreso de los Soviets de toda Rusia el 25 de octubre de 1917 y aprobado el día 26 del mismo mes).

El proletariado utiliza el poder político conquistado no para transformarse él mismo en una clase que se coloca por encima de las demás y las subyuga, sino solamente para poner fin a toda dominación de clase, a toda esclavitud. No tiende a perpetuar su posición conquistada en la sociedad. En toda su historia, la clase obrera soviética lo ha hecho todo para extender ese precepto, a medida que fueron madurando las premisas materiales y espirituales necesarias, a las demás capas de trabajadores asociados.

En nuestros días, la clase obrera soviética representa las dos terceras partes de la población activa del país, un gigantesco macizo humano soldado por el carácter colectivista de la tecnología y la organización del trabajo en la industria y la propiedad social de los medios de producción; es la mayoría del pueblo trabajador. Se trata de un poderoso destacamento de trabajadores compuesto en sus cuatro quintas partes por personas con instrucción media (completa e incompleta) y superior, dándose la circunstancia de que las dos terceras partes de los que van a engrosar sus filas son jóvenes de ambos sexos adiestrados en el sistema de aprendizaje profesional técnico. Se trata de una categoría de trabajadores de la producción socialista cuyo trabajo se llena cada día más de un contenido intelectual. Para el obrero actual se hace típico compaginar el trabajo manual e intelectual, lo que pone fin al prejuicio todavía corriente (incluso entre algunos científicos) de que la clase obrera debe hallarse ligada enteramente a la realización de operaciones que requieren mayormente esfuerzo muscular. *Ni Marx, ni Engels, ni Lenin admitieron jamás una interpre-*

²² Véase *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, t. 3, libro I. Moscú, 1967, pág. 336.

tación tan estrecha del problema. La clase obrera de la URSS, con toda su existencia material, con sus realizaciones cumpliendo los planes quinquenales, se afirma como un portador activo de la revolución científico-técnica y junto al campesinado koljosiano y los intelectuales del pueblo aparece como vehículo del potencial intelectual de la sociedad soviética.

Sabido es que, en el XXVI Congreso del PCUS, se examinaron los cambios cuantitativos y cualitativos operados en la composición y la situación de la clase obrera con el fin de argumentar los nuevos elementos relativos a la aproximación de todas las clases y grupos sociales de la sociedad soviética. «Es un proceso objetivo, pero de ninguna manera espontáneo —se consignó en el Congreso—. La política social del partido y del Estado desempeña un papel importante en él. Nuestra meta es crear una sociedad en que las personas no están divididas en clases. Y podemos decir con toda precisión: vamos avanzando, de manera gradual pero con paso firme, hacia este magno fin».

Al evaluar la experiencia del desarrollo de nuestra sociedad durante los últimos decenios, el XXVI Congreso del PCUS avanzó la tesis de que la *configuración de una estructura social sin clases tendrá lugar en lo esencial en el marco histórico del socialismo maduro*. De ahí se desprende que la joven sociedad sin clases no será al principio (cuánto tiempo es imposible decirlo ahora) todavía comunista, sino *socialista*. Pero ello no quiere decir que esa sociedad sin clases carezca de estructura social. La superación de las diferencias de clase no equivale todavía a la homogeneidad social completa, cuya consecución depende de la liquidación del sector del trabajo manual, de baja calificación y duro, de la superación gradual de las diferencias de importancia social entre los que desempeñan un trabajo mayormente físico y mayormente intelectual, monótono y creador, organizativo y ejecutivo. Estos residuos de la vieja división del trabajo seguirán todavía largo tiempo incidiendo en la estructura social también en la sociedad soviética sin clases. Por lo visto, en ella habrán de adquirir una importancia relativamente mayor las diferencias de calificación entre las

personas, y podemos suponer que ella misma tendrá un carácter *por decirlo así, celular*. Y es que aumentará la influencia de las distintas clases de colectivos laborales socialistas y de asociaciones masivas de los ciudadanos, cohesionados y encabezados por las organizaciones del partido. No cabe duda que el papel de éstas, en tanto que exponentes concentrados y seguidores de la misión histórica universal de la clase obrera, debe aumentar. Sería muy limitado interpretar la construcción de la sociedad socialista sin clases como la desaparición sólo de la clase obrera o su fusión con el campesinado koljosiano. Se trata de un proceso más amplio de metamorfosis, masivo y comunista por su orientación, de todos los grupos sociales de trabajadores sin excepción, de un giro histórico orgánicamente ligado a la realización no de unos ideales cualesquiera, sino justamente de los ideales proletarios.

A la clase obrera y al movimiento obrero les están contraindicadas las ilusiones en cuanto al futuro. La falta de serenidad política y de realismo, la proclamación de consignas irrealizables a todas luces y los ánimos ficticios en la propaganda inciden de manera funesta en su ilustración. Porque ya sin ello, la transformación de la clase obrera de «clase en sí» en «clase para sí», en un contexto de una lucha ideológica incesante, es un proceso bastante irregular, que conoce flujos y reflujos, ascensos y caídas, según la capacidad de enfrentamiento a las asechanzas de la burguesía, a sus métodos cada vez más sutiles de manipulación de la conciencia de las masas.

Nuestros adversarios de clase, se consignó en el XXVI Congreso del PCUS, aprenden de sus derrotas. Una de las lecciones que extrajeron del fracaso de los «modelos» de la contrarrevolución en la Hungría de 1956 y en la Checoslovaquia de 1968 reside en que sin una influencia sustancial sobre la clase obrera, sin su manipulación en el espíritu antisocialista y, por lo menos, sin una cierta desorientación, nadie es capaz de debilitar el poder popular. A ello se debe en muchos aspectos la línea de conducta de los enemigos del socialismo en Polonia que, valiéndose de los crasos errores y los abusos de la antigua dirección

polaca, se situaron hipócritamente en «defensa» de los intereses de los obreros, oponiéndolos a su propio partido de clase, al conjunto del sistema de la dictadura del proletariado, colocando demagógicamente un signo de igualdad entre el Estado democrático-popular como «dador de trabajo» y el dador de trabajo capitalista.

Muy parecido, ¿verdad?, a la pose de «defensor» de los derechos humanos que aún recientemente estuvo ensayando con aplicación el depredador imperialismo norteamericano. Asistimos a una manifiesta intención de volver a la clase obrera de un país, forzada en una situación difícil a enfrentarse con los lances más complicados del período de transición del capitalismo al socialismo, de su estado de «clase para sí» al estado esclavo de «clase en sí» de antes, hace tiempo superado.

Los fenómenos de crisis en Polonia todavía no han sido superados. Solamente los futuros historiadores lograrán analizar todos los meandros de una marcha tan compleja y dramática de los acontecimientos. No obstante, ya hoy es de general aceptación que el descenso del nivel de la conciencia de clase de una parte de los obreros polacos se produjo en virtud de una serie de circunstancias, incluida no sólo la labor político-ideológica débil en extremo entre las masas, sino también el objetivo completamente infundado y utópico planteado por la vieja jefatura polaca de construir para los años 70 la sociedad socialista desarrollada sin haber resuelto definitivamente la cuestión histórica de «¿quién vencerá a quién?» a favor de los trabajadores. Los acontecimientos polacos han demostrado otra vez con toda evidencia cuán fundamental es la interpretación teórica de las etapas de formación y desarrollo del nuevo régimen social. La interpretación según Marx y no de otra manera.

La genial clarividencia de Marx, el transparente y conciso esbozo que ofreció en sus obras de las bases de la futura organización social fueron una aportación inapreciable a la filosofía proletaria del optimismo social. Salieron airoso de todas las pruebas pasadas en el crisol de la Gran Revolución de Octubre y de las posteriores

revoluciones socialistas, así como en la práctica de la construcción de la nueva sociedad en la Unión Soviética y en otros países fraternales.

Es de una importancia verdaderamente histórica universal el planteamiento de Marx en cuanto a la forma que adquiriría la organización política de la sociedad cuando la clase obrera se instalara en el poder.

¿A qué transformaciones se someterá el Estado en la sociedad comunista, se pregunta, o qué funciones sociales permanecerán entonces similares a las funciones públicas actuales?

La respuesta, que según él sólo puede darse con rigor científico, la formula en el espíritu de una tesis suya: la libertad consiste en transformar al Estado de órgano que se halla por encima de la sociedad en órgano supeditado por completo a la sociedad. «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera a la segunda —escribe Marx—. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*»²³.

Como enseña la práctica de la construcción del socialismo, precisamente la dictadura de la clase obrera asegura la sustitución cardinal de la máquina estatal de explotación con nuevos órganos de poder que se ponen enteramente al servicio de los intereses de los trabajadores. Y es justamente la dictadura de la clase obrera la que, a medida que las distintas capas de la sociedad van abrazando las posiciones socialistas y se conforma su unidad política, social e ideológica, crea las condiciones para la transformación del Estado y la democracia proletarios en Estado y democracia de todo el pueblo.

El descubrimiento de la necesidad de un período de transición de la vieja sociedad a la nueva y la definición de la naturaleza de clase del Estado correspondiente a ese período fue ya por sí solo un notable logro científico. Marx, sin embargo, sigue avanzando y ofrece un pronóstico social mucho más remoto. Según palabras de Lenin, aplicó la teoría del desarrollo también respecto

a la futura sociedad partiendo de que ésta *procede* del capitalismo y es producto de la acción de una fuerza social *nacida* del capitalismo. «Marx no intenta, ni por lo más remoto, fabricar utopías, hacer conjeturas vanas acerca de cosas que es imposible conocer —señala Lenin—. Marx plantea la cuestión del comunismo como el naturalista plantearía, por ejemplo, la del desarrollo de una nueva especie biológica, sabiendo que ha surgido de tal o cual modo y se modifica en tal o cual dirección concreta»²⁴.

La penetración científica en la esencia del régimen social que va a relevar al capitalismo y brinda por vez primera a cada hombre la posibilidad real de alzarse de «individuo particular» aislado a miembro con plenitud de derechos de la sociedad, le permitió a Marx definir acertadamente, a través del espesor de los decenios, una serie de rasgos generales del mismo. He aquí algunos de ellos:

- transformación de los medios de trabajo en patrimonio de toda la sociedad;
- inserción directa del trabajo individual en el trabajo colectivo global y reconocimiento directo del mismo por la sociedad;
- apropiación colectiva del producto social global;
- se halla siempre en manos de la sociedad y no está expuesto a distribución individual la parte del producto obtenido, indispensable para el resarcimiento de los medios de producción obsoletos y empleados y para su ampliación, así como para crear un fondo de reserva o de seguro;
- se separan de la parte del producto destinado al consumo los costes de administración y los fondos sociales que se canalizan para el cubrimiento conjunto de las demandas (enseñanza, sanidad, servicios municipales, etc.), para mantener a los no aptos para el trabajo, etc.; ya después de Marx, la práctica demostró también la necesidad de realizar gastos para garantizar la defensa segura del socialismo contra la agresión imperialista y las tentativas de exportación de la contrarrevolución;

²³ C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 27.

²⁴ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 33, pág. 85.

— distribución según la cantidad y la calidad del trabajo;

— se mantiene en la distribución individual el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: una determinada cantidad de trabajo en una forma se cambia por la misma cantidad de trabajo en otra forma;

— se mantiene cierta desigualdad en el nivel de bienestar material debida a las desiguales cualidades de los hombres, a su calificación, rendimiento individual, etc. En el socialismo este «derecho no igual para un trabajo no igual» desempeña un papel positivo, puesto que, hoy por hoy, la sociedad dispone de unas fuerzas productivas y unos recursos para el consumo relativamente limitados y debe formar activamente una nueva actitud hacia el trabajo y la propiedad social, poniendo en acción diversos resortes de estímulo tanto moral como material.

Al abordar la cuestión sobre las condiciones en las que dicho derecho deja de ser necesario, Marx fundamenta la necesidad de la primera y segunda fases de la formación comunista y ofrece una amplia caracterización del comunismo. «En la fase superior de la sociedad comunista —escribe—, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y, con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino primera necesidad vital; cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!»²⁵.

Este razonamiento clásico del gran maestro del proletariado constituye la base de la definición del comunismo que aparece en el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética. La realidad social del siglo XX

²⁵ C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 20.

muestra palmariamente hasta qué punto Marx tenía la razón.

En su tiempo Lenin hizo una crítica demoledora de los procedimientos burgueses para «refutar» el marxismo, los cuales consisten en hundir la esencia político-económica de la cuestión en una masa de detalles y «puntualizaciones» imaginadas. En el mismo cauce confluían los esfuerzos de los nuevos vulgarizadores y eclécticos que pretendían demostrar en vano que «no se cumpliría» la previsión de Marx, ya que su premisa inicial —la gran industria maquinizada— atraviesa hoy una fase de desarrollo distinta de la que registró en la segunda mitad del siglo pasado. No hay que olvidar, sin embargo, que la evolución de la industria desde la producción fabril de la época en que viviera Marx, a la producción en serie y luego incluso a la fase parcialmente automatizada, igual que la revolución científico-técnica que se está desplegando en la actualidad, fueron predichas de uno u otro modo en las obras de los fundadores del comunismo científico. Sólo la incompetencia o la prefijación de ideas podían permitir ver en estos procesos una «contrapartida» a la ley económica del movimiento de la sociedad contemporánea, al progreso cada día más rápido y variado de la socialización del trabajo que Lenin, tras Marx, calificó de principal base material del ineludible advenimiento del socialismo²⁶.

Las embestidas a la previsión de Marx de los rasgos sustanciales de la nueva sociedad han sido argumentadas a veces con que en ella se reconoce pretendidamente el socialismo con una sola forma de propiedad social, la de todo el pueblo (estatal), y no se estima la posibilidad de que surja otra forma, la cooperativa de grupo. Pero eso no es cierto. En su célebre *Crítica del Programa de Gotha*, por ejemplo, Marx pone de manifiesto su actitud positiva hacia las asociaciones cooperativas obreras de la época, ya que éstas testimonian de la lucha de los trabajadores por transformar las condiciones de la producción burguesas. «En cuanto a que durante la transición por completo a la economía comunista, tendremos

²⁶ Véase V. I. Lenin. O.C., t. 26, pág. 73.

que aplicar en gran escala la economía cooperativa como eslabón intermedio —escribía Engels a A. Bebel en enero de 1886—, Marx y yo nunca habíamos dudado de ello. Pero la cosa habrá que organizarla de manera que la sociedad —y por consiguiente el Estado, en los primeros tiempos— se reserve la propiedad de los medios de producción y, de este modo, los intereses particulares de la asociación cooperativa no puedan imponerse a los del conjunto de la sociedad»²⁷.

Las ideas que Marx se forma del socialismo trataron de revisarlas también apelando a su conocido aserto acerca de que en la nueva sociedad el derecho no reconocerá ninguna diferencia de clase, puesto que cada uno será obrero, lo mismo que los demás²⁸. Y señalaban la pretendida incompatibilidad de lo que dijo Marx con la existencia en el socialismo de dos clases, la clase obrera y el campesinado cooperado, así como la capa social de intelectuales. No obstante, en este caso no se trata en modo alguno de la «vulnerabilidad» de la postura de Marx, sino de que el nuevo régimen, igual que cualquier otro, puede analizarse en un estado más evolucionado o menos evolucionado. A propósito sea dicho, sobre esta posibilidad montan muchas de sus especulaciones los revisionistas de derecha y de «izquierda».

A menudo Marx examinaba el socialismo que ha alcanzado sus «formas hechas», el «socialismo acabado» (*Lenin*) y tenía sobradas razones para ello. De otro modo muy distinto aborda la cuestión cuando analiza en muchas de sus obras diversos problemas de la conformación de la nueva sociedad. Esa diferencia precisamente tenía en cuenta Lenin al advertir sobre el peligro que surge al comienzo de la construcción socialista de «perderse» en los zigzagues particulares y los virajes de la historia. Lo importante es, dice Lenin, «conservar la perspectiva general, para poder distinguir el hilo rojo que une todo el desarrollo del capitalismo y todo el camino hacia el socialismo, el camino que imaginamos, naturalmente, recto, y que debemos imaginar recto para

²⁷ C. Marx y F. Engels, t. 36, pág. 361.

²⁸ Véase *Ibidem*, t. 19, pág. 19.

poder ver el comienzo, la continuación y el final, en la vida jamás será recto, sino increíblemente enmarañado»²⁹. A la hora de abordar los problemas a tal orientación «directa», prospectiva, del partido, de la clase obrera, de las masas trabajadoras desde el ángulo de las regularidades de fondo del desarrollo histórico y de los principios generales de la edificación del socialismo y el comunismo, el esbozo teórico del socialismo que ofrece Marx en *El Capital* y la *Crítica del Programa de Gotha*, por ejemplo, ha jugado siempre y seguirá jugando un papel extraordinario insustituible.

Son métodos corrientes de la crítica burguesa del comunismo científico la comparación tendenciosa de los enunciados teóricos de Marx con el socialismo real, las tentativas de oponer la previsión de Marx a la teoría y la práctica del leninismo. Así, en su escrito *La herencia de Lenin. Introducción a la historia del comunismo mundial*, el célebre anticomunista F. Fejtő aseveraba sin reticencias que los bolcheviques habían roto con «el modelo marxista inicial de desarrollo». Un cauce similar siguieron también ciertas «indagaciones» extrañas con el fin de «demostrar» que, después de la Revolución de Octubre, Lenin creó un «modelo» de socialismo «distinto» al de Marx. Sea lo que fuere a lo que apelaran los autores de semejantes conceptos erróneos, la vida, la práctica los ha ido refutando rotundamente.

En su obra *El Estado y la revolución* Lenin escribe refiriéndose a la *Crítica del Programa de Gotha*, en la que se exponen del modo más cabal los juicios que Marx se formó sobre el socialismo, que su parte polémica en un principio, digamos, hizo sombra a su contenido positivo. En nuestros días la propia realidad socialista no permite hacer sombra a dicho contenido. *La obra de Marx resulta —cuanto más adelante más— increíblemente actual en lo principal, en la correspondencia de sus conclusiones con los contornos que se divisan de la sociedad que realiza gradualmente la transición al comunismo*. Ante todo prosigue en nuestro país a ritmo acelerado el perfeccionamiento de las relaciones de producción y de cooperación y asis-

²⁹ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 36, pág. 47.

tencia mutua de camaradas. Ello se pone de manifiesto en la concentración progresiva de la industria socialista, en la fundación de agrupaciones productivas y científico-productivas, en la creciente cooperación intereconómica en el campo y la integración agroindustrial. Se trata no sólo del cumplimiento de las tareas económico-organizativas corrientes, sino de un problema fundamental: el de la aproximación progresiva de la propiedad estatal y la cooperativo-koljosiana. En otras palabras, se trata del nivel de socialización económica de los medios de producción sobre el que escribiera Marx.

No es menos característico el rasgo relacionado con la desaparición de las diferencias sustanciales entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual y el intelectual; la cohesión nueva, cualitativamente más elevada, de la sociedad socialista —en la que la clase obrera ejerce el papel rector— en torno al Partido Comunista; la formación de una nueva comunidad de personas: el pueblo soviético. Han comenzado a manifestarse activamente rasgos generales, con independencia de las diferencias sociales y nacionales, de conducta, carácter y mundivisión de los soviéticos, y la alianza de la clase obrera y el campesinado, que siempre constituyó la base del régimen socialista, ha tenido su continuación en la estrecha unidad político-ideológica de estas clases y la intelectualidad, la cual hace tiempo sostiene firmemente las posiciones del socialismo. La sólida alianza de todos los trabajadores, manuales e intelectuales, la alianza de la clase obrera, el campesinado koljosiano y la intelectualidad popular, ha llegado a ser un hecho real de la realidad socialista.

Más de un siglo los comunistas del mundo disponen de la *Crítica del Programa de Gotha*, de esta Carta del comunismo científico que esboza en rasgos generales, sin exagerar, prácticamente todos los objetivos fundamentales de nuestro movimiento. Y hasta hoy día a nadie deja indiferente. Para unos es un grandioso proyecto económico-social de la futura convivencia humana que se está realizando con el esfuerzo de muchos pueblos y en la que se crean sobre principios científicos las condiciones

óptimas para el desenvolvimiento del individuo libre. Otros, por el contrario, ven en él el reflejo de una peligrosa alternativa a su mezquina prosperidad, a los ordenamientos explotadores basados en la propiedad privada, y muestran un interés egoísta en infundir a la mayor cantidad posible de personas una opinión deformada sobre el legado de Marx como si se tratara de una reliquia literaria perteneciente al pasado. La lucha ideológica de clases en torno a sus ideas es actualmente quizá más aguda que en el momento en que aparecieron.

A veces somos testigos de opiniones acerca de que Marx y Engels se imaginaban el comunismo como un sistema «igualmente» organizado en sus dos fases de desarrollo. Pero eso es producto de un malentendido. ¿Cómo se puede calificar de iguales a la organización de la producción que, a la par con las explotaciones estatales, admite las cooperativas, y a otra, basada únicamente en la posesión de los medios de producción de todo el pueblo? ¿A una organización de la vida económica que parte de la distribución según el trabajo y, por tanto, presupone la necesidad de controlar la medida del trabajo y la medida del consumo, y otra que ya realiza la distribución según las necesidades y deja de precisar de dicho control? ¿A una organización estatal (en el socialismo) y a otra sin Estado, autogestionada (si se descarta el peligro de restauración del capitalismo desde fuera), como debe ser en el comunismo?

El paso de la primera organización a la segunda posee entre sus premisas materiales y productivas la multiplicación del contenido intelectual, creador, del trabajo del personal productivo básico. Por otro lado, es imposible sin alcanzar en el desarrollo de la gran industria maquinizada una situación en que «la creación de la verdadera riqueza llega a depender menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo invertido que de la fuerza de los agentes que se ponen en movimiento durante el tiempo de trabajo que, a su vez, ellos mismos (su poderosa eficacia) no se hallan en ninguna relación directa con el tiempo de trabajo que se requiere para su producción, y dependen más bien del nivel general de la

ciencia y del progreso de la técnica, o de la aplicación de esa ciencia en la producción»³⁰.

El mito de la igual organización del socialismo y el comunismo se desvanece por completo al examinar el problema de la igualdad social. Sabido es que el socialismo es una sociedad comunista todavía sin acabar, «la cual se verá *obligada* a destruir primero *solamente* la «injusticia» que representa la usurpación de los medios de producción por individuos aislados, pero *no estará en condiciones* de suprimir de golpe también la otra injusticia, consistente en distribuir los artículos de consumo «según el trabajo» (y no según las necesidades)»³¹. «Así pues —dice Lenin—, en la primera fase de la sociedad comunista (a la que suele darse el nombre de socialismo), «el derecho burgués» *no* se suprime por completo, sino sólo en parte, sólo en la medida de la transformación económica y alcanzada, es decir, sólo en lo que atañe a los medios de producción»³². Por supuesto, dicha «medida» no permanece inmutable. La consolidación del socialismo y la conformación de las relaciones sociales comunistas hacen inevitablemente que se ensanchen sus fronteras. Desde el ángulo histórico, el salto cualitativo que viene preparando el desarrollo anterior hará también, al fin y a la postre, que se supriman los citados reguladores legales respecto de los bienes de consumo. Ello no es sino otra expresión del paso al comunismo que, aunque sea en virtud del citado cambio, debe estar organizado de un modo esencialmente distinto que el socialismo.

Cualesquiera que sean los rasgos cualitativos diferenciadores del socialismo y el comunismo que tomemos, la cosa tropieza además con las propiedades del hombre, con el nivel ideológico, cultural y moral de las masas que, como *nivel precisamente de las masas*, sirve de factor objetivo de nuestro desarrollo. De hasta qué punto esté orientado el hombre hacia el progreso comunista depende cómo van a «ponerse en acción» las premisas

³⁰ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte II, pág. 213.

³¹ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 33, pág. 93.

³² *Ibidem*, pág. 94.

materiales del comunismo creadas por él. La formación del nuevo hombre, que domina la cosmovisión científica, marxista-leninista, y tiene hábitos de administración de los asuntos sociales, que posee una elevada cultura general y profesional, una desarrollada necesidad de trabajo creativo y sabe utilizar de manera racional los bienes del socialismo y el comunismo, es un cometido de muchos años. Su realización por distintas generaciones de forjadores de la nueva sociedad tiene sus particularidades y rasgos específicos, pero para todas ellas es válido un requisito de la época que tiene su comienzo en la tesis sobre Feuerbach de Marx: *el individuo tiene cada vez menos razones para considerarse un producto pasivo de las circunstancias, y su desarrollo puede ser comprendido racionalmente sólo a la luz de la práctica revolucionaria, como coincidencia del cambio de las circunstancias y la dinámica actividad humana*.

El socialismo como primera fase del comunismo es, según Marx y Engels, el inicio de una vida realmente colectiva de los pueblos por oposición a los «sucedáneos de colectivismo», a las comunidades ilusorias con las que los hombres se conformaban en el contexto del régimen basado en la propiedad privada. Las razones objetivas de ello son:

—la técnica, la tecnología y la organización de la producción maquinizada moderna, que predetermina la necesidad del trabajo de grandes masas de hombres, su carácter incesante y su ritmo levado;

—la apropiación colectiva —social— de los medios, objetos y productos de trabajo, la fijación de la parte que le corresponde a cada trabajador en el conjunto de bienes materiales y culturales, íntimamente relacionada con la cantidad y la calidad de su aportación laboral personal;

—la puesta en práctica de los principios del género de vida socialista en primer lugar por la clase obrera, portador masivo interesado de los principios colectivistas, de la moral del trabajo y el espíritu de la cooperación colectiva.

Desde luego, la sociedad socialista, hoy por hoy, no se ha despojado por completo de las reminiscencias individualistas, pequeño-burguesas, las cuales se dan a conocer a veces con bastante insistencia. Ello, sin embargo, no cambia la esencia del socialismo como sistema auténticamente colectivista que consagra esa propiedad esencial suya en todo el sistema de relaciones e instituciones sociales, el tipo de cultura y las normas morales y jurídicas.

El PCUS, que centra su atención en los rasgos económicos del socialismo como iniciales y fundamentales, no considera en modo alguno que se puede limitarse

a ellos. Marx nos enseña que sobre un sistema social evolucionado no se puede juzgar de un modo más o menos exhaustivo basándose solamente en un factor, por muy importante que sea, y no se puede precisamente porque se trata de un sistema. Hace falta un análisis también de las otras condiciones de madurez del nuevo sistema, además de las económicas. Ahora bien, conviene impugnar resueltamente una imagen desordenada de las mismas, desde el punto de vista del determinismo materialista, las manifestaciones de apreciación muy personal y de subjetivismo a la hora de dividir las y caracterizarlas.

En el momento actual los sociólogos soviéticos estiman que resulta muy fecunda, pero al propio tiempo requiere importantes indagaciones complementarias, la vía que indicó Marx al referirse a la formación de todo sistema social nuevo. «Si en el sistema burgués acabado cada relación económica presupone otra en forma económica burguesa y, de este modo, cada cosa dispuesta es a la vez una premisa, eso ocurre en cualquier... sistema orgánico. Este sistema mismo, en tanto que conjunto, posee sus premisas, y su desarrollo hacia la integridad consiste precisamente en someter a su dominio a todos los elementos de la sociedad o crear de ella los órganos que todavía le faltan. Así, en el curso de la evolución histórica, el sistema se transforma en un todo íntegro. La transformación del sistema en un todo íntegro es el elemento del sistema, de su proceso, de su desarrollo»³³.

En el sistema social del socialismo, que se transforma en un todo íntegro cuyo núcleo es la economía socializada, hace sentir cada vez más su presencia la correspondencia mutua regular entre sus partes y elementos, la cual se extiende paulatinamente a una amplia gama de relaciones de producción (tecnológicas, organizativas, administrativas y económicas) y en general a todo el conjunto de relaciones sociales: productivas, político-sociales, morales, jurídicas, materiales e ideológicas. *Precisamente la fase de transformación de nuestro sistema en un todo íntegro es la etapa del socialismo desarrollado.* Con la particularidad de que todos los elementos del género

³³ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte I, pág. 229.

de vida de la sociedad se remodelan a partir de los principios colectivistas propios del mismo de forma más coherente y completa cuanto más coherente y completo sea el modo con que se realicen los principios del socialismo en todos los dominios de la vida social.

El proceso de transformación del socialismo en un todo íntegro da vida a la necesidad imperiosa de abordar, con espíritu de conjunto y teniendo en cuenta todas las condiciones más o menos importantes, la solución de cualquier problema teórico y práctico, tratar con insistencia de lograr una complementación orgánica de la planificación económica con la social, prever las educativas consecuencias formativas, político-morales de las decisiones administrativas que se toman y partir con creciente obstinación de la necesidad de orientarse hacia el factor humano en todas las esferas de la producción y la cultura.

El avance del socialismo va de la mano con una revelación e incremento continuos de sus ventajas frente al sistema basado en la propiedad privada. Nos parece natural y necesario el afán de los pueblos de los países socialistas por superar al capitalismo en todos los índices fundamentales del nivel económico y cultural, y los progresos alcanzados en dichos dominios son evidentes: altas y permanentes tasas de crecimiento económico duradero, empleo estable, aumento del bienestar popular llevado a cabo de forma planificada, libre acceso de las masas a los valores culturales y garantía de los derechos y libertades reflejados del modo más cabal en la nueva Constitución de la URSS. Incluso, pese a su, hoy por hoy, relativamente menor potencial productivo, el régimen socialista, en lo que se refiere al conjunto de bienes materiales y culturales y a las posibilidades y perspectivas sociales, es capaz de ofrecer a los trabajadores más que el capitalismo. Al mismo tiempo, el incremento de los resultados cuantitativos y la competición por elevar la calidad de los bienes de consumo no deben ocultarnos lo principal: la caracterización comprensiva del modo de vida socialista conformado, su clima sociopsicológico, y las ideas sintéticas sobre las condiciones de trabajo y de vida del hombre, de su mundo interno y sus relaciones con las otras personas, condiciones que en el

capitalismo generan tendencias depresivas y pesimistas, y en el socialismo, por el contrario, nutren el optimismo social.

Pongamos, por dar un ejemplo, la liquidación en los países socialistas de la explotación del hombre por el hombre. Sin duda alguna, es enorme la influencia beneficiosa que ello ejerce en la formación del semblante creador y moral de los ciudadanos del nuevo mundo. Y es que desconocen esa sensación atormentadora y deformadora de la mentalidad que producen la opresión y la discriminación económica, política y nacional, componentes inevitables de la vida cotidiana de las masas en la sociedad de explotación.

Nadie está en el derecho de silenciar que el precio que las capas de trabajadores relativamente acomodadas de los países capitalistas industrializados se ven obligadas a pagar por ese bienestar económico alcanzado puede expresarse en unidades monetarias sólo parcialmente; habría que añadirle el *stress social y el subconsumo socio-cultural crónico* que no se pueden cuantificar. Precisamente en una confrontación así, amplia y únicamente correcta, de los dos sistemas, el socialismo pone de manifiesto (y más cuanto más avanza) sus indudables ventajas.

En su aspecto más abstracto, cualquier comunidad humana, bien sea una sociedad, generación, nación, clase, etc., posee, por un lado, capacidad *productiva*, esto es, un determinado conjunto de medios y objetos de trabajo, hábitos y facultades, capacidades energéticas, etc., y, por otro, una capacidad *de consumo* históricamente condicionada. Rasgo característico esencial de la sociedad de explotación, de clases antagónicas, es la contraposición de estas dos capacidades, haciendo que los desposeídos asuman mayormente las obligaciones productivas y los propietarios de los medios de producción gocen mayormente de los bienes de consumo. De este modo se establece una medida de demandas que a la clase oprimida le viene dictada por las normas y formas de consumo que determinan los intereses de los explotadores —al principio primitivas, ascéticas y luego programadas por la publicidad omnipresente— y otorga a la clase dominante

un campo ilimitado para el lujo y los placeres más sofisticados.

El socialismo como régimen social de trabajadores elimina dicha contradicción por cuanto liquida la explotación en general. Pero eso no quiere decir que deje de ser de actualidad el problema de las demandas. Al contrario, precisamente ahora cada uno tiene la oportunidad de cubrirlas según las posibilidades de la producción social y de la aportación creativa personal al trabajo común de la asociación. Ahora esa aportación determina enteramente el bienestar personal y la dignidad; y una vez más se pone en acción aquí el principio marxista de la integridad del sistema social orgánico, dado que los fenómenos y procesos sociales deben, en última instancia, estar coordinados y corresponderse mutuamente.

En la nueva sociedad tiene campo abierto la *ley del ascenso de las necesidades*³⁴, descubierta por Lenin, según la cual a medida que se van cubriendo las «demandas de subsistencia» necesarias y razonablemente entendidas, se ensancha relativamente el espectro de demandas sociales, culturales y de creación, dándose la circunstancia que la acción de dicha ley lleva en definitiva a que la demanda esencial del individuo sea la de un trabajo sustancial socialmente útil. Ello significa que para el nuevo hombre el trabajo cobra la propiedad social de *bien de consumo*. De ese modo se confirma uno de los descubrimientos fundamentales de Marx.

En nuestras condiciones resulta inadmisibile por completo el copiar el esquema de la evolución de las demandas típicas de la sociedad capitalista, el adoptar los estándares de consumo burgueses que deforman el semblante moral de distintas personas que viven en el socialismo, pero no llevan el género de vida socialista. «Disponemos de amplias posibilidades materiales y espirituales para lograr un desenvolvimiento cada vez más íntegro del individuo y nos empeñaremos en acrecentar esas posibilidades también en adelante —se declaró en el XXVI Congreso del PCUS—. Pero importa asimismo que cada persona sepa aprovecharlas sensatamente.

³⁴ Véase V. I. Lenin. *O.C.*, t. I, pág. 101.

Y esto depende, en última instancia, de cuáles son los intereses y las necesidades del individuo. De ahí que nuestro partido considere la formación activa y perseverante de éstas y aquellos como una importante tarea de la política social.

El gran reto histórico en la lucha por el hombre que el socialismo ha lanzado al mundo del capital, nuestros adversarios de clase pretenden menudearlo a cambio de unos intereses y «valores» exclusivamente consumistas. La sociedad socialista, como es natural, otorga creciente atención al cometido de cubrir las demandas materiales en ascenso constante de los soviéticos, pero entiende que el campo de la competición de los dos sistemas es mucho más amplio.

Conviene recordar al respecto las manifestaciones del excelente pedagogo soviético, A. Makárenko, quien consideraba que lo más importante que estamos acostumbrados a valorar en el hombre —la fuerza y la belleza—, viene determinado exclusivamente por su forma de actitud hacia las perspectivas. Puede tratarse, por ejemplo, de satisfacer una demanda elemental inmediata: la comida, ir al cine, hacer una compra. También eso es perspectiva, pero la más inmediata, y el hombre que fija su conducta enteramente según ella, creemos que es más débil. «Si queda satisfecho con sus propias perspectivas nada más, aunque sean lejanas, puede parecer fuerte, pero no despierta en nosotros una sensación de belleza del individuo y de su verdadero valor —escribe A. Makárenko—. Cuanto más amplio es el colectivo, cuyas perspectivas son para el hombre las perspectivas personales —concluye— tanto más bella y elevada es la persona»³⁵.

Uno de los más formidables logros de la nueva sociedad es la sensación, inherente a los soviéticos, de la ligazón inseparable de sus perspectivas personales con las de su Patria, de la comunidad socialista, de la causa de la liberación social y nacional de los pueblos, del progreso de toda la Humanidad. Esa es la postura vital activa que

³⁵ A. S. Makárenko. *Obras Pedagógicas*, Moscú-Leningrado, 1948, pág. 179, en ruso.

eleva al individuo y cuya elaboración fue calificada por el XXV Congreso del PCUS como tarea de la educación moral. Dicha postura resulta estable solamente sobre la base de la cosmovisión científica, marxista-leninista, y de las ideas internacionalistas, cuyas raíces se nutren de nuestra existencia socialista.

«Educar al hombre significa inculcarle perspectivas»³⁶, sostenía A. Makárenko. Esta «piedra filosofal» de aprehensión optimista de la vida ha sido encontrada por el comunismo científico y probada por el régimen socialista. La domina rápidamente quien estudia concienzudamente el legado de Marx. Nada semejante es capaz de ofrecer al hombre la sociedad capitalista, donde la persona se halla encerrada en el matraz de los intereses individualistas. Donde la crisis del sistema de la propiedad privada se manifiesta, entre otras cosas, en la pérdida de los objetivos sociales y nacionales, en la patología de la falta de porvenir. Donde al hombre que no pertenece a la clase explotadora, independientemente de lo que haya alcanzado personalmente en su vida, le persigue insistentemente la sombra de la incertidumbre en el día de mañana.

El colectivo cuyas perspectivas inmediatas y remotas eran para Marx perspectivas personales, se llama *Humanidad*. Pero Marx no mostraba hacia éste una actitud abstracta, un amor omnívoro que todo lo perdona y que a veces lo presentan como humanitarismo. Marx, como *hombre de partido*, destacaba en la Humanidad su parte más avanzada, el precioso concentrado de humanitarismo que es el único capaz de librar al género humano de la esclavitud social y nacional: el proletariado revolucionario combatiente. Sin entender esta verdad no se puede comprender por qué definió el comunismo como humanitarismo real.

Marx, con el que deben estudiarse inseparablemente Engels y Lenin, es para nosotros el principal formador de las perspectivas. Estando bien firme sobre el suelo real de la contemporaneidad, se halla vuelto enteramente hacia el futuro, con el que soñaba, para el que vivió

³⁶ Idem.

y por el que luchó. «Te felicito —escribe a su hija Jenny el 29 de abril de 1881 al enterarse del nacimiento del nieto—... La «mitad femenina» de nuestra familia esperaba que el «recién llegado» aumentaría la «mejor mitad» del género humano; yo, por mi parte, prefiero el género «masculino» para las criaturas que nacen en este momento crucial de la historia. Estamos ante el período más revolucionario que jamás haya atravesado la Humanidad. Es una desgracia ahora ser «viejo» y tener la posibilidad de prever nada más, en lugar de verlo uno mismo»³⁷.

Marx era consciente de que no llegaría a ver el comienzo de la formación económico-social nueva, comunista, cuyo advenimiento predijo. Entre el tiempo en que vivió y el inicio de ella mediaron varios decenios. Pero la previsión de Marx fue de la más alta calidad. No cede la palma a la constatación científica del hecho ya consumado y sigue obrando felizmente y sin descanso en beneficio de sus seguidores y de la revolución.

La revista *Kommunist*, 1983, núm. 7.

³⁷ C. Marx y F. Engels, t. 35, pág. 153.

V. ZAGLADIN,

primer jefe adjunto
de la sección internacional
del CC del PCUS,
doctor en ciencias filosóficas

S. MENSNIKOV,

doctor en ciencias económicas

I. FROLOV,

miembro correspondiente
de la Academia de Ciencias
de la URSS

CARLOS MARX Y EL PROCESO HISTORICO UNIVERSAL DE EMANCIPACION DEL HOMBRE

Uno de los preferidos ideales poéticos y sociales de Marx a lo largo de toda su vida era la imagen de Prometeo, defensor y liberador de la humanidad. Este titán mitológico dio a los hombres la esperanza y les ofreció el fuego divino: la luz de la razón y del saber.

En realidad, el propio Marx era Prometeo, titán del pensamiento y de la acción revolucionaria para liberar al hombre y la humanidad.

Nos hace sentir un orgullo sin par a los adeptos y seguidores de la doctrina y la causa de Marx la conciencia de que a la cabecera de nuestra concepción del mundo y la mayor causa de la liberación revolucionaria del hombre y la humanidad se hallaba un titán del pensamiento y un auténtico humanista de la talla de Marx. «¡Su nombre y su causa perdurarán en los siglos!» Así

terminó hace cien años proféticamente su discurso Federico Engels al lado de la tumba de su gran amigo.

Y esta profecía se cumplió: *la causa de Marx*, su doctrina y actividad revolucionaria, fecundada por el genio de Lenin y la experiencia del Partido Comunista creado por él, se vio encarnada en el movimiento histórico real del socialismo y el comunismo; se ha hecho realidad en los países de la comunidad socialista, bandera ideológica del movimiento comunista y obrero mundial en la lucha por la emancipación del hombre para liberarlo de los grilletes de las relaciones socioeconómicas explotadoras. El *nombre de Marx*, unido al de Lenin, que continuó y elevó a un nuevo nivel su doctrina, ha quedado grabado para siempre en el *marxismo-leninismo* como ciencia integral de las vías y los métodos de liberación del hombre, en la que ha cobrado cuerpo la *razón colectiva* del movimiento comunista mundial.

El proceso histórico universal de emancipación del hombre, como lo han mostrado Marx, Engels y Lenin, significa ante todo el derrocamiento revolucionario del capitalismo y el afianzamiento de la formación comunista, en la que el socialismo es una etapa de su devenir y desarrollo. Sin embargo, la liberación socioeconómica del hombre de las cadenas de las relaciones explotadoras capitalistas no es más que el comienzo del complejo proceso de *formación* del hombre nuevo, en el que se concluye el propio proceso de su liberación como «ser genérico». Marx centraba constantemente la atención en ello, y esto halló su desarrollo creador en los trabajos de Lenin y la labor del PCUS y otros partidos hermanos de los países socialistas, capitalistas y en desarrollo.

Hoy el proceso histórico universal de emancipación del hombre es, por lo tanto, también la lucha por la solución de problemas cardinales y globales de nuestra época, ante todo, el problema de la paz y el desarme, a la vez que la lucha por las profundas transformaciones socioeconómicas y políticas en los países del capital y la superación de la crisis económica, contra la explotación de la clase obrera y de todos los trabajadores, por la democracia y el socialismo, la lucha por la auténtica independencia nacional y la superación de la herencia

colonial en los países emancipados y, finalmente, la actividad positiva de los países del socialismo real en la solución de los candentes problemas económicos y sociales, en la elevación del nivel de vida material y espiritual de los pueblos y el desarrollo universal y armónico del hombre. En este complejo conjunto de problemas cuyo planteamiento y solución han ocupado a Marx, Engels, Lenin, el PCUS, el movimiento comunista y obrero mundial, la doctrina marxista-leninista de emancipación del hombre, el marxismo-leninismo, se nos presenta como sistema integral. La esencia profunda de éste reúne en su seno en forma orgánica e inseparable los *aspectos científicos, revolucionarios y humanos*. Así se explica que también hoy día el marxismo-leninismo sea la doctrina prácticamente más eficaz e intelectualmente más atractiva para todos los hombres progresistas a los que preocupan en forma acuciante los problemas y las contradicciones del mundo contemporáneo.

El punto de partida del análisis de la situación contemporánea en los países capitalistas y las vías de la emancipación revolucionaria de la humanidad para quitarle los grilletes de la explotación es la comprensión de los procesos que constituyen la crisis general del capitalismo. En el mundo contemporáneo existen dos sistemas sociales, y uno de ellos —el capitalista— se halla en estado de crisis en todos los terrenos: la política, la ideología, el modo de vida y la cultura. Una verdad elemental para el marxista consiste en que las raíces más profundas y las manifestaciones iniciales de la crisis se hallan en la economía, en la base económica de la sociedad. «El máximo desarrollo de esta *base* — escribía Marx — ... es el punto en el que la propia base adquiere una forma donde resulta compatible con *el más alto desarrollo de las fuerzas productivas*, y, por lo tanto, con el más rico desarrollo de los individuos (en las condiciones de cada base concreta). Tan pronto como se alcanza este punto, el continuo desarrollo se presenta como decadencia, y el desarrollo nuevo comienza sobre una base nueva»¹.

¹ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte II, pág. 34.

Un indicador palmario del movimiento decreciente del capitalismo contemporáneo es la profundización de las crisis periódicas de la economía. Las últimas dos crisis cíclicas de la producción —1973-1975 y 1979-1983— son indiscutiblemente las más graves y duraderas de las cuatro décadas últimas. La fiebre cíclica nacida ya a principios del siglo pasado vuelve a sacudir el capitalismo con una fuerza acrecentada en el último cuarto del siglo XX.

Agrava la enfermedad su entrelazamiento con lo que es costumbre llamar ahora crisis estructurales. Trátase tanto de las crisis ramales de superproducción muy duraderas, que ocupan decenas de años y más (en la siderurgia, la industria textil, la fabricación de automóviles y las construcciones navales), como las crisis relacionadas en una u otra medida con la infraproducción en las ramas extractivas (energética, materias primas y víveres), los males crónicos en la esfera de la circulación (inflación y crisis en el dominio del crédito, las finanzas y las divisas) y las tendencias duraderas al descenso de la tasa de crecimiento de la producción y la productividad del trabajo.

En las *Teorías de la plusvalía* Marx denomina e incluso clasifica las distintas *formas de crisis*. Marx escribe aquí acerca de las crisis que brotan «de las alteraciones de la primera fase de la reproducción», es decir, de las dificultades que surgen en la transformación de las mercancías en dinero o *dificultades de venta*. Esto se refiere a las crisis ramales cíclicas y duraderas de superproducción. Más adelante Marx subraya las crisis debidas al «encarecimiento de las materias primas» y a las «dificultades en la compra inversa, de artículos acabados, elementos de capital productivo». Esto se refiere a las crisis energética y de materias primas. Finalmente Marx señala las crisis que surgen debido al encarecimiento «de los indispensables medios de subsistencia»². Trátase de la inflación y la crisis de víveres de nuestros tiempos.

Las crisis de segundo y tercer tipo no fueron características del período de que hablaba Marx. Pero Marx supo preverlas y predecirlas teóricamente. Estas crisis

² Ibidem, t. 26, parte II, pág. 575.

han devenido típicas para la etapa contemporánea de la crisis general del capitalismo. Y ha devenido típico su *entrelazamiento* con las crisis cíclicas. En cada país del capitalismo desarrollado se puede observar su forma específica de semejante entrelazamiento. Dicha forma consiste en lo que los marxistas de estos países denominan crisis estructural nacional de la economía del capitalismo norteamericano, francés, británico o japonés. Todo esto son casos y formas particulares de manifestación de la crisis general del capitalismo.

¿Cuál es la causa de esta situación general de crisis? Está claro que no es consecuencia de unos u otros choques inesperados, como afirman los ideólogos burgueses refiriéndose, en particular, al vertical encarecimiento del petróleo. Hoy incluso el petróleo ha entrado en el período de «superproducción», los precios del crudo caen, pero la crisis no pasa, y el propio descenso de los precios suscita en los medios capitalistas un pánico no menor que el que suscitó antes el alza de estos precios. Por consiguiente, no se trata de eso.

El empeoramiento de la situación económica en la última década se atribuye también a la exteriorización de «ciclos largos», de 45-50 años de duración. Desde el punto de vista teórico no se puede descartar su existencia. Se sabe que existen períodos cuando salen a primer plano factores opuestos a la tendencia decreciente de la cuota media de ganancia (elevación de la norma de explotación, abaratamiento relativo de los elementos del capital fijo y descenso de la tasa de crecimiento o incluso el cese del crecimiento de la composición orgánica del capital). Les suceden también largos períodos en que la ganancia media disminuye, pese a todo, dificultando considerablemente la reproducción capitalista. Semejante periodicidad va ligada en medida considerable a la desigualdad del progreso técnico bajo el capitalismo, a las oleadas de su aceleración y freno. El período presente se distingue precisamente por la disminución de la tasa del progreso técnico y un descenso duradero de la cuota media de ganancia. Ahora bien ¿explica esto todo el conjunto de dificultades de la economía capitalista contemporánea? Dudamos de que sea así.

Volvamos a las palabras de Marx acerca de la *base*. El cambio y la adaptación de la base económica se verifican también dentro del cuadro del capitalismo. A fines del siglo XIX y principios del XX, la necesidad objetiva de impulsar las fuerzas productivas obligó a pasar del capitalismo de la libre competencia al capitalismo monopolista. Esto amplió el marco para el crecimiento de la producción, para el progreso técnico. Como hizo constar Lenin, el capitalismo comenzó a desarrollarse en forma muchísimo más rápida que antes. Pero no por largo rato. La estrecha base de la dominación monopolista ya hacia principios de la cuarta década de nuestro siglo entró en impetuoso conflicto con la demanda social de producción masiva y consumo masivo. Y el resultado fue la «gran crisis» de los años 30.

El sistema capitalista contestó a este conflicto con una continua transformación de la base y el desarrollo del capitalismo monopolista hasta convertirse en capitalismo monopolista de Estado. A la anarquía social de la producción incrementada por los monopolios le opuso las tentativas de regulación centralizada de la reproducción social. Floreció el keynesianismo, ciencia burguesa de cómo aumentar por mediación del Estado la demanda social global, poniéndola a tono con las posibilidades de producción. El resultado es conocido: después de tres décadas de acelerado avance de la producción sobrevino un nuevo descenso de la tasa de crecimiento, un recrudecimiento de las crisis, la aparición de la inflación crónica y vertical, el inaudito crecimiento del desempleo, la sistemática infrautilización de los potenciales de producción y la propagación del veneno de la militarización de la economía y la ciencia. La regulación estatal resultó insolvente, y todos reconocieron el fracaso del keynesianismo y otras teorías que sirvieron de base a la regulación. La base que ofrecía el capitalismo monopolista de Estado resultó obsoleta a todas luces. Ahora bien, ¿en qué sentido proseguirá el desarrollo?

Marx descubrió la regularidad del movimiento dentro del cuadro del capitalismo hacia fases más elevadas de centralización de la producción y socialización de

trabajo³. La concentración de la producción bajo el capitalismo contemporáneo ha rebasado desde hace mucho tiempo las fronteras nacionales. Los primeros monopolios internacionales aparecieron ya a principios de nuestro siglo. Pero sólo en las últimas dos décadas el avance de la especialización y la cooperación internacionales de la producción convirtió las corporaciones transnacionales en forma típica de la internacionalización del capital. En los años setenta, la nueva etapa de concentración llegó a su madurez. A la par con los monopolios industriales transnacionales, han adquirido vasta propagación los bancos transnacionales, se han formado el capital financiero transnacional y la oligarquía financiera transnacional. Sobre la base de su ensambladura con el Estado y las agrupaciones interestatales ha comenzado a formularse el capitalismo monopolista transnacional de Estado, han aparecido complejos militares industriales transnacionales y se han fraguado uniones internacionales de los medios políticos más reaccionarios.

La transformación del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional de Estado refleja objetivamente el afán de rebasar el estrecho marco de la regulación nacional de la economía, de limar las contradicciones y suavizar los conflictos entre los monopolios nacionales y los gobiernos nacionales en los mercados mundiales, en la esfera monetaria y en la lucha por las fuentes de materias primas y energía, y de trazar su línea común en las relaciones económicas con los países socialistas y los en vías de desarrollo.

Desde hace unos cuantos años se ocupa en confeccionar el programa de acciones en este sentido la Comisión Tripartita de representantes de los medios gobernantes de los EE.UU., Europa Occidental y el Japón fundada por iniciativa del grupo de Rockefeller y otros grupos financieros de los EE.UU. Reflejando los intereses de estos medios, H. Kissinger, ex secretario de Estado de los EE.UU., hoy consultante del business transnacional, escribía hace poco en el artículo «Salvar la economía mundial»: «No habrá ascenso si los distintos países del mundo industrial siguen aplicando rumbos incompati-

³ Véase Ibidem, t. 23, pág. 773.

bles... Los países industriales (es decir, capitalistas. —*Los aut.*) deben alcanzar un grado sin precedentes de coordinación de su política económica». Y al no contenerse, añadió: «Norteamérica, en tanto que el país más fuerte, debe asumir el papel de líder».

Pese a semejantes llamamientos, la coordinación de la política económica de las potencias capitalistas avanza con extrema lentitud, prácticamente se halla en el punto cero. La causa, en primer término, consiste en que la internacionalización y la cosmopolitización del capital no han suprimido la rivalidad entre los monopolios nacionales y entre las agrupaciones del business transnacional. Es más, la intensidad de las contradicciones interimperialistas se ha acrecentado en los últimos años más que nunca. En todas las esferas fundamentales —comercio, relaciones monetarias y política crediticio-financiera— se libra una enconada batalla tras otra. No hay gran problema económico que no suscite discrepancias entre las potencias occidentales. En medio de la profunda y crónica crisis económica ninguno de los países y grupos rivales quiere ni puede sacrificar sus ganancias y aventurarse a agravar las contradicciones sociales internas. Como preveía Lenin en la lucha contra la teoría del «ultraimperialismo» de Kautsky ni siquiera el «capital financiero unido a escala internacional» puede evitar «los roces, los conflictos y la lucha en todas las formas imaginables...»⁴

Importante causa del recrudecimiento de estas contradicciones es el crecimiento de los designios expansionistas, agresivos, del imperialismo norteamericano, empeñado en utilizar la internacionalización del capital, ante todo, para imponer su propio diktat y liderazgo en los asuntos económicos y políticos, para reforzar la explotación de otros países, incluidos los adelantados. La presente administración de los EE.UU. en su rumbo de política interior y exterior refleja precisamente estas tendencias reaccionarias. El franco programa del «reaganismo» es la intensificación sin precedentes de la carrera de armamentos nucleares en su propio país y los de sus aliados; la

⁴ V. I. Lenin. *O. C.*, t. 27, pág. 417.

organización de la «revancha social» contra el socialismo y las fuerzas de liberación nacional en la arena internacional; las tentativas de «revancha de clase» respecto de las masas trabajadoras mediante una presión jamás vista sobre los ingresos reales y la reducción de las asignaciones sociales, y, finalmente, la política de estrangulación de los rivales en la competencia entre los imperialistas. Es también el programa del capital transnacional, pero, más que nada, de sus destacamentos más conservadores, militaristas y revanchistas. Para ellos las consignas de «prosperidad social» y «coordinación de las acciones de los países soberanos» son trastos viejos que hay que echar resueltamente al basurero de la historia.

No se puede por menos de ver el colosal peligro que para los trabajadores y toda la humanidad supone esta orientación del capitalismo transnacional. Esto reporta a los pueblos el vertical acrecentamiento del peligro de hecatombe termonuclear. A la clase obrera, a los trabajadores de los países capitalistas esto promete el descenso en flecha del nivel de vida, la anulación de las conquistas sociales logradas en la anterior lucha de clase, el retorno a niveles en los que se pasan por alto en absoluto las demandas materiales y espirituales contemporáneas de los trabajadores, a niveles que se contradicen con su papel de principal fuerza productiva de la sociedad. A los países emancipados esto reporta la eternización del atraso, el resurgimiento de regímenes francamente colonialistas y neocolonialistas. Hasta a los Estados capitalistas adelantados esto amenaza con el desangramiento de la soberanía y la independencia nacionales.

Ahora bien, al oponerse a la mayoría de la población de la Tierra, este rumbo aventurero contribuye a la agravación de todas las contradicciones del mundo contemporáneo y, por lo tanto, se condena a sí mismo a la derrota. El capitalismo cosmopolita reaccionario no tiene ni puede tener porvenir.

La crisis del capitalismo se ha extendido hoy en máximo grado no sólo a las relaciones, valga la expresión, de la base, sino también a *todos los aspectos de la vida* de la sociedad capitalista. Por eso los comunistas plantean en forma acuciante el problema de que la crisis

del modo capitalista de producción es, a la vez, *crisis de todo el conjunto de relaciones humanas*: el trabajo, la escuela, la familia, la moral, la política, la cultura, la propia comprensión del *sentido de la vida* bajo el capitalismo. Con tal motivo se plantea igualmente un problema más general: el del carácter de las contradicciones del capitalismo contemporáneo y de su relación con el proceso histórico universal de emancipación del hombre.

Al analizar concretamente el sistema de las contradicciones que condicionan el avance del régimen capitalista, primero hacia su ascenso y, luego, hacia el ocaso y el hundimiento, Marx subrayó con especial fuerza dos contradicciones: la que existe entre la producción, que adquiere objetivamente un carácter más y más social (hasta su internacionalización) y la apropiación que, por su carácter, sigue siendo privada, y la correlativa contradicción en la esfera social, la que existe entre el trabajo y el capital o, como escribía Marx, entre los burgueses y los proletarios. «En esta contradicción... —hacía constar Engels— *se encierra, en germen, todo el conflicto de los tiempos actuales*»⁵. La solución, precisamente de esta contradicción significará, según Marx, la liquidación de las relaciones explotadoras, es decir, el cumplimiento de la condición clave de la emancipación del hombre.

La contradicción «burgueses-proletarios» es la fundamental contradicción social del capitalismo como formación. Se ha manifestado tanto dentro del cuadro nacional de cada país como, aunque en medida mucho menos viva, a escala internacional. En ese período se manifestaron con la mayor fuerza en la arena mundial las contradicciones intercapitalistas, la competencia y, valiéndonos de la expresión usada reiteradas veces por Marx, «la guerra de todos contra todos».

Lenin prosiguió el análisis que iniciara Marx de las contradicciones del régimen capitalista, viendo con razón en dicho análisis la fuente necesaria para enriquecer la ciencia del socialismo proletario. Al investigar la fase superior y última del desarrollo del capitalismo —el imperialismo—, Lenin subrayaba, por una parte la fase

⁵ C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 214.

nueva y mucho más elevada de socialización e internacionalización de la producción y, por otra, la profundización y el desarrollo, sobre esta base, de la contradicción entre el proletariado y la burguesía (ambas partes de la cual han evolucionado y se han modificado sustancialmente). Esta contradicción ha adquirido carácter internacional en las nuevas condiciones. Ahora ya se trataba, escribía Lenin, de antagonismo «del capital fundido a escala internacional y el movimiento obrero internacional»⁶.

Al propio tiempo, Lenin mostró que sobre la base de la contradicción social fundamental de la formación capitalista y al lado de dicha contradicción surgió y se desarrolló una nueva contradicción social: entre los monopolios y el pueblo, contradicción que creaba la base para el crecimiento de vastos movimientos democráticos, para el acercamiento progresivo de la lucha por la democracia con la lucha por el socialismo.

Más adelante Lenin investigó a fondo otra contradicción engendrada por el imperialismo, extraordinariamente profunda y de carácter revolucionario explosivo: la existente entre las metrópolis y las colonias. Su conclusión residía en que, en perspectiva, en el porvenir, esta contradicción se acercaría y se entrelazaría con la principal contradicción social del régimen capitalista, en que los pueblos en lucha contra la dominación de los colonialistas se alzarían, en fin de cuentas, más y más contra el capitalismo.

Finalmente, Lenin fue testigo del nacimiento de una nueva contradicción del desarrollo mundial, continuación, en la nueva fase, de la contradicción «burgueses-proletarios». Trátase de la contradicción «socialismo-capitalismo». Está claro que en vida de Lenin dicha contradicción se hallaba aún en las primeras etapas de su dinámica. Sin embargo, ya entonces Lenin advertía perspicaz el nacimiento del nuevo y fundamental antagonismo como principal fuerza motriz de la historia mundial en el período de transición de la humanidad del capitalismo al socialismo iniciado por Octubre.

Después de ser formuladas estas conclusiones han

⁶ V. I. Lenin. O.C., t. 25, pág. 264.

surgido nuevos elementos tanto en el carácter del desarrollo de las contradicciones propias del capitalismo como en las formas en que éstas hallaban su manifestación concreta.

Hablando en términos generales, se puede decir que tres rasgos han distinguido la dinámica de estas contradicciones en las seis décadas últimas. En primer lugar, se ha producido su enriquecimiento: han aparecido nuevas contradicciones que han influido sustancialmente en toda la marcha de la historia mundial, y algunas contradicciones «viejas» han experimentado algo así como una diferenciación. En segundo lugar, se ha producido el proceso de entrelazamiento, acercamiento, cierto género de integración de las contradicciones del desarrollo mundial. En tercer lugar, se han profundizado las contradicciones «viejas» y «nuevas» de este género, lo que ha condicionado la aceleración del ritmo de progreso social.

Ante todo ha adquirido considerable desarrollo en las décadas transcurridas la contradicción básica de nuestra época, la que existe entre el socialismo y el capitalismo. Determina su papel como contradicción rectora del desarrollo social contemporáneo, por una parte, el que ella es la que fija la dirección fundamental del progreso social y, por otra, en virtud de ello, ejerce un efecto cada vez más sensible sobre el movimiento de todas las demás contradicciones de nuestra época.

Esta contradicción se ha desarrollado en los aspectos tanto *cuantitativo* como *cualitativo*. En el sentido *cuantitativo*, en 1917 la correlación de las fuerzas de las dos partes opuestas era todavía, en lo fundamental, favorable para el imperialismo; el socialismo, representado sólo por la Rusia de los Soviets, era en realidad una fortaleza asediada por todos los lados que rechaza a duras penas los ataques del enemigo de clase. En 1983, el socialismo, extendido a una tercera parte de la humanidad, según muchos índices cuantitativos —económicos, científico-técnicos y militares— se ha igualado a su adversario, el imperialismo. En el sentido *cualitativo* tratase de la transformación más y más evidente del socialismo en el factor más influyente, y en perspectiva el decisivo, de la historia universal.

Precisamente a ello se debe la presente agravación inusitada de la contradicción entre el imperialismo y el socialismo. Trátase de la tentativa del imperialismo de revertir o, al menos, detener la marcha de la historia sin renunciar a ninguno de los procedimientos y medios más aventureros y peligrosos para el futuro de la humanidad, incluido el plan de chantaje nuclear y de desencadenamiento de la guerra nuclear.

Por cierto, esto nada tiene de extraño. El tránsito del capitalismo al socialismo no es un paso «habitual» de la historia al suceder una formación a otra. Es un tránsito doble: partiendo de un régimen social inferior para llegar a otro, superior, lo mismo que partiendo de la dominación milenaria de la propiedad privada para llegar a la época de total emancipación de la humanidad respecto de todos los tipos de yugo social y de opresión en general.

El desarrollo de la contradicción entre el socialismo y el capitalismo, además de no eliminar la contradicción social básica del mundo capitalista («burgueses-proletarios»), ha contribuido a su continuo avance. El crecimiento del socialismo mundial ha ejercido en este proceso una influencia objetiva sobre ambas partes de la contradicción «burgueses-proletarios». Por un lado, ha dado mayor firmeza a las posiciones de la clase obrera, ha contribuido a la consolidación en sus medios del convencimiento de que la sustitución del capitalismo con el socialismo (bajo una u otra forma, a uno u otro ritmo) es una meta factible, de que la lucha de los proletarios es una causa históricamente fundamentada y tiene sus perspectivas. Por otro lado, el crecimiento del socialismo debilitaba las posiciones del capitalismo en su confrontación con la clase obrera.

Hicieron más aguda (y profunda) la contradicción «burgueses-proletarios» los cambios socioeconómicos ocurridos en la sociedad capitalista a raíz de la revolución científico-técnica y la ya mencionada profundización del proceso de socialización de la producción y el trabajo. Estos cambios han afectado, en primer término, a la clase obrera, que ha crecido numéricamente (hasta constituir en Europa, Norteamérica, el Japón y los países

más desarrollados de América Latina la mayoría de la sociedad), se ha elevado espiritualmente y, de hablar de su vanguardia, también ideológica y políticamente. Al propio tiempo, la clase obrera ha experimentado una diferenciación interna, ha crecido el número de sus sectores, se han hecho más numerosas sus capas colindantes con la burguesía (lo que ha dificultado no pocas veces la revelación del potencial revolucionario del proletariado como clase considerada en conjunto).

Ahora bien, los cambios se han producido también en la clase burguesa. Aquí, por el contrario, se ha producido una disminución numérica, ha sobresalido en sus medios, por una parte, una capa «superior», más estrecha de magnates del capital monopolista y monopolista-internacional y, por otra, una infinidad de pequeños patronos al borde de la ruina, formalmente independientes, pero, en realidad, totalmente dependientes de los grandes «bosses».

La crisis progresiva y el crecimiento del desempleo, que convierte una parte considerable de la población trabajadora (¡hasta el 10%! en «marginados» carentes de toda perspectiva, cambian sustancialmente también el panorama social del capitalismo contemporáneo y hacen más hondas las contradicciones que le son propias.

Y, finalmente, se registra una continua, verdaderamente inaudita, profundización del abismo entre los intereses y las acciones de la cumbre del capital monopolista y la gran mayoría del pueblo. Suena hoy con especial fuerza la conclusión de Marx: «... la producción capitalista es... una forma histórica del desarrollo social... que se halla en contradicción con los intereses de la parte de la población que constituye la base de todo este desarrollo»⁷.

Como resultado de ello se amplía sustancialmente la base para los movimientos y corrientes democráticos generales, para la más extensa cohesión de las fuerzas antimonopolistas, de izquierda, y la continua aproxima-

⁷ C. Marx y F. Engels, t. 26, parte III, pág. 270.

ción de la lucha por la democracia y la que se libra por el socialismo.

Como se ha dicho ya, en la época del imperialismo la contradicción entre burgueses y proletarios se internacionaliza prácticamente. Este proceso ha entrado hoy en una fase nueva de su desarrollo, con la particularidad de que se manifiesta ahora en formas más y más diversas.

En *primer lugar*, trátase del continuo crecimiento de las filas de la clase obrera no ya sólo en los países socialistas y los Estados capitalistas adelantados, sino en medida creciente también en el mundo ex colonial. Marx hacía constar que, por principio, la existencia del proletariado sólo es posible «en el sentido histórico-universal». Hoy la clase obrera existe efectivamente a escala mundial, «histórico-universal», la esfera de su actividad social es el mundo entero. Por consiguiente, también la esfera de acción de la contradicción «burgueses-proletarios» se ha extendido asimismo, en la práctica, no sólo objetivamente, sino también subjetivamente, al mundo entero.

En *segundo lugar*, el desarrollo del movimiento obrero internacional, ante todo el progreso del movimiento comunista mundial, y la ampliación de las filas de las federaciones sindicales prácticamente en todos los continentes significan la efectiva internacionalización de la lucha de la clase obrera.

En *tercer lugar*, el nuevo paso en el proceso de la internacionalización práctica de la lucha de clase del proletariado va ligada en nuestros días a la aparición y el desarrollo de los monopolios transnacionales. El capital fundido internacionalmente se enfrenta a la vez con la clase obrera de varios países, tanto desarrollados como los que se hallan en desarrollo. Es natural que esto origine la oposición también internacional de los obreros.

La internacionalización de la contradicción social básica del capitalismo reclama objetivamente que se refuercen los vínculos internacionales de los distintos destacamentos de trabajadores. Esto no significa, empero, la desaparición de ciertos problemas que impiden la organización de tales vínculos. Por lo tanto, en nuestros días revisten especial importancia el detallado análisis

de los intereses y las peculiaridades nacionales de los diferentes destacamentos de la clase obrera, la organización de su interacción de modo que no se vulneren estos intereses y se respeten estas peculiaridades. La diversidad de formas de existencia y lucha, de intereses y peculiaridades de los distintos destacamentos de la clase obrera no es, en realidad, factor de su división (aunque se utiliza a veces precisamente con este fin), sino factor que asegura una eficacia más elevada de sus acciones conjuntas.

Ha seguido desarrollándose igualmente la contradicción entre las metrópolis y las colonias. Hablando con propiedad, ya no es justo darle a esta contradicción el nombre de antes, puesto que la mayor parte de los países ex coloniales ha conquistado la independencia, y el sistema colonial ha dejado de existir en su forma clásica.

Sin embargo la esencia del problema no ha cambiado. El imperialismo sigue explotando las ex colonias, hoy países emancipados, recurriendo a distintos métodos. Valiéndonos de la expresión de Marx, el imperialismo sigue apropiándose una parte del plustrabajo de estos países «sin darles nada en cambio»⁸.

Y por cuanto esto es así, también hoy trátase de una aguda contradicción entre el imperialismo y su política de opresión de los pueblos de los países en desarrollo, de la explotación de sus recursos naturales, por una parte, y por otra, los Estados en desarrollo y sus pueblos, que buscan la total liberación, incluida la económica, quieren superar el atraso económico, resultado de la dominación colonial.

Esta contradicción se hace ver bajo distintas formas. Una de las más notables de sus manifestaciones es la demanda que plantean los países en desarrollo de instaurar un nuevo orden económico mundial, es decir, en realidad, la demanda de acabar con el neocolonialismo y democratizar las relaciones económicas internacionales.

Es muy sustancial el que la contradicción entre los países en desarrollo y el imperialismo experimente cierta

⁸ Ibidem, t. 46, parte II, pág. 384.

diferenciación. Por una parte, a medida que ciertos países en desarrollo pasan al camino de la orientación socialista surgen premisas para que esta contradicción desemboque en otra, en la contradicción entre el socialismo y el capitalismo. En otras palabras, trátase del proceso de cierto género de acercamiento de la contradicción entre los países en desarrollo y el imperialismo, por una parte, y la contradicción entre el socialismo y el capitalismo, por otra. Precisamente este proceso condiciona la aproximación progresiva entre los países en desarrollo de orientación socialista y los de la comunidad socialista.

Otro aspecto es el avance de varios países ex coloniales por el camino del capitalismo hasta la aparición en ellos de su propio capital monopolista. Las contradicciones entre semejantes países en desarrollo y el imperialismo se mantienen indiscutiblemente, pero adquieren un carácter distinto. En realidad, aquí surgen ya elementos de competencia sobre una base capitalista, dándose la particularidad de que la orientación antiimperialista de la política de estos Estados no se pone en tela de juicio de ninguna manera.

La complejidad de las contradicciones en el mundo ex colonial requiere profundo estudio. Sin embargo, no cabe la menor duda de que aquí, lo mismo que en los países capitalistas avanzados, se profundizan y se aceleran los procesos de desarrollo social.

Cabe prestar especial atención al nuevo grupo de contradicciones de desarrollo mundial, del que hablaron en términos generales Marx y Lenin, pero que se ha manifestado en forma concreta sólo en nuestra época, mejor dicho en los años 60-70. Trátase del grupo de contradicciones que podríamos calificar convencionalmente de contradicciones entre el imperialismo y toda la humanidad.

En este sentido llama la atención lo que suele denominarse problemas globales de nuestra época. Trátase, en primer término, del peligro de guerra nuclear, que pondría en duda la propia existencia de la civilización considerada en conjunto. Trátase, además, de tales problemas como la superación del atraso económico y la li-

quidación del hambre y la miseria, sobre todo en los países en desarrollo. Trátase, finalmente, de un grupo de problemas referentes a las relaciones entre el hombre y la naturaleza.

Una parte de los problemas que hoy se denominan globales ha surgido debido a la reposición incompleta del daño que causa a la naturaleza la actividad antropógena. Pero una parte considerable de ellos se debe a las relaciones sociales antagónicas, a la opresión nacional, a las guerras, incluidas las mundiales. La actualidad política de los problemas globales consiste en que sin su solución resulta prácticamente imposible no ya sólo el desarrollo, sino la existencia misma de la humanidad.

Impide su solución el imperialismo. No basta con decir que lleva a la agravación de los problemas globales, surgidos antes, sino que los concentra, imprimiéndoles proporciones catastróficas y engendrando un peligro para la propia existencia de la civilización.

Dicho en otros términos, hoy ya no sólo los procesos internos del desarrollo de cada país capitalista considerado separadamente, sino el desarrollo mundial en conjunto, prueban la necesidad vital de profundos cambios sociales, la necesidad de solución revolucionaria de las contradicciones engendradas por el capitalismo. Sólo siguiendo el camino de las transformaciones revolucionarias, valiéndose de las palabras de Marx, la humanidad podrá llegar a la auténtica solución de las contradicciones entre el hombre y el hombre, entre el individuo y el género, entre el hombre y la naturaleza⁹. Las formas de cambios sociales han sido, son y serán infinitamente diversas. Ninguna de ellas puede canonizarse ni convertirse en un fetiche. Pero, en realidad, trátase y debe tratarse precisamente de profundos cambios sociales a escala del globo terrestre.

Los cambios de este género no se producen arbitrariamente, por encargo de alguien, sino que los genera paulatinamente la propia marcha del desarrollo social, con la particularidad de que los cambios sociales suelen verificarse a escala nacional, y no internacional. Esto

⁹ Véase Ibidem, t. 42, pág. 116.

quiere decir que, aunque la solución radical sólo puede darla el socialismo, no cabe esperar hasta que éste triunfe por doquier. Hay que buscar una solución que arranque de las condiciones sociales presentes. Semejante solución es la que proponen el socialismo y los países en desarrollo. Trátase del máximo fomento de la cooperación pacífica en todos los terrenos.

En forma generalizada se puede decir que hasta ahora se ha producido un proceso de crecimiento exponencial del peligro para el porvenir de la humanidad. Hoy día trátase de que los Estados que pugnan por el desarrollo de la interacción internacional en favor de la paz y el progreso, los pueblos y sus organizaciones de masas mancomunen los esfuerzos para asegurar otro exponente, la lucha de liberación, la lucha por la democratización de las relaciones internacionales y para conjurar la guerra.

Sobre esta plataforma se puede asegurar realmente la más vasta unidad de todas las fuerzas existentes en el mundo contemporáneo. Trátase, prácticamente, de la lucha para salvar la humanidad. Hoy la tarea de dicha lucha reviste, en lo fundamental, un carácter democrático general.¹ Y ello es efectivamente así. Sin embargo, la esencia de los problemas que reclaman solución y su estrecha vinculación con la necesidad de progreso social para lograrlo imprime cada vez más también a los problemas globales, a la lucha por su solución y, por lo tanto, a la contradicción entre el imperialismo y toda la humanidad un carácter más y más social.

Dicho con otras palabras, en la arena internacional se realiza lo mismo que dentro del mundo capitalista: se verifica un acercamiento progresivo de la lucha por la democracia con la que se sostiene por el socialismo. El proceso de este acercamiento es extraordinariamente fecundo y prometedor. Sin embargo, está fuera de dudas que, desarrollándose en muchos aspectos en forma espontánea, el proceso necesita del papel activo del factor subjetivo, es decir, del hombre que lucha por su emancipación. Y aquí desempeña un papel inmenso la comprensión marxista-leninista de la *esencia social* del hombre y las vías de su liberación como personalidad en unidad dialéctica con la sociedad y los aspectos econó-

micos, sociales y espirituales de su actividad vital.

Importante mérito de Marx consiste en que descubrió y argumentó teóricamente la esencia social del hombre. Esto permitió ofrecer a todo el proceso histórico universal de emancipación del hombre una base científica, mostrando la principal fuente y fuerza motriz de este proceso, que consisten en la transformación revolucionaria de todo el sistema de relaciones sociales capitalistas en el sentido del socialismo y el comunismo. A la vez que desarrollaba esta conclusión básica de Marx, Lenin sometió a crítica demoledora los planteamientos teóricos y práctico-políticos acerca de que la naturaleza del hombre es, como se pretendía en ellos, invariable y padece de vicios de propietario privado y otros vicios innatos que hacen que la construcción del socialismo sea una utopía, por cuanto, como insistían los autores de dichos planteamientos, primero hay que crear unos hombres especiales que sirvan de «nuevo material» para el socialismo. Lenin escribía con tal motivo: «Queremos construir el socialismo con la gente educada por el capitalismo, con la gente estropeada y pervertida por el capitalismo, pero, en cambio, templada por él para la lucha... Queremos construir inmediatamente el socialismo con material que nos ha dejado el capitalismo de ayer a hoy, ahora mismo, y no con hombres que se críen en invernaderos, si es que nos queremos entretener con ese cuento»¹⁰.

En las condiciones presentes estas conclusiones científicas del marxismo-leninismo se desarrollan teóricamente y se hacen realidad prácticamente en la labor del PCUS y los partidos hermanos de los otros países socialistas. Se han erigido en base conceptual de la estrategia humanitaria de los marxistas-leninistas en el mundo entero en su lucha por la liberación socioeconómica y espiritual y el desarrollo del hombre.

La clave metodológica de la comprensión científica de estos problemas es la famosa tesis de Marx acerca de que la esencia del hombre «no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales»¹¹. Es difícil hallar en la historia del

¹⁰ V. I. Lenin. O.C., t. 38, pág. 54.

¹¹ C. Marx y F. Engels, t. 42, pág. 265.

pensamiento una fórmula de mayor capacidad y más sustanciosa que ésta. Su significado histórico consiste en que ha permitido superar definitivamente el antropologismo unilateral, en el que la problemática del hombre, de su emancipación y desarrollo se examina en una forma elevada al absoluto, «atómica», acompañada de reduccionismo abstracto-filosófico o biosocial; la fórmula de Marx ha unido orgánicamente esta problemática con la concepción materialista de la historia, la lucha de clase del proletariado, la teoría de la revolución y la doctrina del socialismo y el comunismo como sociedad auténticamente humana en la que el hombre halla las formas sociales de realización adecuadas a su esencia.

La concepción de Marx de la problemática del hombre viene a ser hoy, cuando en la ideología burguesa dominan ideas esquemáticas e invariablemente unilaterales del hombre, *la concepción más consecuente, integral y hasta el fin científica* que conforma la base del proceso histórico universal de emancipación y desarrollo del hombre. Puesto que, recalca Marx, «la coincidencia del cambio de circunstancias con la actividad humana puede considerarse y ser comprendida racionalmente sólo como praxis revolucionaria»¹².

El que el hombre se defina, en realidad, como «sociedad reducida», y la sociedad, como «hombre desplegado» permite dar una respuesta científica al «eterno» problema de la correlación de los factores sociales y natural-biológicos y, por lo tanto, superar muchas ideas biologicizadoras, neoeugénicas, etc., con ayuda de las cuales se quiere apartar el pensamiento social de lo fundamental y principal, o sea, de la actividad social en aras de la emancipación y el desarrollo del hombre. No se tiene en cuenta en ellas que, como mostró Marx, los factores natural-biológicos (el marxismo no niega en absoluto su significado) rigen en el hombre en forma transformada, «copiada», que existe *la dialéctica de la mediación y la transformación de lo natural-biológico por lo social*, por cuanto los «objetos humanos no son objetos de la naturaleza en la forma en que éstos se presentan en ella...»¹³. A

¹² Ibidem.

¹³ Ibidem, t. 3, pág. 2.

la luz de ello adquiere inmenso significado hoy la teoría de Marx acerca de que el centro de la unidad y la interacción de lo natural-biológico y lo social es la *actividad concreta* del hombre como ser social. Y por cuanto, según Marx, la sociedad es «el hombre mismo en sus relaciones sociales»¹⁴, aquí se trata precisamente de la «apropiación de la realidad humana»¹⁵, en el curso de la cual se hace realidad el proceso de desarrollo de todo el conjunto de demandas y aptitudes humanas que se plasman por mediación de formas, métodos y medios de cultura concretos: el trabajo, la lengua, las costumbres, los hábitos, los conocimientos, la obra artística, etc.

Consiguientemente, el *proceso del hombre* —su devenir y desarrollo— viene a ser, de seguir a Marx, la apropiación y la reproducción por el individuo y la personalidad de la experiencia sociohistórica de la humanidad, de su cultura material y espiritual en el proceso de la relación con otros hombres y de incorporación al progreso socio-cultural de la humanidad, en el curso de la enseñanza, educación y desarrollo del propio hombre. Semejante enfoque *histórico* permite, además de comprender científicamente las regularidades del devenir y desarrollo del hombre, trazar acertadamente la estrategia de la formación del individuo acorde, por sus cualidades sustanciales, a las demandas que le presentan los procesos contemporáneos de la revolución científico-técnica y las condiciones reales, así como los ideales del socialismo y el comunismo. La teoría de Marx acerca de la esencia social del hombre resulta también aquí de importancia capital, por cuanto de ella se desprende que, al estudiar las relaciones sociales de los hombres, ponemos al descubierto los nexos vitales *reales* del individuo. Esto lo subrayó bien Lenin que, al plantear el problema de «¿qué criterio emplear para juzgar acerca de «las ideas y los sentimientos» *reales* de individuos *reales*?», contestaba: «Está claro que sólo puede haber un criterio para ello: las *acciones* de esos individuos y, como aquí sólo hablamos de «ideas y sentimientos» sociales, hay que

¹⁴ Ibidem, t. 46, parte II, pág. 222.

¹⁵ Ibidem, t. 42, pág. 120.

añadir: las *acciones sociales* de los individuos, es decir, los *hechos sociales*»¹⁶.

Las *acciones sociales* de los individuos, de las que escribió Lenin son, a la vez, una condición para su desarrollo, y este último adquiere formas adecuadas sólo en la sociedad donde «el desarrollo de la riqueza de la naturaleza humana» se erige en «objetivo propio» (Marx), en la sociedad que asegura la absoluta revelación de las «dotes creadoras del hombre sin más premisas que la del desarrollo histórico precedente, que convierte en objetivo propio esta integridad del desarrollo, es decir, el desarrollo de todas las fuerzas humanas como tales independientemente de cualquier proporción *fijada de antemano*. El hombre aquí no se reproduce a sí mismo en una sola determinación, sino que se produce a sí mismo en toda su integridad, no procura seguir siendo algo establecido definitivamente, sino que se halla en un movimiento absoluto de devenir»¹⁷.

Este desarrollo integral no es patrimonio de la élite. Como subrayaba Marx, «aunque por el momento se realice a costa de la mayoría de los individuos y de ciertas clases humanas, acaba por romper el antagonismo y coincide en último término con el desarrollo del hombre individual»¹⁸. El derrocamiento revolucionario de las relaciones explotadoras capitalistas y el tránsito al comunismo crearán condiciones sociales en las que «el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos»¹⁹. Como es sabido, Lenin, al enmendar a Plejánov en el curso de la preparación del primer programa de nuestro partido, subrayó especialmente que la nueva sociedad y su organización se crean «... para garantizar el *pleno* bienestar y el desarrollo libre e *integral* de *todos* los miembros de la sociedad»²⁰.

Este proceso auténticamente humanitario halla pro-

¹⁶ V. I. Lenin. O.C., t. I, págs. 423-424.

¹⁷ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte I, pág. 476.

¹⁸ Ibidem, t. 26, parte II, pág. 123.

¹⁹ Ibidem, t. 4, pág. 447.

²⁰ V. I. Lenin. O.C., t. 6, pág. 232.

funda argumentación científica en el marxismo-leninismo.

De tratar de esbozar brevemente sus contornos fundamentales, podrían resumirse en las siguientes tesis interconexas:

1. La emancipación económica y social del hombre quiere decir que el trabajador deja de ser objeto de explotación, apéndice del proceso de producción, y se convierte en creador. Con la liquidación de la producción capitalista se supera el enajenamiento del obrero respecto de los medios de producción, se logra la unidad en la relación «hombre-instrumento de trabajo», «hombre-naturaleza», con la particularidad de que la unidad se logra a un nivel muy elevado de las fuerzas productivas que permite asegurar el desarrollo armónico universal del individuo.

2. El auténtico ahorro del tiempo de trabajo pasa a ser idéntico al progreso de la fuerza productiva, al desarrollo de las aptitudes de producción. La elevación de la productividad del trabajo no conduce al desempleo forzoso, sino al alivio del trabajo, al enriquecimiento de su contenido, a la elevación de su calidad y al avance de las aptitudes del trabajador.

3. «Respecto del hombre en formación, este proceso directo de la producción es, a la vez, una escuela de disciplina, y respecto del hombre ya formado, en cuya cabeza han arraigado los conocimientos acumulados por la sociedad, es el empleo (de los conocimientos), la ciencia experimental, la ciencia materialmente creadora que cobra encarnación concreta»²¹. Dicho con otras palabras, el proceso de trabajo deja de ser un pesado deber para convertirse en proceso de creación, proceso de educación moral y devenir del hombre.

4. La producción y el consumo son dos partes inseparables de un todo único, dos aristas del hombre nuevo que se manifiestan en el proceso de trabajo. La superación de la contradicción entre la producción y el consumo no es «en absoluto una *renuncia al consumo*, sino un desarrollo... de las aptitudes de producción y, por consiguiente, desarrollo tanto de las aptitudes de consumo como de los medios de consumo. La capacidad

²¹ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte II, pág. 221.

de consumo... viene a ser el desarrollo de cierto germen individual, de cierta fuerza productiva»²².

5. «El ahorro de tiempo de trabajo equivale al aumento del tiempo libre, es decir, del tiempo para el total desarrollo del individuo que, a su vez, en tanto que colosal fuerza productiva, ejerce efecto retroactivo sobre la fuerza productiva del trabajo. Desde el punto de vista del proceso inmediato de producción, el ahorro de tiempo de trabajo puede considerarse como producción de *capital fijo*, con la particularidad de que en este caso el capital fijo es el propio hombre»²³. Y los ideólogos burgueses descubrieron el «capital humano» sólo cien años y pico después de Marx y, además, sólo como una inversión nueva, a veces rentable, de capital monetario. El aspecto humanitario de la cuestión no existe en sus teorías, y esto se infiere del análisis de las concepciones antropológicas hoy en boga en Occidente. Como regla, los ideólogos burgueses no hacen más que repetir con otras palabras las ideas que en su tiempo fueron criticadas y superadas científicamente y positivamente por Marx y sus seguidores.

Así, Marx estableció, y el socialismo real ha hecho patente en la práctica la cadena compleja y llena de nexos retroactivos: el carácter creador del trabajo—ahorro de tiempo de trabajo—desarrollo de las aptitudes de producción—desarrollo del consumo individual como elemento del desarrollo del individuo—aumento del tiempo libre y completo desarrollo del individuo. Corona esta cadena el hombre, el individuo, su libertad y su desarrollo. Para hacer este genial descubrimiento, Marx y luego Lenin y después sus seguidores en nuestros días hubieron de realizar una colosal labor de *pensamiento*. Ahora bien, igualmente colosal ha sido la labor de la *obra*, la praxis de la formación del hombre en todos sus multiformes aspectos y manifestaciones.

Al proceder a la solución de este problema histórico universal, los marxistas-leninistas chocaron con un conjunto de nuevos problemas teóricos relacionados con la fijación de las vías y formas de educación concretas del hombre nuevo, con la necesidad de superar prejuicios

²² Ibidem.

²³ Ibidem.

y tradiciones seculares, el atraso cultural y el subdesarrollo, la humillación de los trabajadores heredados del pasado. La experiencia práctica ha hecho ver muchas cosas imprevistas en la teoría; en la interacción dialéctica de la teoría y la práctica se ha desarrollado precisamente la concepción marxista-leninista del hombre en sus nexos con la sociedad que avanza por el camino del comunismo, se ha formado el hombre nuevo, producto de este desarrollo social y su principal móvil.

La dialéctica de la formación del hombre nuevo es tal que, por una parte, dependen de él todos los éxitos del socialismo en la esfera tanto económica como social y cultural. Por otra parte, la propia formación del hombre nuevo viene condicionada objetivamente por el nivel de la producción, el carácter del trabajo, las relaciones sociales y el nivel cultural de los hombres. Esta concepción dialéctica constituye la base de la estrategia del PCUS y el Estado soviético en la esfera social y en lo tocante al desarrollo del individuo. Dicha concepción se ha visto encarnada en los acuerdos del XXVI Congreso del PCUS, en los que se formula un claro y bien pensado programa que prevé el desarrollo de las condiciones sociales socialistas de realización de las fuerzas esenciales del hombre y su porvenir: el intenso fomento de la economía sobre la base del progreso científico-técnico, el perfeccionamiento de la gestión y la consolidación de la disciplina consciente del trabajo; la superación de las diferencias de clase, las diferencias sustanciales entre la ciudad y el campo, el trabajo intelectual y el físico; el reforzamiento de la homogeneidad social de la sociedad; el desarrollo universal y el acercamiento de todas las naciones y pueblos de la URSS, así como el desarrollo de la democracia socialista y el modo socialista de vida.

Las disposiciones sucesivas del CC del PCUS, ante todo del Pleno de noviembre (1982) del CC del PCUS, las tesis formuladas en el discurso del compañero Yu. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS, han planteado nuevas tareas en el fomento de la producción, la solución de problemas sociales, la formación del hombre nuevo, el desarrollo de sus cualidades profesionales, la disciplina del trabajo, la conciencia y la moral. Aquí

tenemos todavía muchos problemas pendientes de solución, que deben resolverse y se resuelven tal y como lo necesita la sociedad que tiene por divisa el principio «todo para el hombre, en aras del bien del hombre». De resumir todos estos problemas, se podría decir que lo principal aquí es el *desarrollo integral y con fines concretos del hombre como personalidad*, lo que significa el *crecimiento de su cultura* en el sentido más lato de la palabra.

Por lo visto, nuestros hombres de ciencia tienen todavía mucho por hacer en el sentido verdaderamente *integral* de las vías de formación del hombre nuevo, de la civilización nueva, comunista. El XXVI Congreso del PCUS subrayó la necesidad precisamente de tal enfoque. Y es deber de los hombres de ciencia marxistas, no sólo sociólogos, sino también de representantes de otras ciencias, contestar con hechos concretos a esta indicación de nuestro partido.

Como vemos, comenzando por las definiciones teóricas generales de Marx y los marxistas-leninistas de la esencia, las vías, los métodos, los problemas y las contradicciones del proceso histórico universal de emancipación de la humanidad, pasamos inevitablemente a varios problemas prácticos del hombre tal y como se plantean y se resuelven en la sociedad socialista en desarrollo por el camino del comunismo. Y esto se comprende perfectamente, ya que el propio carácter y la profunda esencia de la doctrina de Marx llaman a ello: no sólo explicar, sino también transformar al hombre en el mundo y el mundo del hombre. Se manifiesta en ello el auténtico humanitarismo del marxismo, en el que se unen el carácter científico y la eficiencia práctica. Por eso Marx lo llamaba *humanitarismo real*. Precisamente el marxismo asume hoy el magno compromiso de cumplir la tarea histórica universal de emancipación y desarrollo del hombre. Precisamente el marxismo es para toda la humanidad progresista un sinónimo de humanitarismo. Lo que en los mitos hizo Prometeo lo realizó Marx y lo realizan sus seguidores, los marxistas-leninistas del mundo entero, en la ciencia y la vida real.

La revista *Kommunist*, 1983, num. 6.

T. OIZERMAN,

académico

GRAN VIRAJE REVOLUCIONARIO EN EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO SOCIAL

Los trabajadores del mundo entero, todas las personas de buena voluntad celebran este año el 165 aniversario del nacimiento y el centenario de la muerte de Carlos Marx, insigne revolucionario y pensador social, fundador de la ideología socialista científica. La vida de Marx fue corta y toda ella la entregó a la causa de la emancipación social de los oprimidos y los explotados. Como creador de la concepción científico-filosófica y dialéctico-materialista del mundo, de la teoría del comunismo científico y de la economía política, científica en el verdadero sentido de la palabra, como organizador de la Primera Internacional, Marx pasó para siempre a la historia de la Humanidad, cuyo presente y futuro están indisolublemente relacionados con su doctrina.

En la imagen del titán Prometeo, noble héroe de la mitología de la antigua Grecia que consiguió el fuego divino para los hombres, Marx veía la encarnación de los auténticos destinos de la Humanidad. Marx era justamente el Prometeo de la clase obrera, a la cual brindó la filosofía revolucionaria y la conciencia socialista científica sin las cuales es imposible destruir el capitalismo y construir una nueva sociedad.

Uno de los apologistas contemporáneos del capitalismo, un tal W. Schlamm, inculpa al marxismo de la «herejía de Prometeo». «El comunismo —exclama histéricamente este furioso enemigo del progreso— es el más elevado grado de concentración de las aspiraciones del hombre tipo Prometeo a atentar contra el mundo entero y a querer crearlo de nuevo». Al infortunado ideólogo

de la burguesía por lo visto no le viene en mente que su condena del comunismo no significa sino el reconocimiento de la bancarrota político-ideológica de la burguesía. En nuestros días el contraste de principio entre el marxismo, como argumentación verdaderamente científica del humanismo, y la ideología reaccionaria burguesa es más evidente que nunca. Igual de evidente es el poder creador de nuestra teoría revolucionaria.

Una de las fuentes cardinales de la vitalidad, veracidad y perspectiva histórica de la concepción revolucionaria del mundo, elaborada por Marx, es su carácter partidista, su ligazón indisoluble con los destinos de la clase obrera, con las tareas de su movimiento de emancipación. No es casual que Vladímir Ilich Lenin catalogase como lo principal en el marxismo la doctrina sobre la misión histórica universal de la clase obrera, llamada a poner fin a todas y cualesquiera formas de explotación y opresión, a edificar la sociedad comunista sin clases.

En los años cuarenta del siglo pasado, cuando Marx y su insigne compañero de lucha, Engels, formularon los fundamentos de esta doctrina, no sólo los reaccionarios feudales sino incluso los pensadores burgueses liberales consideraban la existencia del proletariado como una desgracia histórica y una amenaza horrorosa para la prosperidad social. Trataban despectivamente a los proletarios como masa «sin espíritu crítico» de *paupers*, carentes de todo tipo de principios sociales y morales. Marx y Engels desenmascararon la esencia social reaccionaria de estos criterios.

El marxismo surgió como teoría del movimiento de liberación de la clase obrera. Marx y Engels demostraron convincentemente que el proletariado es una gran fuerza productiva de la sociedad, y su lucha contra el capitalismo, la fuerza decisiva del progreso histórico. El proletariado se destaca de toda la masa de explotados como la clase directamente relacionada con los medios de producción más avanzados y en constante desarrollo. La clase obrera crece, incrementa sus filas y tiende a una mayor organización y activismo. Distinguiendo al pro-

letariado como la clase más revolucionaria Marx fundamentó así su papel *dirigente* en el movimiento emancipador de todos los oprimidos y explotados. Condición indispensable para el éxito de las transformaciones revolucionarias es, según Marx, la creación y el desarrollo del partido comunista. Los comunistas, escribían Marx y Engels, «prácticamente son el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tiene sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario»¹.

Marx miraba hacia el futuro lejano, anticipando el desarrollo histórico del proletariado en correspondencia con el progreso capitalista y con la agudización de las contradicciones antagónicas internamente inherentes al mismo. «No se trata —escribía Marx— de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta. Se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer con arreglo a ese ser suyo. Su meta y su acción histórica se hallan clara e irrevocablemente determinadas por su propia situación de vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual»². Toda la historia posterior y nuestra época, en particular, muestran la veracidad de este planteamiento providencial.

La doctrina de Marx sobre la regularidad objetiva del tránsito revolucionario del capitalismo al socialismo y la necesidad de la dictadura de la clase obrera, dirigida por el partido de los comunistas, se apoyaba en la investigación científica de la historia de la Humanidad y de las leyes económicas del surgimiento y desarrollo de la producción capitalista, en la generalización de la experiencia histórica de la lucha de clases y de las revoluciones burguesas. La base conceptual y filosófica de esta investigación omnímoda la constituye la *comprensión dialéctico-materialista de la historia universal*, creada por Marx.

¹ C. Marx y F. Engels, t. 4, pág. 437.

² Ibidem, t. 2, pág. 40.

Pese a la abundancia de investigaciones dedicadas a la historia de la antigüedad, de la Edad Media y de períodos más recientes, hasta Marx no existía una ciencia sobre la sociedad ni una teoría científica del desarrollo social. No se deben subestimar, claro está, estos trabajos históricos, al igual que las obras de los economistas, filósofos y sociólogos que precedieron a Marx. Sin ellos no hubiera sido posible la comprensión materialista de la historia. Marx señalaba que sus antecesores describieron la lucha de clases. Sin embargo, no tenían idea de las causas de la división de la sociedad en clases opuestas, de la regularidad y de la necesidad de la lucha de clases. La incompreensión de los fundamentos objetivos de la estructura de clases de la sociedad, de la base económica del dominio político de determinada clase y del carácter clasista del Estado, como forma específica de dominación de una clase sobre otra, así como la incompreensión del papel determinante de la existencia social respecto a la conciencia social, todo ello hacía imposible crear la ciencia sobre la sociedad, conocer las leyes del desarrollo social.

Marx demostró que la existencia histórica de determinadas clases (esclavos y esclavistas, siervos y feudales, proletarios y capitalistas) está condicionada por el nivel y el carácter de las fuerzas productivas y por las relaciones de producción correspondientes a ellas. De toda la variedad de relaciones sociales Marx destacó las fundamentales, las determinantes: las relaciones de producción. El conjunto de éstas constituye la estructura económica de la sociedad, sobre cuya base se conforman su sistema político y la vida espiritual. La producción material, que a los pensadores que precedieron a Marx se les presentaba como una necesidad enojosa externa, por primera vez fue comprendida en toda su esencia y profundidad como producción no sólo de bienes sino también de relaciones sociales y, en última instancia, del propio hombre *social*.

Marx fue el primero que investigó científicamente las condiciones materiales de vida de las masas y los cambios de estas condiciones. Sólo merced a ello fue descubierto el papel decisivo de las masas populares en el desarrollo de la sociedad y fue explicado científica-

mente un fenómeno tan importante en la historia de la sociedad clasista como las revoluciones sociales. Las revoluciones, escribía Marx, son las locomotoras de la historia. La creación social de las masas se revela con particular fuerza precisamente en las épocas de reorganización revolucionaria de las relaciones sociales. El creciente papel de las masas populares es una regularidad objetiva del progreso social, descubierta por Marx: «Con la profundidad de la acción histórica aumentará, por tanto, el volumen de la masa cuya acción es»³.

La concepción materialista de la historia elevó la sociología al nivel de ciencia, poniendo de relieve la vinculación interna de la actividad del hombre con las leyes objetivas del desarrollo social. El hombre mismo crea su historia, decían los materialistas anteriores a Marx. Pero no podían explicar cómo ello es posible si la naturaleza circundante y la naturaleza del propio hombre son independientes de éste. Marx respondió genialmente a esta cuestión: demostró, que al modificar la naturaleza circundante el hombre modifica también su propia naturaleza social, por cuanto la esencia humana no es sino el conjunto de todas las relaciones sociales.

La producción material constituye la base de la vida de la sociedad, con la particularidad de que sus fuerzas productivas creadas en el proceso de producción son resultado de la actividad de muchas generaciones. «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre albedrío, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado»⁴. Así pues, la Humanidad misma crea las condiciones objetivas que determinan su existencia y desarrollo.

En el proceso histórico, tanto sus aspectos subjetivos como los objetivos son igualmente importantes. Desarrollando la doctrina de Marx, Lenin aclaraba que la necesidad objetiva histórica no existe independientemente de las personas y de las clases. En una u otra época

³ Ibidem, pág. 90.

⁴ Ibidem, t. 8, pág. 119.

determinadas clases «administran» la necesidad histórica; depende del grado de actividad y organización de ellas cómo y en qué medida ésta se realiza. Lenin señalaba que Marx consideraba la historia desde el punto de vista de la clase obrera, que luchaba por su emancipación social. Esta posición partidista, internamente inherente al marxismo, es una expresión necesaria de su profundo carácter científico.

La comprensión materialista de la historia permitió explicar científicamente la esencia de las relaciones sociales antagónicas y condujo a la conclusión de que los antagonismos sociales no son eternos. Lenin indicaba, que al brindar un análisis objetivo de las leyes del funcionamiento y desarrollo del capitalismo, Marx «demostró la necesidad de la explotación de semejante régimen»⁵. Con ello fueron desenmascaradas las prédicas reformistas acerca de la posibilidad de superar las relaciones sociales antagónicas en las condiciones del capitalismo. Como subrayara Lenin, la principal tarea de su investigación Marx la veía en «poner al desnudo todas las formas de antagonismo y explotación de la sociedad moderna, de estudiar su evolución, demostrar su carácter transitorio, así como la inevitabilidad de su conversión en otra forma distinta, y servir así al proletariado para que éste ponga fin lo antes posible y con la mayor facilidad posible a toda explotación»⁶.

Así pues, la tarea más importante de la ciencia sobre la sociedad consiste en brindar a la clase obrera y a sus aliados una verdadera consigna de lucha que, reflejando la necesidad histórica real, muestre las vías y los medios de su realización. Los socialistas utopistas desenmascaraban y maldecían al capitalismo, pero no veían ni su inevitabilidad histórica ni la necesidad objetiva de su fracaso definitivo. Marx, sin embargo, descubrió las condiciones reales del desarrollo del propio capitalismo que generan esa necesidad.

Las premisas económicas del socialismo se forman en las entrañas del régimen capitalista. La concentración

⁵ V. I. Lenin. O.C., t. I, pág. 157.

⁶ Ibidem, págs. 340-341.

y centralización de capital constituye una ley objetiva del desarrollo del capitalismo que lleva a acrecentar el carácter social de la producción. Claro está, la socialización capitalista de los medios de producción transcurre sobre la base de la propiedad privada, mediante su concentración y centralización. De ahí la inminencia del conflicto entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación. Sólo la revolución socialista, al liquidar la propiedad privada sobre los medios de producción, resuelve esta contradicción antagónica.

La fuerza de atracción irresistible de la doctrina de Marx, escribía Lenin, reside en la unión orgánica de su riguroso carácter científico con su consecuente espíritu revolucionario. Y no se trata simplemente de que Marx reuniese las cualidades de un genial científico y un gran revolucionario: la unidad de la teoría revolucionaria y la práctica revolucionaria es internamente inherente a la doctrina marxista, la cual interpreta y generaliza la experiencia histórica de la humanidad, la experiencia de la lucha de liberación de todos los oprimidos y explotados. La ligazón indestructible entre el pensamiento y la acción, entre la investigación científica y la lucha revolucionaria, en ello estriba el secreto del poder creador imperecedero del marxismo, su veracidad y su hostilidad intransigente hacia el dogmatismo y el doctrinarismo.

Entretanto, los críticos burgueses del marxismo casi desde los primeros años de su existencia no hacen más que machacar acerca de su «envejecimiento». Repiten esta fábula también en nuestros días, alegando que Marx desenmascaró al capitalismo del siglo XIX, pero que desde entonces éste se ha vuelto irreconocible. Estos «críticos» desdeñan a todas luces el hecho de que la doctrina marxista hace mucho, como señalara Lenin, que se había transformado «en la doctrina de millones y decenas de millones de proletarios del mundo entero, que la aplican en su lucha contra el capitalismo»⁷. En lo que respecta a las afirmaciones burguesas de que el capitalismo

⁷ Ibidem, t. 41, pág. 304.

del siglo XX se diferencia sustancialmente del capitalismo del siglo XIX, precisamente está verdad la demostró el gran continuador de Marx, Lenin, en su doctrina del imperialismo como la etapa monopolista, superior y última, del desarrollo del capitalismo.

El leninismo es el marxismo de la época contemporánea, de la época del tránsito del capitalismo al socialismo. Es el desarrollo creador de la concepción proletaria del mundo, el cual conjuga orgánicamente el análisis marxista de la época contemporánea con la herencia de Marx y Engels. Ser marxista en nuestro tiempo significa ser continuador de la obra de Lenin. Toda contraposición de la doctrina de Marx al leninismo deviene, como evidencian los hechos, deformación de la teoría de los fundadores del marxismo, supone pasarse a las posiciones del antimarxismo.

El desarrollo ulterior del marxismo-leninismo se ha plasmado en los documentos del PCUS y de otros partidos comunistas. Con la particularidad, de que la práctica de la edificación comunista no sólo representa la realización de los principios del marxismo-leninismo, sino que sirve también de base para enriquecer esta doctrina con nuevos planteamientos teóricos. La concepción de la sociedad socialista desarrollada, elaborada por los continuadores contemporáneos de Marx, Engels y Lenin, es un claro testimonio del carácter creador del marxismo-leninismo. La fuerza de la política de los partidos comunistas reside en su valor científico, en que tiene por base el profundo estudio y aplicación de las regularidades del progreso social.

En nuestro país ha sido construida la sociedad socialista desarrollada. El socialismo se ha hecho realidad también en una serie de países europeos (y no sólo europeos) y se enfrenta al modo capitalista de producción como una nueva formación socioeconómica, a la cual le pertenece el futuro. Todo ello constituye un gran triunfo de la doctrina de Marx-Lenin. La propia existencia y desarrollo exitoso del sistema socialista mundial significa un cambio radical en la orientación del progreso social.

La interpretación y la investigación teórica de esta nueva etapa de la historia universal es una tarea vital

de los investigadores marxistas. «Hoy día —dice Yu. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS— actúa correctamente quien, al plantearse la pregunta «¿qué es el socialismo?», busca la respuesta sobre todo en las obras de Marx, Engels y Lenin. Sin embargo, hoy no hay que limitarse sólo a ello. En la actualidad el concepto de «socialismo» sólo puede ser esclarecido teniendo en cuenta la riquísima experiencia acumulada por los pueblos de la Unión Soviética y de otros países hermanos.» Y esta «experiencia muestra que la edificación socialista avanza exitosamente si la política del partido comunista gobernante se apoya sobre una sólida base científica. Toda subestimación del papel de la ciencia marxista-leninista y de su desarrollo creador, la estrecha interpretación pragmática de sus tareas, el menosprecio de los problemas fundamentales de la teoría, el predominio de un enfoque coyuntural o la teorización escolástica están preñados de graves consecuencias políticas e ideológicas»⁸.

Nuestra teoría, decían Marx y Engels, no es un dogma sino guía para la acción. Esta verdad la subrayaba constantemente Lenin al aplicar y desarrollar creadoramente la doctrina de Marx. El sucesivo auge de la conciencia social de las masas trabajadoras que participan activamente en la lucha por el socialismo y el comunismo, sobre la base de la teoría marxista-leninista, en constante desarrollo y siempre fiel a sus principios científicos, es firme garantía de que se cumplirá con éxito la tarea histórica universal de la renovación comunista del mundo.

Pravda, 25 de febrero de 1983.

⁸ Véase el presente volumen, págs. 29 y 31.

B. KEDROV,

académico

MARX Y LA CIENCIA

En la necrología dedicada a su extinto amigo, Engels llamó a Marx hombre de ciencia. En efecto, Marx no era sólo un gran revolucionario, guía del proletariado internacional, sino también un gran científico. Abordaba la misma ciencia como un investigador determinando su objeto y su método, su misión social y también las perspectivas del conocimiento científico, de su porvenir. Estas ideas y pensamientos de Marx tienen la mayor actualidad.

Marx penetró profundamente en la comprensión de la trayectoria que sigue el conocimiento científico y de cuál es la regularidad más importante de esta trayectoria: del aspecto externo de los fenómenos estudiados al descubrimiento de su esencia interna, de las leyes que se ocultan tras estos fenómenos. Por eso «la obra de la ciencia es reducir los movimientos visibles y puramente aparentes a los movimientos reales e interiores»¹. Y más adelante: «... toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstas coincidiesen directamente...»².

La tesis de Marx acerca del proceso cognoscitivo que va de los fenómenos a la esencia se confirma a cada paso. Precisamente así se revelan, por ejemplo, la esencia y las leyes de la evolución de la sociedad en el contexto del socialismo desarrollado y se determinan las vías de su avance hacia el comunismo; así se pone al desnudo también la verdadera esencia de la política militarista compulsiva del imperialismo contemporáneo. En las ciencias naturales se observa análogo proceso de los fenómenos a la esencia: la biología ha alcanzado grandes éxitos merced a la penetración en la esencia de los procesos de

¹ C. Marx y F. Engels, t. 25, parte I, pág. 343.

² Ibidem, parte II, pág. 384.

la herencia y el metabolismo y, en la física atómica, el avance del conocer en la profundidad de los procesos nucleares, la revelación de su esencia y leyes permiten dominar con mayor plenitud cada día estos procesos con el fin de utilizarlos en la práctica.

Es muy importante que, cuando habla de la regularidad del proceso del conocimiento científico, Marx revela su ritmo trifásico: del estudio del todo de partida, es decir, del objeto desarrollado en toda su complejidad como directamente dado, a través del examen de los distintos lados y aspectos del objeto de conocimiento mediante la formación de las correspondientes abstracciones hacia su ligazón entre ellas con el fin de reconstituir mentalmente el objeto de partida en su integridad y concreción.

La profunda contradicción dialéctica de este proceso consiste en que no se puede conocer el todo por otro camino que el de abordarlo primero no como un todo, sino descomponiéndolo en partes. Lenin escribió: «No podemos imaginar, expresar, medir, describir el movimiento sin interrumpir la continuidad, sin simplificar, redondear, sin separar, sin insensibilizar lo vivo. La representación del movimiento por medio del pensamiento siempre redondea, insensibiliza —y no sólo por medio del pensamiento, sino también por la percepción sensual—, y no sólo el movimiento, sino todo concepto.

«Y ahí reside la esencia de la dialéctica. Esta esencia es la que expresa la fórmula: unidad, identidad de los contrarios»³.

Toda la historia de las ciencias naturales desde la remota antigüedad hasta nuestros días es una magnífica confirmación de los mencionados postulados de Marx que fueron desarrollados más adelante por Lenin. Así, la historia de la física, en particular de la óptica, atestigua que la luz fue conocida mediante su descomposición inicial en dos partes diametralmente opuestas, una de las cuales la presentaba como un proceso ininterrumpido ondulante y la otra como una formación corpuscular intermitente. En nuestro siglo, la mecánica cuántica ha explicado la indivisibilidad de ambas partes con lo

que la luz se ha revelado como unidad de los contrarios.

Marx fundamentó un método científico que tiene en cuenta la contradicción dialéctica del conocimiento y se apoya en el principio del desarrollo: el método de la ascensión de lo abstracto, es decir, no desarrollado, embrionario y pobre en definiciones, a lo concreto, es decir, desarrollado y rico en definiciones. En este sentido, «el curso del pensamiento abstracto, que asciende de lo más simple a lo complicado, corresponde al proceso histórico real»⁴.

Este método de conocimiento requiere partir de la primera y más simple relación, que Marx denominó «célula» tomando este término de la biología. A pesar de su máxima sencillez y abstracción, la «célula» de la economía política tardó en ser comprendida más de dos mil años. «Y esto, ¿por qué?» —pregunta Marx, y responde: «Porque es más fácil estudiar un cuerpo organizado que una célula del cuerpo»⁵. El propio Marx la buscó largo tiempo hasta descubrir que la «célula» de la economía de la sociedad burguesa era la mercancía.

«Marx en *El Capital* —escribió Lenin— comienza por analizar la *relación* más sencilla, corriente, fundamental, masiva y común que se encuentra miles de millones de veces en la sociedad burguesa (mercantil): el intercambio de mercancías. En este fenómeno simplísimo (en esta 'célula' de la sociedad burguesa) el análisis descubre *todas* las contradicciones (*respective* gérmenes de *todas* las contradicciones) de la sociedad contemporánea»⁶.

De hecho, por el método de la ascensión de lo abstracto a lo concreto se exponen muchas ciencias modernas que han alcanzado un alto grado de desarrollo y de sistemático perfeccionamiento. Por ejemplo, la química se convirtió en ciencia solamente cuando en su día fue descubierta su «célula» en forma de elementos químicos. La química orgánica adquirió su «célula» en la década del 60 del siglo XIX en forma de hidrocarburos, cuya teoría elaboró K. Schorlemmer, amigo de Marx. En el análisis físico-químico de la teoría de N. Kurnakov la «célula»

³ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 29, pág. 233.

⁴ C. Marx y F. Engels, t. 46, parte I, pág. 39.

⁵ Ibidem, t. 23, pág. 6.

⁶ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 29, pág. 318.

fueron los componentes químicos que forman los sistemas multicomponentes.

El método científico elaborado por Marx para aplicarlo a la economía política pasó al acervo de la ciencia moderna. Lo utilizan en la práctica científicos de las más diversas especialidades, a menudo sin darse cuenta de ello. La dialéctica materialista constituye la base metodológica del fructífero conocimiento científico y, a la vez, de las transformaciones sociales científicamente fundamentadas.

«La ciencia —escribió Engels— era para Marx una fuerza revolucionaria, una fuerza motriz de la historia. Por viva alegría que le causara cada nuevo descubrimiento en cualquier ciencia teórica, cuya aplicación práctica a veces ni siquiera se preveía, su alegría era muy distinta cuando se trataba de un descubrimiento que ejerciera inmediatamente un influjo revolucionario sobre la industria, sobre el desarrollo histórico en general»⁷.

En los manuscritos preparatorios para *El Capital*, Marx escribió: «...el desarrollo de la ciencia, de esta riqueza ideal a la vez que práctica, es tan sólo uno de los aspectos, una de las formas en que se manifiesta el desarrollo de las fuerzas productivas del hombre, es decir, el desarrollo de la riqueza»⁸. Aquí vemos, primero, lo estrechamente que Marx vincula la ciencia, ante todo las ciencias naturales, con las fuerzas productivas de la sociedad; segundo, cómo él tiene en cuenta los dos lados de la ciencia: el ideal y el práctico, real.

Desarrollando estos pensamientos, Marx llega a la conclusión de que la ciencia se transforma en fuerza productora directa de la sociedad. Porque la naturaleza no construye ninguna armazón ni artefacto técnico. «Todo eso son *órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre*, fuerza cosificada del saber. El desarrollo del capital fijo es un exponente de hasta qué grado el conocimiento social general [Wissen, knowledge] se

⁷ C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 351.

⁸ Idem, t. 46, parte II, pág. 33.

ha convertido en *fuerza productiva directa* y, por tanto, es un exponente de hasta qué grado las fuerzas productivas de la sociedad son creadas no sólo en forma de conocimiento, sino también como órganos directos de la práctica social, del proceso vital real»⁹.

De ahí la consecuencia: «El desarrollo productivo de la sociedad no es solamente la creciente potencia de la ciencia, sino también la proporción en que ha sido invertida ya como capital fijo, la amplitud con que se realiza y abarca a todo el conjunto de la producción»¹⁰.

¿Y cuál es el mecanismo de la interacción entre la ciencia y la producción, entre el aspecto ideal y el material de la ciencia en el proceso de su transformación en fuerza productiva directa de la sociedad? Transformado en algo ideal —noción científica, teorías, etc.—, el conocimiento general (o sea, la ciencia) debe ser cosificado de nuevo en artefactos y estructuras materiales y técnicos, en procesos tecnológicos. En definitiva se forma un circuito relativamente cerrado que se reproduce de nuevo en un peldaño más alto: la producción renovada como factor material estimula una y otra vez a transformar lo material en ideal para que lo nuevo ideal se cosifique una y otra vez en el proceso de producción.

Marx veía la peculiaridad del trabajo humano en que es una actividad conveniente. El hombre que realiza un proceso de trabajo, desde el comienzo mismo, antes de hacer con el material cosificado el objeto apetecido, se lo imagina (planea) en su cabeza. «Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del hombre, es decir, idealmente»¹¹.

Lo dicho da la clave para comprender la esencia de la revolución tecnocientífica. Su meollo consiste no sólo en que dos revoluciones —en la ciencia y en la técnica— se han fundido hoy en un solo proceso histórico y no sólo en que el desarrollo de la ciencia se adelanta actualmente al desarrollo de la técnica y le abre camino, sino también,

⁹ Ibidem, t. pág. 215.

¹⁰ Ibidem, pág. 263.

¹¹ Ibidem, t. 23, pág. 189.

principalmente, en que dos procesos que hasta ahora transcurrían separadamente —primero: transformación de lo material (leyes de la naturaleza) en ideal en la cabeza del hombre (en las ciencias naturales), y segundo: cosificación inversa de lo ideal en el proceso de producción— se han unido en un solo ciclo que funciona ininterrumpidamente. La continuidad, la persistencia de su funcionamiento es la condición y, al mismo tiempo, el exponente del éxito y la plenitud con que se domina el propio curso de la revolución tecnocientífica, la dirección del proceso de su despliegue. Lo decisivo es el eslabón final del mencionado ciclo: la implantación oportuna y plena de los adelantos de la ciencia y la técnica en la producción en gran escala.

En el Pleno de noviembre (1982) del CC del PCUS se habló de las grandes reservas de nuestra economía nacional que hay que buscar en la aceleración del proceso tecnocientífico, en la amplia y rápida implantación de los adelantos de la ciencia, de la técnica y de la experiencia en la producción. Para impulsar la empresa de introducir nuevas técnicas y nuevos métodos de trabajo, dijo Yu. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS, es necesario no simplemente que se haga propaganda de ellos, sino detectar y eliminar las dificultades concretas que entorpecen el progreso tecnocientífico. «Han de contribuir a combinar la ciencia y la producción los métodos de planificación y el sistema de incentivos materiales. Es necesario que aquellos que acepten con valor introducir nuevas técnicas no se vean en una situación desventajosa»¹².

Es así como nuestro partido y su Comité Central realizan en las circunstancias actuales los postulados de Marx sobre la ligazón de la ciencia con la producción, del conocimiento general ideal con la actividad material y práctica de la sociedad soviética.

Las ideas de Marx son hoy tan vivas y actuales como cien años atrás.

¹² *Materiales del Pleno del Comité Central del PCUS. 22 de noviembre de 1982. Moscú, 1982, pág. 10, en ruso.*

Se plantea la cuestión: ¿qué perspectivas lejanas del desarrollo científico esbozó Marx y cómo se confirman sus pronósticos en nuestro tiempo?

A mediados de la década del 40 del siglo pasado, cuando Marx escribió sus *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, el conocimiento científico aún no había salido de su fase analítica unilateral: las ciencias estaban muy aisladas entre sí y se confrontaban únicamente en el aspecto externo. Mas, a pesar de ello, la mirada genial de Marx supo ver los caminos del avance de la ciencia con muchos decenios de antelación. Marx subrayaba que *prácticamente* las ciencias naturales habían irrumpido mediante la industria en la vida del hombre, la habían transformado dado que *la industria* es una relación *real* de la naturaleza y, por consiguiente, de las ciencias naturales respecto al hombre.

Marx analizaba en este contexto la esencia *humana* de la naturaleza o la esencia *natural* del hombre, y mostraba que en este aspecto las ciencias naturales deben perder su orientación unilateral y abstracta y convertirse en base de la ciencia humana, lo mismo que ya se han hecho base de la vida humana.

Así bosquejó Marx el camino para la unión de la naturaleza y el hombre y, sobre esta base, de la ciencia de la naturaleza (ciencias naturales) y la ciencia del hombre, de la sociedad. La industria —y por consiguiente, la técnica que es inseparable de ella— actúa aquí como eslabón de engarce entre la naturaleza y el hombre (y las ciencias técnicas, por tanto, como eslabón de engarce entre las ciencias naturales y las ciencias sociales). De ahí el admirable pronóstico de Marx que se realiza a toda marcha en nuestros días: «La misma historia —continuaba Marx— es una parte *real de la historia de la naturaleza*, de la formación de la naturaleza por el hombre. Posteriormente las ciencias naturales incluirán la ciencia del hombre en la misma medida en que la ciencia del hombre incluirá las ciencias naturales: serán *una sola ciencia*»¹³.

¹³ C. Marx y F. Engels, t. 42, pág. 124.

La unión de las ciencias naturales y sociales con el activo concurso de las ciencias de la industria y la técnica no presupone en absoluto una nivelación y despersonalización de las diversas ramas del saber científico formadas ya anteriormente. Eso únicamente presupone, primero, que éstas pierden su anterior carácter unilateral, su encastillamiento mutuo y el aislamiento entre ellas y, segundo, que se penetran de un método científico común, el cual permite analizar los problemas y procedimientos de las diversas ciencias desde las mismas posiciones metodológicas de principio.

Suena con la mayor actualidad este postulado de *La ideología alemana*, escrita por Marx en colaboración con Engels: «Conocemos sólo una ciencia, la ciencia de la historia. Se puede enfocar la historia desde dos ángulos, se puede dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo, los dos son inseparables: mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente»¹⁴.

Las ideas de Marx sobre la concatenación de las ciencias naturales y sociales en correspondencia con el acercamiento de la naturaleza y la sociedad a través de la industria y de la técnica fueron desarrolladas en los trabajos de Lenin.

«La técnica mecánica y química sirve a los fines humanos —escribió Lenin— porque su carácter (esencia) consiste en el ser determinada por las condiciones externas (leyes de la naturaleza)»¹⁵.

De ahí la bilateralidad de las relaciones de la técnica con otros factores: «La técnica y el mundo objetivo. La técnica y las finalidades»¹⁶.

Las ciencias naturales dan al hombre el conocimiento de las leyes de la naturaleza. La actividad práctica (productiva, industrial, técnica) del hombre se orienta coherentemente a poner el conocimiento de las leyes de la naturaleza al servicio de la satisfacción de las necesidades

¹⁴ C. Marx y F. Engels. *Fouerbach. Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas*. Moscú, 1966, pág. 19, en ruso.

¹⁵ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 29, pág. 170.

¹⁶ Idem.

de la sociedad humana. En eso consiste precisamente la base de la fusión de las ciencias sociales y naturales en una sola ciencia del porvenir, fusión prevista por Marx.

Todo el desarrollo histórico posterior del saber y de la práctica ha seguido el camino presagiado por Marx: el camino del sucesivo acercamiento de las ciencias naturales y las ciencias sociales a través de su eslabón de engarce: la ciencia de la industria y de la técnica. Este acercamiento orgánico plantea la necesidad de hacer un análisis marxista omnilateral de la revolución tecnocientífica y su esencia.

La revolución tecnocientífica, desplegada en todo su alcance a partir de mediados del siglo XX, presupone la fusión orgánica de dos revoluciones que antes transcurrían separadamente en dos esferas de la actividad humana: en las ciencias naturales y en la técnica. Además, su fusión en un proceso único está condicionada por la acción de factores socioeconómicos, lo que a su vez entraña profundas consecuencias sociales diferentes esencialmente en los países capitalistas y en los países socialistas, así como en los países en vías de desarrollo. El análisis de un proceso tan profundamente contradictorio como la revolución tecnocientífica lleva a la deducción de la necesidad de un desarrollo múltiple interconexo de las ciencias sociales, naturales y técnicas. Precisamente ese desarrollo permitirá encontrar una solución ponderada omnímoda para los complejos problemas del progreso tecnocientífico, socioeconómico y cultural.

El estrecho entrelazamiento de los tres grupos fundamentales de ciencias es necesario para las investigaciones integrales de fenómenos tan globales de la actualidad como los relacionados con la ecología, el estudio del cosmos, las investigaciones de la propia ciencia (cienciología), la creatividad tecnocientífica, artística y social (sicología de la creatividad), etc. La elaboración de todas estas ramas del saber es posible sólo a condición de la unidad y más profunda imbricación de las ciencias que estudian la naturaleza, la sociedad y la técnica.

A la luz de lo expuesto se revela la significación cardinal, programática, de los acuerdos del XXV y el XXVI Congresos del PCUS en los que se recalca la necesidad

de reforzar la interligazón y la interacción de las ciencias sociales, naturales y técnicas.

El socialismo está vitalmente interesado en el progreso de la ciencia que tiene por base las ideas estratégicas de Marx.

Pravda, 7 de abril de 1983.

INDICE

De la Editorial	5
<i>Yu. Andrópov</i> . La doctrina de Carlos Marx y algunas cuestiones de la edificación socialista en la URSS. (Trad. de A. Pozo Sandoval)	7
<i>B. Ponomariov</i> . La doctrina de Marx, guía para la acción. (Trad. de A. Pozo Sandoval)	35
<i>M. Zimianin</i> . La doctrina de Marx vive y triunfa. (Trad. de F. Ceberio)	60
<i>P. Fedoséev</i> . Carlos Marx y la dialéctica de nuestra época. (Trad. de L. Vládov)	77
<i>R. Kosolápor</i> . Marx, siempre actual. (Trad. de F. Ceberio)	123
<i>V. Zagladin, S. Ménshikov, I. Frolov</i> . Carlos Marx y el proceso histórico universal de emancipación del hombre. (Trad. de L. Vládov)	167
<i>T. Oizerman</i> . Gran viraje revolucionario en el desarrollo del pensamiento social. (Trad. de M. Nebreda)	194
<i>B. Kédrov</i> . Marx y la ciencia. (Trad. de A. Pozo Sandoval)	203

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS

КАРЛ МАРКС И СОВРЕМЕННОСТЬ

на испанском языке

En 1983 —Año de Marx— se conmemoró ampliamente en todo el mundo el 165 aniversario del nacimiento y el centenario de la muerte de Carlos Marx, fundador del comunismo científico.

En los artículos e intervenciones de Yu. V. Andrópov, Secretario General del CC del PCUS, B. N. Ponomariov, miembro suplente del Buró Político y secretario del CC del PCUS, M. V. Zimianin, secretario del CC del PCUS, y de destacados científicos y personalidades públicas se revela el significado imperecedero del marxismo-leninismo, la corriente ideológica más influyente en la historia de la civilización mundial, abierta a todo lo mejor y avanzado que existe en la ciencia y la cultura contemporáneas y que se encuentra en el centro de la vida espiritual del mundo dominando las mentes de millones y millones de personas.



Editorial Progreso
Moscú



НАС
ПОДРОБНО
ОПИСАЕТ

СЛАВА ВЕЛИКОМУ
СОВЕТСКОМУ